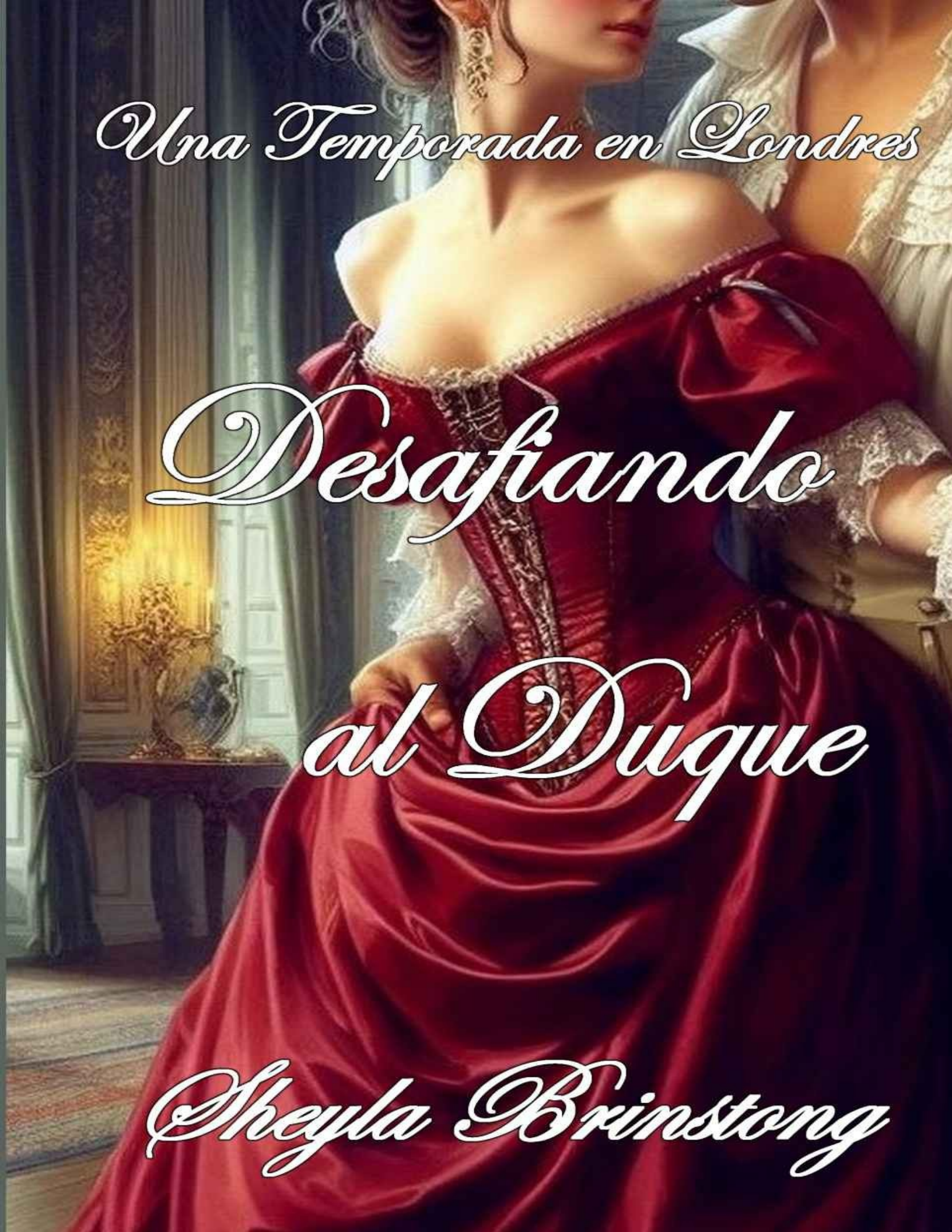


The background image is a painting of a woman in a rich red, off-the-shoulder Victorian gown with lace detailing. She is standing in an elegant room with a large lamp on a side table to her left and another person in a white dress partially visible behind her to the right. The scene is lit with warm, golden light.

Una Temporada en Londres

*Desafiando
al Duque*

Sheyla Brinstong

Serie: Una Temporada en Londres

Desafiando al Duque

Sheyla Brinstong

All rights reserved **ISBN:**

Kindle Direct Publishing

Ediciones Kasai 2023

Sheyla Brinstong

*Desafiando
al Duque*

Una Temporada en Londres I

Argumento:

El Duque de Ashford lo tenía todo previsto esa Temporada. Cumpliría con su deber para con su hermana, a la vez que honraría los deseos de su padre, tomando como esposa a Lady Amanda.

Hasta que una alocada pelirroja se cruzó en su camino, sembrando el caos allá por donde iba, poniendo su vida patas arriba.

Lady Pennélope viaja con su hermana a Londres para disfrutar de la Temporada. Al fin, podría asistir a los bailes y eventos sociales de los que tanto había oído hablar. Pero todos sus sueños se desvanecen al descubrir que ha sido entregada en matrimonio a un ser ruin y rastroso al que nunca podrá amar.

Tan solo una serie de infortunios con el hombre más serio y altanero que había conocido en su vida, pone una nota de color a su gris existencia.

Capítulo 1

—Lady Pennélope Melbourn, haga el favor de salir de entre las piernas de ese caballero ¡inmediatamente! —exclamó el señor Harper con su voz estridente y autoritaria, volviéndose hacia el ruido sordo que había oído a su espalda, encontrándose a Lady Pennélope tirada completamente en las escaleras.

No había presenciado nada más vergonzoso en toda su vida, pensó horrorizado.

Penny reaccionó como un resorte al escucharle, trató de incorporarse, pero una mano firme sobre su cabeza se lo impidió, manteniéndola a pocos centímetros de su entrepierna.

—Buenos reflejos —oyó que decía una voz desconocida a su derecha.

—Le tengo un gran aprecio a esa parte de mi anatomía —le contestó al tiempo que levantaba la pierna y se movía a un lado, dejando así libre a la dama.

Penny ni se movió, se sentía completamente avergonzada y acalorada, muy acalorada.

Tímidamente, levantó la mirada hacia el caballero que había atropellado en su torpe caída. Topándose con unos fríos ojos grises que la observaban sin ningún tipo de emoción en ellos.

—Penny, ¡por Dios!, Penny —oyó la voz angustiada de su hermana pequeña que se acercaba a ellos, presurosa desde el pasillo superior— ¿te encuentras bien?

Penny se obligó a reaccionar ante su súplica.

—Por supuesto que sí, ha sido una caída de lo más tonta —la respondió incorporándose por sus propios medios— he debido de pisarme el vestido —trató de tranquilizarla arreglándose la ropa lo mejor que pudo.

—Alguien debería haberla enseñado a caminar como una dama, en lugar de corretear por ahí como una vulgar jovenzuela —volvió a intervenir el señor Harper, indignado con su comportamiento.

Penny se volvió hacia él, furiosa, dispuesta a ponerlo en su lugar como se merecía, pero Evelyn se la adelantó.

—Mi hermana ha recibido una educación excelente —le increpó Lady Evelyn, enfadada por sus comentarios despectivos hacia Penny.

—Uf, eso es completamente cuestionable —la respondió el señor Harper airado por su réplica — será mejor que bajemos de una vez, o no llegaremos nunca a Londres con tanto retraso —las regañó de nuevo, terminando de bajar los últimos peldaños y encaminándose hacia la puerta de la taberna sin esperarlas.

—Uf, no soporto a ese tipo, no sé por qué has permitido que nos acompañara —observó Evelyn cruzando ante ella para seguir sus pasos.

Penny se giró para seguirla con la mirada desde su posición, antes de volverse hacia el caballero que tenía enfrente, quien observaba la escena en silencio, con su mirada de superioridad y su regio porte.

—Puede seguir su camino —se oyó decir a sí misma airada ante su actitud.

—Que es exactamente lo que haré a pesar de su evidente falta de modales —la increpó con su voz ronca, indignado por su conducta— espero no tener que volver a verla. Buenos días —y reanudó la marcha hacia la planta superior.

Lord Chapman inclinó la cabeza con cortesía antes de seguirlo.

—¿No crees que has sido un poco duro con ella?

Penny escuchó la pregunta, pero no alcanzó a oír su respuesta.

—Penny, muévete o el señor Harper nos regañará de nuevo —la llamó Evelyn desde el pie de la escalera.

Penny se volvió hacia ella y comenzó a descender de nuevo por la escalera, para reunirse con ellos en el carruaje.

En una cosa tenía razón el señor Harper, el estado de las carreteras por la lluvia incesante, tan poco habitual en esa época del año, los estaba retrasando más de lo esperado.

Si no se daban prisa, llegarían a la ciudad cuando sus padres ya se hubieran marchado a disfrutar de su compromiso de esa noche y no podrían verlos hasta mañana.

Ni siquiera sabía si alguien las esperaba, por lo que todo sería más fácil si alguno de sus progenitores las presentaba ante el servicio, en lugar de presentarse allí sin que nadie las conociera.

Penny alcanzó a ver a Evelyn desaparecer en el interior del carruaje y apretó el paso.

Uno de los lacayos que los acompañaba la ayudó a subir antes de recoger los escalones, cerrando la puerta tras ella y ocupar su lugar en el pescante.

—Espero que no volvamos a ver a ninguno de esos caballeros después del bochornoso espectáculo que nos ha hecho pasar, Lady Pennélope —observó el señor Harper colocándose los puños de encaje de su camisa con pulcritud—. No sé en qué estarían pensando sus padres para hacerla venir a Londres —continuó fijando sus ojos acusadores sobre ella—. Será una vergüenza para la familia si sigue comportándose de esa manera.

Penny notó como Evelyn se erizaba dispuesta a replicarle y se apresuró a poner una mano sobre su pierna para calmarla.

—Retomemos nuestras lecturas —la aconsejó tomando su libro del asiento de enfrente para dárselo.

Ambas habían elegido algo de lectura ligera para entretenerse por el camino.

La siempre romántica de Evelyn había elegido un poco de poesía de Lord Byron mientras Penny había preferido una de sus novelas góticas preferidas.

Era la tercera vez que la leía, pero siempre descubría pasajes nuevos que le habían pasado desapercibidos y la hacían sumergirse en la historia como la primera vez.

—Menos mal que tengo pensado hablar con su padre, en cuanto sea posible —continuó hablando el señor Harper, ajeno al desinterés de sus acompañantes—. Estoy seguro de que entre los dos solucionaremos su problema y en tan solo unas semanas todo estará arreglado —sentenció el señor Harper volviéndose a contemplar el paisaje por la ventanilla.

Pero Penny solo fingía su interés por la lectura, sintió un escalofrío al oírle, sus palabras no presagiaban nada bueno para ella, tenía las manos heladas, el señor Harper había dado a entender que ...

Sacudió la cabeza imperceptiblemente, tratando de alejar esa idea de su mente, seguro que su progenitor no se rebajaría a aceptar semejante arreglo para una de sus hijas.

Ellas eran hijas de un vizconde, un par del reino y el señor Harper no era más que el hijo mayor del anciano párroco de Melbtown quien había elegido la medicina rural en lugar de seguir los pasos de su padre y hacerse cargo de su parroquia.

Mejor, no sería un buen párroco, cercano a sus vecinos, no podría darles consuelo cuando lo necesitaran.

—¿Esto es Londres? —preguntó Evelyn decepcionada ante lo poco que podía ver de la

ciudad, desde el carruaje.

—Supongo que sí —fue todo lo que pudo decir contemplando la calle oscura por la que pasaban.

—Será mejor que cerremos las ventanas —dijo el señor Harper sacando un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y cubriéndose la nariz con él—. El olor puede llegar a ser nauseabundo —las aclaró—. No sé cómo la plebe puede llegar a vivir entre tanta inmundicia.

Definitivamente, no sería un buen párroco, reconoció Penny para sus adentros, apresurándose a seguir su consejo de cerrar las ventanillas.

Esperaba que como médico estuviera mejor capacitado, aunque ella no lo sabía, siempre que alguien de la familia necesitaba un médico, avisaban al doctor Wilson, un caballero de mediana edad muy apreciado en la región, por sus dotes curativas y su buen carácter.

Él y su esposa estaban invitados a casi todos los eventos sociales que se celebraban, en agradecimiento por sus servicios.

Algo que no ocurría con el señor Harper, quien habitualmente era excluido de las invitaciones remitidas a sus padres.

Penny se dio cuenta de que las calles comenzaban a ensancharse, dando paso a grandes avenidas y jardines.

Esa imagen de Londres concordaba más con como siempre había imaginado la ciudad.

—Prepárense, pronto llegaremos a Mayfair, donde residen sus padres —las ordenó el señor Harper—. Yo las acompañaré hasta su residencia para presentarles mis respetos antes de despedirnos.

Penny vio la mueca que hizo Evelyn ante la perspectiva y tuvo que morderse el labio con fuerza para no echarse a reír.

—Por el amor de Dios, Ashford, no era necesario comportarse así con la dama —le reprochó Chapman alcanzándolo y acomodando sus pasos a los de él por el pasillo.

—Busquemos a Anthony y salgamos de aquí —le respondió sin ni siquiera mirarle.

—Eso no es excusa para tu comportamiento —no pudo evitar recriminarle—. La joven ya parecía bastante angustiada por lo ocurrido.

Ashford se volvió a mirarle interrogante.

—¿A cuál de las dos estabas mirando?

—A la rubia con cara de ángel, por supuesto —le contestó confuso por su pregunta.

—Lo suponía —replicó seguro de cuál sería su respuesta.

—Espero volver a verla pronto en Londres, en alguno de los múltiples eventos a los que me obligas a asistir este año —se quejó.

—Pues yo espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse en toda la Temporada —respondió volviendo a reanudar su camino.

Chapman se quedó mirando su espalda en silencio, mientras se adentraba aún más en el mal iluminado pasillo que conducía a los aposentos, donde supuestamente Anthony estaba participando en una partida clandestina de cartas con elevadas apuestas.

Ashford ya tenía bastantes problemas por el momento, como para qué le recriminará por su altanería con dos inocentes damas.

Y además, quién era él para hacerlo, como su primo y mejor amigo necesitaba su apoyo para afrontar la Temporada este año y él estaría ahí para ofrecérselo.

Y para conocer un poco mejor a su ángel de cabellos dorados si se presentaba la oportunidad.

—Borra esa sonrisa de tu cara —le reprendió Ashford sin volverse, adivinando su gesto—.

Demasiado joven, apenas si es una niña recién salida de la escuela.

—Así que te has fijado.

Ashford suspiró resignado al oírle.

—No es para ti —repitió.

—Nunca dije que lo fuera —se defendió ante su acusación—. Solo que es muy hermosa y siempre es agradable contemplar mujeres hermosas en un salón de baile.

Ashford le miró por encima del hombro sin responder.

—Ya hemos llegado —se detuvo ante la última puerta y tomó el pomo, abriéndola sin esperar a ser invitado, encontrando tras ella justo lo que habían esperado.

—Ashford —le saludó Lord Webs al verle entrar por la puerta.

Ashford recorrió con la mirada acerada al resto de jugadores en la mesa. Hasta posarse en su hermano, el cual estaba sentado frente a Webs de espaldas a la puerta.

—Será mejor que se lo lleve antes de que Webs termine por desplumarle —le aconsejó otro de los jugadores, a quien reconoció como Lord Retford, sentado a su derecha.

Chapman se acercó a su primo y le tocó el hombro invitándole a que los acompañara.

—Déjame en paz —se encaró a él sacudiéndose el brazo—. Unas cuantas manos más y habré recuperado mis perdidas —le contestó reacio a moverse de la silla—. La suerte ahora me favorece.

Ashford frunció el ceño al oírle, su voz pastosa y apenas entendible le dijo que había bebido demasiado.

No le apetecía tener que dar un espectáculo para levantarlo de la mesa, pero era imperioso que lo hiciera, gruñó para sus adentros, dando un paso hacia él.

—El juego ha terminado, es hora de marcharnos —le ordenó con la voz fría como el acero, colocándose al otro flanco de Chapman dispuesto a todo.

—No puedes obligarme —le desafió continuando con el juego, pero sin poder concentrarse demasiado—. Vete a casa, seguro que tienes mil aburridos asuntos que necesitan de tu atención.

Ashford se erizó al oírle, si trabajaba duro y pasaba gran parte de su tiempo encerrado en su estudio, rodeado de papeles, pero qué esperaba que hiciera, él era el Duque de Ashford y el bienestar de su familia dependía de ello.

—Es hora de marcharnos —declaró Chapman tomándole del brazo, levantándolo.

—Pasen mañana por Ashford Hall y mi administrador liquidará sus deudas —les propuso al resto de jugadores—. Caballeros —se despidió imitando a Chapman y sacando a su disoluto hermano al pasillo.

Pronto estaban acomodados en el carruaje del Duque que los esperaba, Anthony dormía como un bebe acurrucado en un rincón.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Chapman observándole.

—No lo sé, pero esto no puede repetirse, la presentación de nuestra hermana es en apenas dos semanas y no dejaré que su conducta desenfrenada la enturbie —le respondió masajeándose la sien, tratando de mitigar el incipiente dolor de cabeza que se le había despertado.

Unos veinte minutos después llegaban a Ashford Hall, el lugar de residencia de la familia en Londres.

Gracias a Dios, ni su madre ni su hermana estaban en la casa y no tendrían que presenciar tan bochornoso espectáculo, pero no tardarían en regresar, ya comenzaba a anochecer.

Dejaron a Anthony en manos de los criados y se dirigieron a la biblioteca en busca de una copa de brandy, se la habían ganado.

Capítulo 2

—Buenos días, señor Gasly —saludó Penny al mayordomo que la esperaba al pie de la escalera—. ¿Mis padres se encuentran ya en la sala del desayuno?

—Buenos días, Lady Pennélope —la respondió inclinándose levemente ante ella—. Los señores aún se encuentran descansando en sus habitaciones.

Penny le miró confusa, eran más de las ocho de la mañana, cómo era posible que aún estuvieran durmiendo.

Ella sabía que el horario de la ciudad era distinto al del campo, por eso se había obligado a permanecer en su cuarto más de una hora, a pesar de que su estómago no paraba de gruñir por la falta de alimento.

Entonces, a qué hora se tendría que levantar mientras estuviera allí para no parecer una pueblerina, se preguntó sin atreverse a planteárselo al estirado mayordomo que la observaba con aquellos pequeños ojos carentes de expresión.

—Aquí en la ciudad, el desayuno se ofrece a partir de las nueve hasta las once de la mañana —dijo adivinando sus pensamientos—. El almuerzo, ligero, entre las dos y las tres —continuó hablando mientras se adentraba en el pasillo—. El té formal a las cinco y la cena a las nueve —concluyó deteniéndose ante una puerta para indicarla que entrara—. Las comidas informales se sirven en este salón, ya que es el más pequeño de la casa.

Penny no lo llamaría pequeño precisamente, estaba compuesto por una gran chimenea y un par de ventanales que debían dar a la parte trasera de la casa y a sus jardines, esperaba que tuvieran jardines allí, pero no podía estar segura de ello.

Una gran mesa rectangular, dispuesta para dieciséis comensales presidía la estancia, la cual era bastante amplia como para dar cabida a los aparadores, donde se dispondría la comida y a los lacayos encargados de servirles.

La estancia era completamente fría e impersonal, nada que ver con el pequeño comedor del que disfrutaban en la finca, con sus alegres colores y retratos. Las flores recogidas cada mañana de los parterres inundaban con su aroma la estancia, pensó añorando la casa donde siempre había vivido.

—Le comunicaré a la señora Denson que ya se ha levantado y desea desayunar —dijo al tiempo que retrocedía hacia la puerta—. Por favor, espere aquí, milady.

—Como si tuviese algún sitio a donde ir —murmuró, observando como desaparecía por el pasillo, rumbo a la cocina, supuso.

Penny se volvió y se acercó a la ventana, apartó el visillo para ver el exterior y una sonrisa de placer iluminó su cara.

Sí que era un jardín, no parecía ser muy grande, ya que desde allí podía ver el alto muro que lo delimitaba a su derecha, pero un jardín, al fin y al cabo.

—Menos mal que estás aquí —exclamó Evelyn desde el umbral de la puerta al verla junto a la ventana—. Sabes ya cuando podremos comer algo, me muero de hambre.

Penny sonrió al escucharla, Evelyn siempre tenía hambre, comía casi tanto como los gemelos, pero mantenía una figura fina y delicada, mientras que ella, quien apenas se permitía picotear la mitad de lo que la servían, se la veía rolliza por los kilos que la sobraban.

—Al parecer el desayuno comienza a servirse a las nueve —la informó acercándose a la mesa para sentarse.

—¡Cómo! —exclamó escandalizada—. Y que se supone que debo hacer yo desde la frugal cena fría que nos sirvieron anoche cuando llegamos —se quejó Evelyn, tomando un lugar frente a ella—. Desfallecer desvanecida por la falta de aliento.

—No seas exagerada —la regañó Penny con una sonrisa en los labios —supongo que tendremos que acostumbrarnos.

El señor Gasly entró de nuevo en el salón, interrumpiendo así la retahíla de Evelyn por la falta de alimento.

Varios lacayos portando la tan ansiada comida le siguieron.

—Buenos días, Lady Evelyn —la saludó con una ligera inclinación—. Espero que haya descansado bien y que todo sea de su agrado.

—Gracias, señor Gasly, ahora ya todo está bien —le respondió mientras observaba como distribuían la comida en los aparadores.

—Si necesita algo más, no dude en hacérmelo saber.

Evelyn inclinó la cabeza mostrando su acuerdo, al tiempo que tomaba los cubiertos, lista para devorar las viandas que la habían servido.

—A propósito, los señores las esperan a la una en la biblioteca —las informó antes de salir del comedor de vuelta a sus quehaceres.

—¿Y qué esperan que hagamos hasta la una? —refunfuñó Penny entre bocado y bocado.

—Podríamos ir a ver la ciudad.

—No creo que las calles de Londres sean tan agradables para pasear como las de Melbtown.

—Pero seguro que tienen otros atractivos —comentó Evelyn, comenzando a ilusionarse con la perspectiva—. La señora Harper dice que están llenas de comercios de todo tipo, sitios donde comprar dulces e incluso tomar una taza de té para reponer fuerzas tras las compras.

Penny se la quedó mirando desde el asiento de enfrente, maravillada de como podía hablar y masticar al mismo tiempo.

Ella apenas si podía respirar con el bocado en la boca.

—No me gustan demasiado las compras —se quejó ante la perspectiva de pasarse la mañana visitando tiendas.

—También hay librerías —exclamó Evelyn tentándola—. Según el padre Harper, las mejores del país —comentó con ojitos de cordero.

—Cómo es que sabes tanto sobre Londres —quiso saber, no dejándose caer en su trampa, aunque muy tentada a hacerlo.

—He preguntado por ahí —la dijo encogiéndose de hombros con indiferencia—. Sentía curiosidad, ¿tú no?

—La verdad es que sí —confesó poniéndose colorada— y me han hablado de un hermoso parque donde todo el mundo va a pasear todos los días para dejarse ver y así que los demás sepan que están en la ciudad.

—Uf, un parque —suspiró decepcionada, aunque nada sorprendida por la elección de su hermana—. Supongo que siempre será mejor que quedarnos aquí encerradas.

—Ya solo hay un problema, que no recuerdo como se llama y no podemos ir por ahí preguntando al resto de los transeúntes —confesó—. Sería de lo más incorrecto en unas jóvenes damas.

—Además de que nos tacharían de palurdas campesinas.

—Y eso no sería nada agradable.

—Pues no —estuvo de acuerdo con ella.

—Entonces mi plan de ir a ver tiendas es mejor.

Penny tenía que reconocer su derrota, cualquier cosa, incluso ir de tiendas, sería mejor que quedarse allí sin hacer nada, esperando que sus padres se despertaran y quisieran recibirlas.

—Si me lo permiten —carraspeó uno de los lacayos que aún permanecía en el comedor—. El parque al que se refiere es Hyde Park y está bastante cerca de aquí.

—Usted sabe como llegar —le preguntó Penny esperanzada.

—Solo tienen que cruzar el jardín de la glorieta de enfrente y tomar la calle, hasta Pall Man, desde ahí, tienen que seguir la valla que lo delimita, en cualquier dirección, para llegar a las puertas de entrada.

—No parece complicado —dijo Evelyn resignada a no ir de tiendas.

—No, supongo que podemos intentarlo.

—Entonces iré a prepararme —anunció Evelyn— te veré en la puerta de entrada en veinte minutos —dijo saliendo del comedor rumbo a las escaleras.

Penny se tomó unos minutos más saboreando una segunda taza de té, antes de ir tras ella.

—Pues al final no ha sido tan difícil llegar hasta aquí —comentó Penny observando todo a su alrededor.

Caminaban por uno de los senderos paralelos a la avenida principal del parque, la cual estaba prácticamente desierta, salvo por algún caballero disfrutando de un paseo a caballo.

Eran pocas las damas con quien se cruzaban, pensó, amante de los paseos matutinos por el campo con su yegua parda. Echaba de menos a Era, tal vez su padre la permitiera traerla a Londres. Se había fijado que la casa tenía establo propio.

Ojalá hubiera un hueco para ella.

Ella podría ser una de esas damas que se aventuraban cada mañana a cabalgar por tan hermoso parque, lo disfrutaría.

—Supongo que sí —respondió Evelyn distraída.

—¿Qué ocurre? —la preguntó, parándose ante ella preocupada.

—No sé, había oído decir que este es uno de los lugares más populares de Londres —la dijo no sabiendo muy bien como explicarse—. Un lugar donde los nobles vienen a pasear y a socializar unos con otros.

—Y solo nos hemos cruzado con sirvientes y algún que otro trabajador que se dirigían a sus quehaceres —terminó por ella, comprendiendo por fin cuál era el problema.

—Exacto, no es para nada como lo había imaginado.

—Tranquila, eso es porque aún es muy temprano y al igual que nuestros padres, los demás estarán descansando después de asistir a los eventos nocturnos —la explicó, tratando de justificar así la ausencia de sus pares.

—Seguro que tienes razón —respondió sonriendo de nuevo— tú siempre la tienes —comentó enlazando su brazo con el suyo, reanudando su paseo.

—Más tarde llegarán los niños con sus niñeras y después del almuerzo, esto será un hervidero de gente, las damas en sus calesas abiertas para ser vistas y los caballeros en sus sementales desfilando ante ellas.

Penny sonrió al oír su risa cristalina rebotar entre las copas de los árboles.

—Así que tú también has oído hablar de las actividades de este lugar.

Un quejumbroso maullido se escuchó entre los arbustos, de repente el gato atigrado más grande que había visto en su vida, apareció ante sus ojos, huyendo de otros tres gatos callejeros

que le perseguían.

Penny le vio lanzarse a la avenida principal, parecía estar herido, de repente el retumbar de los cascos de un caballo llegó hasta sus oídos.

Sin pensarlo dos veces corrió tras el animal para salvarlo antes de que el caballo lo pisoteara.

Ashford había salido temprano a cabalgar.

Había sido un paseo agradable hasta ahora.

Un poco de ejercicio por el parque antes de que las niñas y más tarde la nobleza lo atestaran, era justo lo que necesitaba para desfogarse de su mal humor y frustración.

Anthony se había convertido en un gran problema y a decir verdad no tenía ni idea de como tratar con él.

Y eso era algo que le molestaba en exceso, lo que lo mantenía en un constante estado de frustración.

El tiempo se acababa y tenía que resolverlo, su madre y su hermana contaban con ello.

Como cabeza de familia era su responsabilidad, pero Anthony no estaba respondiendo como esperaba y ya no sabía qué más hacer.

Ashford iba perdido en sus pensamientos, cuando por el rabillo del ojo vio a alguien salir del sendero y pararse justo frente a él.

Tiró de las riendas con fuerza, lo que hizo que su caballo se encabritara, sintió como se deslizaba hacia atrás en la silla y cayó al suelo, pero no antes de conseguir que se detuviera a pocos centímetros de la mujer que le miraba con los ojos desorbitados de miedo.

Había estado cerca, se dijo a sí mismo, dejándose caer hacia atrás aliviado.

— Por el amor de Dios, ¿es qué no mira por donde va? —le reprendió Evelyn desde el borde del sendero—. Ha podido matarlos.

—Cómo va a mirar por donde va, si ni siquiera puede mantenerse en su montura —replicó Penny acariciando distraída la cabeza del gato que sostenía entre sus brazos.

El cual parecía seriamente asustado, pensó Penny, aunque no sabía que le daba más miedo, si los otros tres gatos que permanecían al lado del camino y le observaban con muy malas pulgas o el caballo que resoplaba por el esfuerzo, era difícil saberlo.

Ashford se incorporó como un resorte al escucharlas hablar y comenzó a sacudirse la ropa del polvo del camino.

—¿Cómo se atreve? Jovencita —las recriminó con voz autoritaria—. Están ustedes completamente locas, uno no se tira delante de un caballo por un gato callejero —la increpó al tiempo que tomaba las riendas de su semental, acariciándole la cabeza y susurrando en sus oídos para calmarle— podía haberla matado —exclamó volviéndose hacia la mujer causante de sus desdichas.

—¡Usted! —exclamó Evelyn al reconocerle de la posada.

Ashford se volvió hacia ella con el ceño fruncido al oírla, le costó un par de segundos relacionarla con el incidente de la taberna la tarde anterior, entonces se giró para ver a la otra dama que la acompañaba, conteniendo el aliento.

Un mecho pelirrojo que se escapaba de debajo de su sencillo bonete le confirmó sus temores.

Esa mujer era un peligro para quien tuviera la desgracia de cruzarse en su camino.

—Debería darle vergüenza, cabalgar así por un parque público —le reprendió al sentir su mirada acerada sobre ella cargada de reproche—. Su caballo ha podido pisotear a este lindo gatito.

Penny lo apartó un poco de su pecho para poder mostrárselo.

Ashford se quedó sin habla ante su reprimenda, le hubiera gustado poder responderla como se

merecía, pero sus modales de caballero se lo impidieron.

Mientras pensaba cuál sería la mejor manera de reprender a las damas por su comportamiento sin ofenderlas, vio como se alejaban de nuevo por el sendero, rumbo hacia las puertas.

Sacudió la cabeza, consternado, esperaba no tener la desgracia de volver a verlas.

Se giró hacia su montura, dispuesto a seguir su propio camino, pero su cuerpo dolorido protestó, por lo que se resignó a regresar a casa andando, tomó las riendas de su caballo y comenzó a caminar tras ellas.

Esperaba que su ama de llaves pudiera prepararle algún remedio que le aliviara, le dolían hasta las pestañas y con cada paso se sentía peor.

Se fijó en las damas causantes de su infortunio, que caminaban con las cabezas juntas, como susurrando, seguro, que se estaban burlando del patán que se había caído del caballo.

Ashford apretó los dientes, le hubiera gustado poder adelantarlas y perderlas de vista, pero su maltrecho cuerpo no le permitía caminar más rápido.

—¿Crees que padre nos permitirá quedárnoslo? —preguntó Evelyn, no muy convencida de ello.

—No veo porque no, en Melbtown tenemos muchos gatos y nunca le he oído decir nada al respecto.

—Pero padre no vive en Melbtown —observó Evelyn dudando— es más, casi nunca están allí, por lo que dudo que sepa nada de los gatos del establo o la cocina.

—Tienes razón, pero no creo que diga nada al respecto —trató de nuevo convencerla de que las permitirían quedárselo—. Al fin y al cabo, muchas damas de la nobleza los toman como mascotas.

—Esperemos que tengas razón.

Recorrieron el resto del camino en un cómodo silencio.

Capítulo 3

Penny y Evelyn tuvieron el tiempo justo para asearse un poco, antes de que el mayordomo las avisara de que las esperaban en la biblioteca.

Habían dejado a Orange con el jefe de los establos, quien le curaría las heridas, hasta que pidieran permiso a sus padres para quedárselo.

Evelyn estaba convencida de que no pondrían ningún problema, pero Penny tenía sus dudas, no pensaba que sus padres fueran muy amantes de los animales, salvo los que se utilizaban en las muchas cacerías a las que asistían.

Por lo poco que había podido ver del estado de los establos, tampoco los caballos eran muy apreciados.

Penny sacudió ligeramente la cabeza, para alejar esos pensamientos de su mente, ya habían llegado y el mayordomo acababa de abrir las puertas para anunciarlas.

—Buenos días, queridas —las saludó su madre desde el diván, recostada, junto a la ventana—. Por favor, acercaros.

—Buenos días —contestaron al unísono haciendo una ligera reverencia.

Su padre permanecía de pie junto a ella, desde donde había estado observando el trasiego de la calle mientras esperaban.

Penny notó como la miraba fijamente evaluándola.

—Tal y como esperábamos, Evelyn se ha convertido en una jovencita muy hermosa que merece el esfuerzo de ser presentada en sociedad —comentó acercándose a ella para poder examinarla con mayor detenimiento—. Podemos conseguir un buen matrimonio para ella, a pesar de su falta de dote.

—Ya te lo dije, querido, nuestra querida Evelyn nos devolverá al estatus que nos pertenece con su casamiento.

—No lo dudo, querida —se volvió con una sonrisa hacia su esposa—. Ya he contactado con algunos caballeros que podrían estar interesados.

A Penny se le había revuelto el estómago al oírlo, pensaban vender a Evelyn al mejor postor, tuvo que hacer su mejor esfuerzo para no salir corriendo de allí a vaciar su estómago en la bacinilla más cercana.

Notó que Evelyn se había vuelto hacia ella, aterrorizada, con la mirada suplicando que la ayudara.

Pero poco podía hacer ella contra los planes de sus progenitores.

—Tranquila, querida, escucharé las ofertas de los caballeros interesados en tu mano, hasta principios de junio y después elegiré la más adecuada —le explicó a su esposa cuál eran sus planes—. Si todo sale bien, a finales de junio ya estará casada.

—Estupendo, ya verás como todo saldrá bien, querido —le aseguró su madre.

—Pero con Pennélope no hay nada que podamos hacer, solo sirve para llevar la finca y atender a sus hermanos —comentó despectivo volviéndose hacia la ventana de nuevo—. Deberías haber insistido con Lord Chamberlain en que Pennélope no debía ser presentada.

—Eso no es justo, querido, sabes que he hecho todo lo posible para excluirla —protestó ofendida por su acusación—. Pero la Reina exige que todas las damas de la familia se presenten

ante ella.

—No obtendremos ningún beneficio de ella, es demasiado mayor y obesa —se quejó por lo que su presencia en la ciudad representaba—. Y ese pelo rojo no ayuda a disimular su falta de belleza.

Penny permanecía rígida escuchando a su padre decir en voz alta lo que pensaba de ella.

—Ya encontraremos algo en lo que nos pueda ser útil —abogó su madre sin mucha convicción.

—Me niego a gastar una fortuna en ella para que se pavone por todo Londres a mi costa —sentenció su padre mirando fijamente a su esposa.

—Por supuesto, todo será de lo más austero —le aseguró para tranquilizarle—. Yo me ocuparé de ello.

En ese momento las puertas de la biblioteca se abrieron de nuevo, dejando entrar a su hermano Calvin.

—Ah, por fin, han llegado —dijo al verlas allí paradas en medio de la sala—. Teníais razón padre, Evelyn es muy hermosa y hará un buen casamiento bajo vuestro criterio —comentó examinándolas más de cerca—. Pero con Penny no hay nada que hacer, deberíais devolverla a Melbtown cuanto antes —le aconsejó—. No tenemos dinero suficiente como para mantener a dos jovencitas durante su primera Temporada en Londres.

—Que es exactamente lo que haré en cuanto pueda sin levantar sospechas —le aseguró.

—Bien, entonces decidido —se alegró su madre de que todo se hubiera aclarado—. Esta misma tarde iremos a la modista —comentó sus planes para después del almuerzo—. Hay mucho trabajo que hacer si no queremos que nos dejen en un mal lugar ante la Reina y muy poco tiempo para prepararlo todo.

—Eso lo dejo en tus manos, querida.

Un carraspeo a sus espaldas, llamó la atención de todos lo presentes.

—El almuerzo está servido —anunció Gasly desde el umbral de la puerta.

—Perfecto, me muero de hambre —comentó Calvin yendo tras él.

Penny vio como su padre se acercaba a su madre y le tendía la mano para ayudarla, para después cogidos del brazo partir rumbo al comedor sin mirar atrás.

—Ahora, no —la ordenó Penny a su hermana al ver las lágrimas en sus ojos—. No podemos mostrarles ninguna debilidad, ya encontraremos un momento más tarde para hablar sobre lo ocurrido —la tomó de los hombros con firmeza—. Tenemos que ser fuertes —la zarandeó suavemente— encontraremos una solución, hasta entonces disfrutaremos de todo lo que Londres pueda ofrecernos, sobre todo tú. Te lo mereces.

Evelyn asintió con la cabeza, gracias a Dios, Penny estaba con ella, si alguien podía poner un poco de orden en toda aquella locura era ella.

Ella siempre encontraba una solución para todo.

—Vayamos al comedor —la dijo— no queremos hacerlos esperar, ¿verdad?

—No, será mejor que no.

Y juntas salieron de la biblioteca rumbo al comedor para reunirse con su familia.

Toda su vida había cambiado tras esa breve entrevista y tenían que afrontar sus nuevas circunstancias lo mejor que pudieran, pensó Penny caminando por los pasillos hacia el interior de la casa.

Tal y como había anunciado la Vizcondesa a las tres de la tarde, las damas de Melbourn Hall abandonaron la casa, rumbo a la modista.

—Espero que aprecies el sacrificio que he tenido que hacer al renunciar al té de las cinco en casa de una de mis más queridas amigas.

Las hizo saber Lady Melbourn nada más acomodarse en el carruaje.

—Sí, madre —replicaron las dos al unísono.

—Madame Ross, es una de las modistas más prestigiosas de todo Londres —continuó hablando, llenando así el tenso silencio que se había instalado en el interior del carruaje—. Ella misma selecciona a las damas que llevarán sus diseños, por lo que es muy importante que estés a la altura de sus expectativas.

—Lo intentaremos —respondió Penny con un hilo de voz tembloroso, aún no se había recuperado de su entrevista con sus padres en la biblioteca.

Ni sabía que iba a decirle a Evelyn, cuando por fin, se quedaran a solas para reconfortarla.

—Tu no Pennélope, tú eres demasiado mayor y poco agraciada como para ser elegida por Madame Ross —oyó decir a su madre respecto a ella—. Ya tengo vistas un par de tiendas de ropa de segunda mano para ti.

Dio un respingo en el asiento al escuchar sus planes para ella, sintió el calor de la mano de Evelyn sobre su pierna, reconfortándola.

—Por supuesto, todo lo que adquiramos necesitara de algunos arreglos —continuó divagando ajena al creciente malestar de sus hijas—. Confío plenamente en tu habilidad con la aguja para ello.

Penny tomó varias respiraciones profundas tratando de calmarse, su supuesta habilidad era completamente nula, por lo que no podría usar esos vestidos en público sin hacer el ridículo más espantoso ante toda la Alta Sociedad de Londres.

—¿Y si alguien los reconoce? Madre.

—Eso sería un desastre, seríamos el hazmerreír de todo Londres —exclamó escandalizada— más te vale hacer un buen trabajo con ellos —la amenazó— es lo único que puedes hacer tú por tu familia, contamos con ello —sentenció con voz autoritaria.

—Pero madre ...

—Nada de peros, Evelyn —la regañó por entrometerse—. Además, tú no tienes que preocuparte por nada, Madame Ross estará encantada de vestirme —la aseguró— incluso puede que seas su protegida esta Temporada.

Penny y Evelyn se miraron confundidas, que había querido decir con eso, pero ninguna de ellas se atrevió a preguntar.

—Lo cual nos vendría muy bien —continuó Lady Melbourn—. Un vestuario completo para una Temporada de Madame Ross, supone una pequeña fortuna que no podemos permitirnos en estos momentos, así que deberás esforzarte en ello, si no quieres acabar como Pennélope. Luciendo vestidos de segunda mano, lo cual ahuyentaría a los candidatos más elegibles y tendrás que conformarte con un matrimonio mediocre —la explicó— él cuál no llenaría nuestras arcas tal y como planeamos que suceda tras tus nupcias. Ni restablecerá nuestro prestigio ante la sociedad.

Penny la miro aún más confundida, por lo que ella sabía, la situación financiera de la familia no estaba en riesgo.

Cada trimestre se transferían los beneficios de la finca y el alquiler de los arrendatarios, tras descontar los austeros gastos de mantenimiento de la casa y un mínimo porcentaje para imprevistos y reparaciones que pudieran surgir durante el siguiente trimestre.

Ella misma llevaba años encargándose de las cuentas, las cuales daban cada vez más beneficios.

Melbourn era considerada, en todo el condado, como la finca más prospera y mejor dirigida de la zona.

A donde había ido a parar todo ese dinero, se preguntó, tendría que hablar con su padre al respecto.

Su madre debía estar confundida, las arcas de la familia están en perfecto estado, estaba segura de ello.

Sintió como el carruaje desaceleraba y se detenía en una gran avenida llena de tiendas a ambos lados, debían de estar en New Bond st., el lugar preferido de la Alta Sociedad para hacer sus compras.

Se enderezó y se armó de valor para lo que se avecinaba.

—Primero visitaremos a Madame Ross para que se ocupe de Evelyn —anunció su madre caminando decidida hacia la puerta de lo que parecía ser la tienda de una modista—. Después uno de los lacayos te acompañará a una de las tiendas seleccionadas con instrucciones precisas.

—Yo iré con ella —anunció Evelyn caminando tras ella.

—Por supuesto que no, alguien podría verte —se detuvo bruscamente y se volvió a mirarla muy seria—. Eso sería un escándalo que no podemos permitirnos, ¿está claro? —la preguntó agarrándola de la muñeca con demasiada fuerza.

—Sí, madre.

Penny se limitó a mirarlas en silencio, cada vez más temerosa por su futuro.

Nunca había estado más asustada en toda su vida y ese miedo la impedía pensar en una solución para su problema.

Lady Melbourn se dio la vuelta de nuevo y entró en la tienda sin mirar atrás.

Penny y Evelyn la siguieron en silencio.

Capítulo 4

—¿Es qué no me has oído? —dijo Lady Melbourn dirigiéndose a Pennélope que había entrado en la tienda tras Evelyn— tú no tienes nada que hacer aquí, cambio de planes, te marcharas ahora con Alfred, él te acompañará y date prisa no tenemos todo el día.

Penny se quedó allí parada viendo como se adentraban en la tienda.

—Pero, madre, —intentó protestar Evelyn, a quien había tomado del brazo y la arrastraba con ella hacia el mostrador.

—No pasa nada, Evelyn, estaré bien —consiguió transmitirla un poco de calma—. Tú diviértete —la aconsejó—. Te veré en casa.

Tras lo cual dio media vuelta y volvió a salir a la calle, vio al mozo de cuadra esperándola al pie de la escalinata.

—Milady, si está lista, sígame.

Penny echó a andar tras él, con la cabeza baja, perdida en sus pensamientos.

Un poco más adelante se adentraron en un callejón, alejándose así de las hermosas tiendas de Mayfair y de la sociedad.

Sus padres habían dejado bien claro que solo era un estorbo y si no fuera porque estaban siendo obligados a presentarla a la Reina, como su hija mayor, si deseaban introducir a Evelyn en la sociedad, seguiría encerrada en la finca, trabajando para ellos.

Apretó los puños con rabia, tantos años esperando su reconocimiento por su trabajo, qué estúpida había sido.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, al darse cuenta de ello, no era el momento de llorar, ahora no, se dijo atrapándola con su mano enguantada.

Levanto la vista, justo para ver como Alfred abandonaba el callejón para adentrarse en otro aún más oscuro.

Cuadró los hombros y levantó la cabeza, apresurando el paso para seguirle antes de que le perdiera y quedara atrapada en aquel laberinto de callejuelas, tan estrechas, que apenas penetraba la luz del sol en ellas.

Sintió un escalofrío solo de pensar en lo que podría ocurrir si acababa allí sola.

Ashford se fijó en la joven que salía en esos momentos de la modista y siguió sus pasos hasta perderla de vista. Parecía que un lacayo la acompañaba, aun así esos callejones no eran adecuados para que una joven los transitara.

—Me haces el favor de ocuparte de mi madre y Nataly y llevarlas a casa —le pidió a Chapman a los pies de la escalinata.

—Claro, pero ... —le respondió confundido por su repentino cambio de planes.

—Acabo de recordar algo —se excusó—. Te veré más tarde.

Se despidió incorporándose al tránsito de la calle con paso decidido.

Esperaba llegar a tiempo al callejón como para ver hacia donde iban y no perderla en ese laberinto de callejuelas en las que se convertía la ciudad si uno salía de la avenida principal.

No estaba preocupado, se dijo así mismo convencido de ello, solo sentía curiosidad por ver a donde iba una dama de su alcurnia por esos lares.

Salieron a una avenida un poco más ancha al otro lado de la ciudad, donde las aceras estaban atestadas de mercancías con las que sus propietarios pretendían tentar a los viandantes para comprarlas.

Había viandas, flores, libros, sombreros, incluso paraguas, algo realmente útil en Londres, donde se podía poner a llover sin previo aviso en cualquier época del año, pensó Penny.

Vio como Alfred se desviaba de nuevo por uno de los callejones laterales y suspiró resignada, pero esta vez no se adentró demasiado, deteniéndose ante una puerta algo destartada.

—Ya hemos llegado, milady —se volvió al verla que se acercaba—. La señora Brosman nos está esperando.

Y sin más abrió la puerta y entró.

—Buenos días, señora Brosman.

—Buenos días, Alfred, supongo que esta es la señorita de la que me hablaste.

Penny clavó su mirada en la mujer que acababa de aparecer tras la cortina, enfundada tras un delantal como el que usaban las modistas, por lo que supuso que no solo se dedicaba a vender vestidos de segunda mano, sino que también los confeccionaba.

—Sí, señora, he traído una lista de todo lo que debe proporcionarle y el dinero del que dispone.

—Um, tendré que hacer un recorte en cuanto a calidad si desea llevarse todo lo que pide —exclamó examinando detenidamente la lista.

—Haga lo que pueda, señora Brosman.

Penny vio como volvía a examinar la lista antes de levantar la mirada y fijarla en ella.

—Haga el favor de quitarse la capa para que pueda examinarla y hacerme una idea de sus medidas —la pidió caminando hacia ella.

Penny se la quitó sin rechistar y se la tendió a Alfred que había regresado a su lado.

—Bien —exclamó dando una vuelta a su alrededor evaluándola—. Comencemos.

Penny se mantuvo en el más absoluto silencio, observando a la mujer caminar entre los percheros, sacaba una prenda, la examinaba y la volvía a colocar en su sitio o bien la apartaba colocándola sobre las otras.

No sabía decir cuanto tiempo estuvieron allí, pero al cabo de lo que la pareció una eternidad, al fin, la señora Brosman se paró junto a una gran mesa, situada en el centro de la tienda y se volvió hacia ellos.

—Pues esto es todo —anunció, repasando la lista para comprobar que no se le hubiera olvidado nada— lo prepararé y se lo enviaré más tarde con el chico de los recados.

—No, gracias, nos lo llevaremos ahora —se apresuró Alfred a aclararla, lo que provocó que se girara hacia ella, examinándola con más suspicacia.

Esa no era una de sus clientas habituales, institutrices o damas de compañía, que necesitaban un vestuario económico con el que poder acompañar a sus pupilas durante los eventos de la Temporada, sin destacar demasiado su condición o pobreza.

Ni siquiera una señorita de la alta burguesía venida a menos que trataba de ocultar su pérdida de fondos.

Pero decidió no preguntar, su negocio requería discreción total y si deseaba mantener el anonimato, ella lo respetaría, por mucha curiosidad que sintiera.

Era una pena que tuviera que recurrir a aquellos ropajes estafalarios y pasados de moda, era hermosa, si perdiera un par de kilos y vestida a la última moda podría pasar por una joven dama ante la sociedad, le dijo su instinto, una pena en verdad.

Alfred la tendió la capa que aún sujetaba antes de acercarse al mostrador a recoger los paquetes.

Penny se la puso en silencio y se volvió hacia la puerta para abrísela y así salir de allí de una vez por todas.

—Buscaré un coche —la dijo Alfred al pasar ante ella.

Penny le siguió fuera del callejón, hasta el coche de alquiler que había detenido.

—Iré andando —anunció deteniéndose ante la puerta que mantenía abierta para ella.

—Estamos muy lejos de casa.

—Aun así, prefiero caminar.

—No conoce la ciudad —trató de nuevo de convencerla para que subiera al carruaje— se perderá.

—Me arriesgaré.

Alfred se encogió de hombros al verla caminar calle arriba, alejándose.

Ella no era su responsabilidad, se dijo así mismo subiendo al carruaje y dándole la dirección de los vizcondes al cochero.

Se arrellanó en el asiento dispuesto a relajarse y descansar durante el viaje.

Ashford observaba la escena desde el otro lado de la calle, donde se había desplazado tras comprobar la clase de establecimiento donde habían entrado.

Se acercó a una librería desde donde podía observar el callejón y pasar desapercibido para el resto de los viandantes.

Descubrió un par de las novelas góticas de las que tanto le gustaban a Nataly y que su madre la prohibía leer.

Ni las autoras ni sus títulos le sonaban de nada, por lo que decidió comprarlas. Tras abonar su importe, le pidió al librero que se los entregaran en Ashford Hall, no deseaba ir cargado con el paquete.

Mientras ultimaba los detalles, vio como Lady Pennélope y su lacayo salían del callejón y se dispuso a abandonar la tienda para seguirles.

Desde donde estaba parado, al otro lado de la acera, pudo presenciar su altercado, le hubiera gustado saber qué decían, de repente Lady Pennélope echó a andar calle arriba alejándose de su lacayo, quien se montó en el carruaje y partió sin ella.

¿Qué tipo de sirviente deja a su señora sola en un barrio como ese?, apretó los puños de rabia contenida.

Si alguien de su personal hiciera algo parecido con las damas de su familia, lo despediría inmediatamente, tras un buen rapapolvo por su irresponsabilidad.

Apretó los dientes y cruzó la calle decidido, tuvo que apresurar el paso para alcanzarla, antes de perderla entre la muchedumbre que atestaba a esas horas las aceras.

Cientos de trabajadores se dirigían a sus casas tras su jornada de trabajo. Pronto oscurecería, pensó, esquivando la marea humana, cada vez más preocupado por Lady Pennélope, tenía que alcanzarla y rápido.

Capítulo 5

Vio como torcía en la siguiente esquina.

—Por aquí se va a los muelles, no a Mayfair —comentó colocándose a su lado.

Penny se paró sobresaltada al escuchar su voz tan cerca, no se había dado cuenta de su presencia por los alrededores.

La verdad es que no era de extrañar que no se hubiera enterado de nada, ni quiera si un elefante hubiera pasado a su lado, tenía demasiadas cosas en las que pensar.

Levantó la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

— Permítame que detenga un carruaje para acompañarla a casa —se ofreció perdido en aquellos hermosos ojos que la observaban.

Nunca los había visto tan de cerca, dejó descender su mirada hasta sus tentadores labios rosados, deseo poder besarlos muy lentamente para saborearlos.

Sacudió la cabeza, para alejar esos turbadores pensamientos de su mente.

Por el amor de Dios, él era el Duque de Ashford y ella una joven dama inocente, no una cortesana o bailarina de teatro, como con las que acostumbraba apagar su pasión.

No la había abordado para eso, se regañó a sí mismo, sino como un caballero dispuesto a ayudar a una dama en apuros.

—No, gracias, volveré caminando.

—Está muy lejos de casa.

—Mejor, necesito desentumecer las piernas, desde que he llegado a Londres apenas si he paseado —se justificó.

—Ya, pero usted no conoce Londres, por lo que podría perderse con facilidad.

—Entonces preguntaré, a los transeúntes o tenderos con los que me encuentre, cuál es el camino correcto.

—O puede permitir que la acompañe y le sirva de guía.

—Prefería que no lo hiciera.

—¿Ni siquiera desea saber por donde continuar? —insistió.

Penny se mordió el labio inferior, confusa, ajena a lo que su inocente gesto provocaba en el Duque, que continuaba observándola.

—Debe volver a la avenida anterior y continuar en la misma dirección aun un buen trecho. — la indicó Ashford para distraerse de los malvados pensamientos que se estaban despertando en su cabeza y en otras partes de su cuerpo.

—Gracias, que tenga un buen día.

Y sin más dio media vuelta y siguió caminando, aunque esta vez en la dirección correcta, gracias a Ashford.

La verdad es que no había pensado en que podría perderse, Londres no era como Melbtown donde todas las calles terminaban confluyendo en la calle principal en un momento u otro.

Pero eso no la detendría, se dijo a sí misma, siempre podría preguntar a alguien, necesitaba respirar, replantearse muchas cosas de su vida que siempre había dado por sentadas y que en tan solo en unas horas se le habían escurrido entre los dedos.

Poniendo su mundo del revés, necesitaba reflexionar en cuál sería la mejor forma de afrontar

todos esos cambios y volver a tener el control.

Una risa amarga se le atascó en la garganta, nunca había tenido el control de nada, solo era una mujer en manos de los hombres de la familia, a quienes les debía obediencia y respeto.

Ellos eran quienes dirigían su vida, ella nunca tuvo voz sobre su futuro, una lágrima solitaria cruzó su mejilla.

El sonido de unos pasos a su espalda hizo que se tensara y se paró en seco, volviéndose hacia ellos para enfrentarlos.

—Usted de nuevo —consiguió decir al reconocer al Duque tras ella—. Haga el favor de dejar de seguirme, milord. Ya le he dicho qué deseo caminar, sola —hizo hincapié en la palabra sola.

—No lo hago, créame, solo vamos en la misma dirección.

—Claro —exclamó escéptica, no creyéndose sus palabras.

—Yo también voy de regreso a casa —confesó.

Penny bufó al oírle, aunque no lo creyera, sus palabras tenían sentido. Pronto anochecería y sería la hora de la cena, era de lo más normal que tratara de regresar a su propia casa.

—Está bien, puede seguir su camino, detrás de mí, pero ni me hable.

Se giró y volvió a echar a andar con paso ligero, vio que se acercaba una tropa de trabajadores en dirección opuesta a la suya y se apartó de su camino para no ser arrollada por ellos.

—¿Qué cree que está haciendo? —exclamó Ashford exasperado al ver como se bajaba de la acera justo cuando un gran carruaje se acercaba—. Podría haberla atropellado.

Penny tomó varias bocanadas de aire, tratando de recuperar el aliento, había estado cerca. Lo mismo, él tenía razón y no estaba preparada para caminar sola por esa gran ciudad, tan distinta a su querida Melbtown.

—Gracias —dijo intentando soltarse de su amarre—. Me está haciendo daño —le señaló su muñeca que aún sujetaba con fuerza.

Ashford se había quedado paralizado de miedo al imaginarla bajo las ruedas del carruaje. Aún estaba luchando por recuperar la compostura.

Se dio cuenta de que aún la sujetaba y la soltó como si quemara allí donde sus dedos la tocaban.

Penny se vio sorprendida por su repentina libertad y dio un paso atrás para recuperar el equilibrio.

Sintió la humedad de algo indeseable, penetrar su botín y comenzó a sacudirlo, tratando de sacarlo de allí.

Provocando inconscientemente un aluvión de salpicaduras directas hacia Ashford.

—Por el amor de Dios, quiere estarse quieta de una vez —la gritó enfadado sin poder contenerse por más tiempo.

La tomó por la cintura y la levantó, colocándola en un lugar seco de la acera donde no pudiera hacer más daño.

—Oh —exclamó, sorprendida, podía sentir el calor de sus manos allí donde la tocaban, a pesar de las capas de ropas que las separaban de su piel desnuda.

Subió la mirada con el aliento entrecortado para encontrarse con sus preciosos ojos grises cargados de furia hacia ella.

—Se acabó —exclamó exasperado—. Ha acabado con mi paciencia.

Ashford la soltó la cintura y la agarró del brazo, arrastrándola hacia el borde de la acera.

Paró el primer coche de alquiler que pasaba y la empujó dentro sin ningún miramiento, sorprendiéndola.

Penny no se esperaba semejante trato, por el que se hacía pasar por un caballero andante y

atterrizó de boca en el suelo entre los asientos, golpeándose la cabeza con la otra puerta que estaba cerrada.

—¿Cómo se atreve? —se quejó tratando de incorporarse.

Ashford no esperó para darle la dirección de la casa de los vizcondes al cochero y subió tras ella con dificultad, tratando de no pisarla.

—Es usted un peligro andante —la acusó ocupando su asiento justo cuando el coche se ponía en marcha.

Penny volvió a golpearse ante el repentino movimiento del carruaje. Como pudo, se incorporó y ocupó su lugar frente a él.

—No sé a qué se refiere, es usted quien se está comportando como un bárbaro —le dijo furiosa.

Ashford abrió la boca para responderla como se merecía, pero lo pensó mejor y permaneció en silencio.

—No sé por qué se ha puesto así por unas gotitas de agua, ni que nunca le hubiera salpicado la lluvia.

—¿Agua?, ¿cree que ese líquido marrón de olor nauseabundo era agua? —la preguntó incrédulo, no podía ser tan tonta como para creer algo así, pensó para sí mismo.

—Por supuesto que sí, anoche estuvo lloviendo, es normal que halla charcos en las aceras —le explicó, ese hombre era exasperante y ni parecía ser muy inteligente que digamos—. ¿Qué iba a ser si no?

—Por el olor que desprenden mis ropas, gracias a usted —recalcó con cinismo— yo diría que son las inmundicias de cualquier viandante que sintió la necesidad de aliviarse allí mismo.

Penny le miró confundida, la gente de Londres hacía esas cosas, se preguntó, aunque por el olor que desprendían los callejones por los que la había obligado a cruzar Alfred al ir hacia la tienda, comenzaba a creerlo.

Bueno, en los callejones tal vez fuera así, pero en las amplias avenidas llenas de gente lo dudaba.

Londres era una ciudad educada, no cualquier palurdo sin modales podía residir en ella.

Toda ella exudaba refinamiento y glamour, era la ciudad preferida por la Nobleza y ellos exigían un mínimo de decoro en todos sus actos.

—¿Quiere comprobarlo por sí misma? —la preguntó estirando la pierna hasta situarla bajo su barbilla para que pudiera olerlo por sí misma al ver que dudaba de su palabra.

Penny arrugó la nariz al percibir el olor tan desagradable que desprendía.

—Debería tener más cuidado por donde pisa y lavar más a menudo sus ropajes —se tapó la nariz, apartando la cabeza hacia un lado, buscando algo de aire fresco.

Ashford apretó los puños por la impotencia que sentía de no poder estrangularla allí mismo.

Notó que el coche desaceleraba y miró por la ventana.

—Hemos llegado —exclamó descendiendo casi antes de que se detuviera del todo, antes de que no pudiera seguir conteniéndose y terminara por hacerlo.

—Buff, aún no estoy lista para regresar —se quejó al ver la fachada de su casa—. Tendría que haberme dejado venir caminando.

Ashford metió medio cuerpo en el interior del carruaje y tiro de ella sin ningún miramiento.

—Que tenga usted un buen día —se despidió entre dientes—. Espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse nunca.

Penny vio como cerraba de nuevo la puerta del carruaje y se alejaba calle abajo, con una sensación amarga en la garganta, dejándola allí plantada.

Ese hombre era tan exasperante como guapo, ella tampoco deseaba volver a verlo.

El sonido de los niños jugando en la glorieta de enfrente llamó su atención.

Era cierto que no se sentía con fuerzas para entrar en la casa y enfrentar lo que en ella la aguardara, deseaba poder tener unos minutos más a solas, por lo que cruzó la calle y se unió a ellos, vio un banco vacío semioculto bajo un árbol llorón y se encaminó hacia allí.

Evelyn había estado observando la escena desde la ventana de la salita de visitas que daba a la entrada.

Quiso salir y unirse a ella bajo aquel apacible árbol, pero recordó que Penny tenía sus propios problemas con los que tratar y necesitaría espacio para ello.

Si estaba preocupada por sí misma, no podría ayudarla con los suyos, se dijo, sería mejor que la dejara tranquila por el momento.

Se giró alejándose de la ventana y se volvió a sentar en el diván a observar a su madre responder las invitaciones que habían llegado durante su ausencia.

De vez en cuando hacía algún comentario en voz alta, pero Evelyn no la escuchaba perdida como estaba en sus propios pensamientos, tratando de encontrar algo que resolviera sus problemas.

Capítulo 6

Ashford entró en su casa con paso decidido, decir que estaba enfadado, era quedarse corto, estaba furioso.

—Que me preparen un baño enseguida —le ordenó a su mayordomo al pasar por su lado y ver el gesto que hacía al apreciar el olor que desprendía.

—Por supuesto, excelencia.

Ashford cruzó el vestíbulo directo a las escaleras.

—Ah, ya has llegado, me pareció oír tu voz desde la biblioteca.

—Ahora no, Chapman —le contestó sin siquiera mirarle.

—Estamos de mal humor —afirmó al escucharle.

—Entre otras cosas —le confirmó—. Te veré en la cena.

Y continuó su camino hacia sus aposentos, deseoso de quitarse toda esa inmundicia de encima.

Como una hora después, tras restregarse enérgicamente cada centímetro de su cuerpo y ordenar a su ayuda de cámara que no se molestase en tratar de limpiar la ropa, sino que la tirase directamente o mejor que la quemara. Volvía a encontrarse bajando las escaleras rumbo a la biblioteca donde el resto de la familia le esperaba para cenar.

—Ya era hora —exclamó su madre al verle con un deje de reproche en la voz—. No sé cómo se te pudo pasar el informarme de que estarías ocupado y no podrías recogerlos a la salida de la modista.

—Y desde cuando debo informarla de mis quehaceres, madre —la replicó más brusco de lo que se merecía, estaba claro que aún se encontraba de un humor de perros y todo por una pelirroja desagradecida a la que esperaba no volver a ver en su vida.

Lady Leonor, Duquesa Viuda de Ashford, gimió sorprendida por la respuesta de su hijo hacia ella, él nunca las había tratado con tal falta de respeto.

—Tan malo ha sido contar con solo mi compañía, tía —terció Chapman tratando de calmar los ánimos.

—Por supuesto que no, querido, eres mi sobrino preferido.

—Soy vuestro único sobrino, al que toleráis, nunca habéis reconocido a mis hermanos como tal.

—Lo cual es perfecto —intervino Anthony desde el sillón donde permanecía arrellanado observando la escena—. Si tuviera más primos como tú, merodeando por la casa, me tiraría al Támesis.

—Anthony... —le increpó su madre ante su comentario tan desagradable.

—Y yo me alegraría por ello —intervino Nataly—. Eres insufrible y vas a arruinar mi Temporada.

—Nataly —exclamó Leonor sorprendida—. Por supuesto que no, tu hermano nunca haría tal cosa.

Un gruñido de disconformidad, generalizado, se escuchó en la sala, pero la llegada del mayordomo, anunciando la cena, les salvó de tener que dar más explicaciones.

Ashford se acercó a su madre y la ofreció su brazo para conducirla a la mesa.

Todos comían en silencio, perdidos en sus propios pensamientos, salvo por algún comentario intrascendente al que nadie respondía.

Ashford lo agradecía mientras trataba de aplacar su mal humor con una generosa ingesta de vino, hasta Nataly se volvió hacia él con una pregunta en la cara, su instinto le advirtió que no le gustaría y vació su copa de vino de un solo trago.

—Si hubieras venido habrías conocido a mi nueva mejor amiga —le reprochó Nataly entre bocado y bocado—. Chapman nos llevó a la pastelería del señor Gilbert donde pudimos conversar mucho rato.

—Mientras devorabais vuestros pastelitos con nata —se quejó su madre, quien opinaba que comer tanto en público era inadecuado para una joven dama a la que podían tachar de glotona, aunque no lo fuera.

Las apariencias lo eran todo frente a la sociedad y tenía que ser más moderada en sus salidas públicas, si deseaba que su primera Temporada fuera un éxito, la había aconsejado su madre en el carruaje de regreso a casa.

Y las compañías que frecuentaba o a quien brindaba su amistad.

Ashford levantó la mirada hacia ella, llevaba mucho tiempo callada y algo le decía que no había terminado de decir lo que deseaba.

—Siento habérmelo perdido, otra vez será —la dijo invitándola a continuar.

—Quiero invitarla a mi fiesta.

—Madre es quien se ocupa de elegir a los invitados al baile —la respondió, no entendiendo del todo cuál era el problema.

—Madre se opone a ello.

Ashford dirigió la mirada hacia su madre que presidía la mesa frente a él, pidiéndola una explicación.

—Los Melbourn no se encuentran entre nuestro círculo de amistades que debemos cultivar, son demasiado vulgares y siempre rozando el escándalo —justificó su decisión de excluirlos, su hijo lo comprendería—. Que más quisieran ellos que recibir una invitación al baile de presentación que el Duque de Ashford ofrecerá en honor a su hermana —concluyó con altivez.

—Pero es mi baile y quiero que Evelyn asista —protestó Nataly—. Ella también será presentada a la Reina el mismo día que yo.

—Un motivo más para no invitarla, es una joven hermosa que ensombrecería tu debut.

Anthony y Chapman prefirieron no intervenir en el desacuerdo de las damas, dejando de mutuo acuerdo que Ashford lo resolviera.

—A los Melbourn no se les ha perdido nada en esta casa —afirmó tajante, dando por concluida la discusión.

Apartó su plato y se levantó.

—Estaré en la biblioteca —anunció caminando hacia la puerta—. Es posible que salga más tarde, que tengáis una buena velada —las deseó, desapareciendo tras el umbral.

—Ya le has oído, los Melbourn no asistirán al baile —la recalcó su madre tras su marcha.

Nataly se revolvió furiosa en su silla, no tenían derecho a decidir por ella quién asistía y quién no a su fiesta.

Chapman se levantó decidido a reunirse con Ashford y tratar de averiguar que lo mantenía de tan mal humor.

Se despidió cortésmente de las damas y fue tras él.

Anthony no tardó en seguir sus pasos, estaba intrigado, por lo general era él quien ponía a su hermano de ese humor, saber que otra persona podía conseguir enfadarle de tal manera era un

gran alivio.

Puede que después de todo fuera una persona normal y tuviera hasta sentimientos, se dijo intrigado por quien habría cometido tan gran hazaña.

Ashford dejó de ser una persona agradable cuando su padre falleció y heredó el ducado, para convertirse en un hombre frío, sin sentimientos ni empatía, en un ser solitario e inalcanzable, que se consideraba por encima de todos los demás. Mirándolos por encima del hombro desde su pedestal.

Solo Chapman parecía tener el poder de acercarse a su lado más humano y no siempre tenía la suerte de conseguirlo.

Él había perdido a un hermano, a un amigo fiel con quien compartir su vida y había ganado a un tirano que le obligaba a vivir bajo sus estrictas normas de conducta.

Sería mejor que se reuniera con ellos cuanto antes, si deseaba averiguar qué le había ocurrido, pensó levantándose de la mesa, despidiéndose, apresurado, salió del comedor rumbo a la biblioteca.

—No sales hoy —le preguntó Ashford al verle entrar.

Anthony le ignoró y fue hacia el mueble de las bebidas a por una copa de whisky antes de reunirse con ellos frente a la chimenea.

Notó que ambos seguían en silencio esperando su respuesta.

—Puede que después —se vio obligado a contestar.

—Eres un cotilla insufrible —le acusó Chapman.

—Estás disfrutando con esto —le reprochó Ashford convencido de ello.

—Reconozco que siento curiosidad por saber qué o quién, aparte de mí, ha podido enfadar tanto al gran Duque de Ashford.

Este bufó al oírle, sabía que Anthony no tenía la mejor de las opiniones sobre su persona, pero escucharle referirse a él de esa manera le había dolido, joder, al fin y al cabo, era su hermano y su heredero. Llevaban toda la vida juntos, debería de conocerle mejor, pensó tratando de sacarse esa espinita de su mente.

—Está bien, menudo par de entrometidos estáis hechos —les reprochó—. Ten familia para esto.

—Bueno, en nuestro favor, no puedes reprocharnos que queramos saber como ha acabado el Duque de Ashford volviendo a casa con todos sus ropajes llenos de inmundicias y apestando a orín —volvió a hablar Anthony refiriéndose a lo que le había contado su ayuda de cámara y era la comidilla de los criados.

—Lady Pennélope —afirmó Chapman sin ningún atisbo de duda de qué dicha dama tenía algo que ver con el infortunio.

—¿Lady Pennélope? —preguntó Anthony rebuscando en su memoria, sin éxito, algún conocido con ese nombre.

—Se empeñó en volver caminando desde Poland Street —le confesó—. No quiero volver a ver a esa mujer en mi vida.

—Supongo que no se lo permitiste.

—Estaba dispuesto a hacerlo, hasta que se puso a chapotear sobre un charco de indefinible naturaleza —exclamó aún mal humorado—. Salpicándome en el proceso, para luego insistir en que era culpa mía por estarla siguiendo.

Anthony no pudo contener las carcajadas al imaginarse la escena, hubiera pagado una fortuna por poder verlo.

Ashford le miró furioso por su reacción, aunque en el fondo sabía que no podía culparlo por

ello.

Chapman por el contrario, estaba tan sorprendido, no porque no conociese a la joven y sus tendencias a verse envuelta en ese tipo de situaciones, sino porque Ashford hubiera sido de nuevo la víctima culpabilizada de dicha dama.

—¿Y qué paso después? —preguntó Anthony cuando pudo recuperar el aliento.

—La metí en el primer coche que pasaba y la llevé a su casa.

Ashford se levantó y fue hacia la mesa de las bebidas, necesitaba una copa, rememorar aquel episodio no había hecho nada para mejorar su humor.

—Pero, qué hacía Lady Pennélope en esa zona de Londres.

—Ir de compras —les dijo sin dar más detalles.

—¿Sola? —insistió Chapman tratando de entender esa situación tan insólita, incluso para cierta dama.

—Con un lacayo que la abandonó cuando insistió en volver paseando a casa.

—Ya veo.

—Pues yo no veo nada —exclamó Anthony, sintiéndose excluido de la historia—. Al menos podríais decirme quién es esa Lady Pennélope y que tiene que ver con Ashford.

Ambos le ignoraron de mutuo acuerdo.

—Quisiera pasarme por el Club para recabar información sobre Melbourn.

—He de reconocer que nunca le he prestado atención a los rumores sobre Lord Melbourn o su familia —confeso Chapman sacando un cigarrillo de la caja de tabaco que había sobre la mesa.

—Pues deberías, últimamente Lord Melbourn está muy activo visitando todos los clubs de la ciudad en los que es admitido, tratando de vender a su hija al mejor postor —comentó Anthony arrellanándose en el sillón complacido al contar con toda su atención—. Se rumorea que anda escaso de fondos —añadió dando un trago a su copa.

—No había oído nada —reconoció Chapman—. Y esas noticias suelen correr como la pólvora.

—¿Y hasta qué punto pueden ser verdad esos rumores? —quiso saber Ashford a quien no le sorprendió la noticia, después de lo que había presenciado esa tarde.

Anthony se tomó su tiempo para responder, saboreando el momento.

—Si tenemos en cuenta que he jugado varias veces con Lord Graham, su heredero —les aclaró al ver su cara de confusión—. Nada de grandes sumas, sino más bien con asiduidad.

—Lo cual también es importante —afirmó Chapman.

—Y su tendencia a perder —continuó—. Yo diría que podrían estar sufriendo algún aprieto que justifique los actos de Lord Melbourn.

Ashford se quedó pensativo, mirando fijamente el fondo de su copa.

—Una partida, aunque sean a menudo, no es suficiente para arruinar a una familia bien establecida con tierras que producen beneficios.

—Estoy de acuerdo, tiene que haber algo más —corroboró Chapman.

Anthony se sintió resentido con ellos, nunca lo tomaban en serio, siempre tenían que saber más que él.

—Y quiero que lo averigües —se volvió Ashford hacia su hermano—. Tú estás en mejor posición que nosotros para ello.

Anthony saltó en su asiento sorprendido, su hermano, el gran Duque de Ashford acababa de pedirle que obtuviera información para él, como si confiara en él.

—Necesito que me mantengas informado de cualquier cosa que puedas averiguar de aquí al baile de Nataly —le miró directamente a los ojos—. Proteger la reputación de nuestra hermana

es primordial.

—Entendido, cuenta conmigo.

—Bien.

Cabeceó su acuerdo y le dio un gran trago a su brandy, con la ayuda de Anthony podría resolver antes el misterio.

—Supongo que nosotros haremos lo mismo a través de nuestros conocidos —supuso Chapman.

—Exacto —le confirmó.

—Pues empezar con una visita al club esta misma noche, no sería mala idea.

—Yo también visitaré algún que otro antro de esos que tanto te gustan —anunció Anthony dirigiéndose a su hermano.

Ashford se encogió por dentro al escucharlo, que Anthony volviera a las calles, no era muy buena idea, pero era necesario sonsacarle algo a sus contactos.

Esperaba que la información mereciera la pena.

—Pues es hora de marcharnos —anuncio poniéndose de pie y yendo hacia la puerta.

Los demás le siguieron en silencio.

Penny ya estaba acostada cuando cayó en la cuenta de que nadie la había pedido explicaciones por haber regresado sola a casa, en una ciudad extraña y sin una dama de compañía.

Un sabor amargo le subió del estómago al comprender que no le importaba a nadie de esa casa.

Ni siquiera a Evelyn, quien estaba muy ocupada disfrutando de su Temporada y de su nueva amiga.

Sintió las lágrimas resbalar por sus mejillas, pero no hizo nada para contenerlas.

Capítulo 7

Penny acababa de alcanzar la escalera para bajar al comedor, era hora de la cena, la única comida que compartía con la familia. Bueno con su madre y Evelyn, raras veces su padre, un hombre muy ocupado o Calvin se les unían. Ellos preferían cenar en su club que con las damas.

Justo cuando iba por la mitad de la escalera, la puerta principal se abrió, eran su madre y Evelyn que regresaban de su salida de la tarde.

Aunque en teoría Evelyn no podía asistir a ningún evento social antes de ser presentada.

Todas las tardes salían a pasear por Hyde Park y visitar los locales de moda donde disfrutaban de algún refrigerio.

Penny, por el contrario, permanecía en la casa, más concretamente en el desván, junto con su ayudante, a quien pagaba con sus propios ahorros, tratando de arreglar sus vestidos y tenerlos a tiempo para su presentación ante la Reina.

Vio como Gasly tomaba una bandeja de plata de una mesita cercana y se la tendía a su madre.

Imagino que serían las invitaciones para los próximos eventos que habían llegado por la tarde.

Su madre nunca salía de casa, sin antes revisarlas y confirmar su asistencia a las reuniones que interesaban, por el bien de la familia.

—Dios mío, Dios mío —exclamó alterada acercando la misiva dramáticamente a su pecho— ¿está el señor en casa? —preguntó volviéndose de nuevo hacia el mayordomo.

—Sí, milady, en la biblioteca.

Edwina no necesitó más y cruzo el vestíbulo, presurosa con Evelyn pisándola los talones.

—Murray, Murray, querido —le llamó nada más cruzar las puertas, muy excitada—. Lo hemos conseguido —exclamó agitando el sobre para que lo viera.

—No entiendo nada, querida, trata de calmarte.

Edwina tomó una respiración profunda antes de continuar.

—Gracias a la amistad de Evelyn con su hermana y mi acercamiento, bien recibido a la Duquesa Viuda, hemos sido invitados al baile con el que el Duque la obsequiara tras su presentación ante la Reina.

—Déjame ver eso.

—Será el evento de la Temporada —exclamó excitada tendiéndole el sobre—. El Duque de Ashford nos ha invitado.

—Interesante, esto aumenta considerablemente el precio de las negociaciones por la mano de Evelyn —observó, volviéndose distraído hacia la ventana, blandiendo el sobre en la mano—. Considerablemente —murmuró a nadie en particular.

—Incluso podría optar a un pretendiente con un título respetable —corroboró su esposa.

—Ya veremos, ya veremos.

A Penny se le revolvió el estómago al oírlos, sus ojos se clavaron en su hermana, quien permanecía estática en el centro de la sala.

Sintió pena por ella, con tantos acontecimientos y tantas cosas por hacer en Londres, se había dejado llevar por el glamour y su nuevo estilo de vida, olvidándose por completo de sus intenciones.

Esa conversación había sido como un jarro de agua fría para ella, devolviéndola a la realidad,

era demasiado joven para saber lidiar con algo así, pensó Penny observándola allí plantada, tan solo era una niña y todo aquello un juego del que no conocía las reglas. Algo tenía que hacer para ayudarla, pero por más vueltas que le daba no se la ocurría nada.

En ese momento la voz de Gasly la sacó de sus cavilaciones e hizo que todos los presentes se volvieran hacia ella sorprendidos.

Ninguno de ellos se había dado cuenta de que había entrado en la habitación.

—Oh, Lady Pennélope, también ha llegado esto para usted —la dijo tendiéndole la bandeja con un sobre sepia pulcramente colocado.

—¿Cómo? —exclamó Edwina encolerizada—. Nadie sabe de su existencia, tal y como me ordenaste, hemos tenido mucho cuidado de que no nos acompañase en ninguna de nuestras salidas.

—Pues está claro que has fallado en tu cometido, querida —exclamó su esposo furioso con ella, si se conociera la existencia de su otra hija antes de su presentación ante la corte, sus negociaciones se verían repercutidas y no para bien.

—Trae aquí —la ordenó su madre.

Penny tomó el sobre y cruzó la sala para entregársela, pero su padre fue más rápido y se la quitó de las manos.

—Una invitación del propio Duque de Ashford —exclamó el padre extrañado—. Y con una nota personal de su puño y letra.

Penny se tensó al oírle, nerviosa por lo que el Duque podría haber escrito en su misiva.

—No tenéis ningún derecho a leer mi correspondencia privada sin mi permiso —se atrevió a decir con un hilillo de voz apenas audible—. Si llegara a oídos de su excelencia se sentiría muy ofendido por vuestros actos.

Evelyn ahogó un quejido al oírla, en que estaba pensando Penny para enfrentarse así a su padre, pensó temerosa de las consecuencias si le hacía enfadar.

—Podría hacer que la Duquesa Viuda retirara la invitación al baile de la familia —se atrevió a señalar recobrando un poco de su innata valentía.

Su padre se la quedó mirando con sus ojos acerados durante unos segundos.

—Tienes mucho que explicar, jovencita —la dijo tendiéndole de nuevo el sobre y la misiva aún lacrada, se giró y regresó junto a la ventana sin decir nada más.

—Se puede saber de qué conoces tú al Duque de Ashford —la increpó su madre furiosa.

Penny buscó frenéticamente en su cabeza una respuesta adecuada que la satisficiera, pero al mismo tiempo que no la comprometiera, ni revelara nada de ninguno de sus encuentros, tan poco decorosos.

—Nos encontramos en la posada del Jabalí Azul, durante nuestro viaje desde la finca —contestó Evelyn, por ella—. Un encuentro fugaz que ya ni recordaba —comentó inocentemente, había aprendido algunas cosas durante esas salidas con su madre.

Sintió que su padre la miraba con suspicacia, como si supiera qué había mucho más tras esa simple explicación, pero Penny fue incapaz de sostenerle la mirada y continuó en silencio.

Decidió abrir la misiva y leerla.

—El Duque está extrañado de que no acompañe a Evelyn y a madre en ninguna de sus salidas y ha querido asegurarse de que asista al baile con el resto de la familia, por lo que ha decidido enviar una invitación personal para que no “puedan excluirla” —les resumió mientras leía sus últimas palabras “también es el día de vuestra presentación”.

Tras lo cual le tendió la carta, a su padre, para que la leyera por el mismo, lo que pareció calmar su enfado.

La llegada del mayordomo anunciando la cena la salvó de responder a sus inquisivos ojos.

—Puede que Pennélope al final sirva para algo —comentó tendiéndosela de nuevo. Se volvió a ofrecerle el brazo a su esposa para guiarla al comedor—. Muchos hombres viudos buscan jóvenes más mayores, no aptas para el mercado del matrimonio, con las que casarse para que cuiden a sus hijos y sus casas, sin la presión de que cumplan con su deber de proporcionarles un heredero.

—Seguro que encontraras algún caballero en esa situación a quien colocársela, querido.

—Tantearé el terreno —contestó pensando en un par de ellos que podrían estar interesados—. Aun así, hasta que no sea presentada y nos veamos en la obligación de mostrarla en público, no debe acompañaros en vuestras salidas.

—Por supuesto, querido, por supuesto.

Penny sintió las náuseas en su garganta y en cuanto salieron, corrió a sus aposentos, nada la obligaría a compartir mesa esa noche con ellos.

Notó que Orange no estaba en la habitación e imaginó que había bajado a la cocina a mendigar un poco de alimento, volvería más tarde, pensó, dejando la puerta entreabierta para que pudiera pasar.

Se trasladó al otro lado de la habitación y se sentó en el banco junto a la ventana, admirar la luna y las estrellas siempre la calmaba, pero desde que había llegado a Londres, esa niebla rojiza siempre las ocultaba.

Ni siquiera ya eso la quedaba, suspiró con tristeza, dejando rodar las lágrimas por sus mejillas libremente.

A la mañana siguiente se dio cuenta de que Orange no había regresado y decidió bajar a la cocina a buscarlo, antes de desayunar.

—Señora Mollie, no encuentro a Orange, no le habrá visto por aquí —la preguntó a la cocinera sorprendiéndola en medio de sus quehaceres.

—Oh, Lady Pennélope, el señor lo vio merodeando por la casa y ordenó que nos deshiciéramos de él —se lamentó volviéndose hacia ella—. Alfred se lo llevó al establo hasta que usted bajara —añadió limpiándose las manos en el delantal.

—Gracias, señora Mollie, iré a buscarlo.

Penny salió por la puerta de la cocina en dirección al establo, temía que algo así sucediera cuando sus padres se percataran de la presencia de Orange en la casa, pero ya hacía tres días de eso y nada había sucedido. Por lo que llegó a pensar que podría quedarse con él, le había tomado mucho cariño a ese golfo, cascarrabias, reconoció para sí misma.

Nada había salido como esperaba desde que llegó a Londres, pensó apesadumbrada.

Su vida no paraba de dar vueltas sin sentido, era como estar girando eternamente en un tiovivo y no tenía ni idea de cuando pararía.

—Alfred, Alfred —llamó desde el umbral de la puerta.

—Lady Pennélope —la saludó con una ligera inclinación de cabeza—. Me imagino que viene a por su gato.

—Exacto, venía a visitarle y saber como se había adaptado a su nueva casa —le confirmó, buscándolo entre las sombras con la mirada.

—Oh, no puede quedarse aquí —la explicó—. Nada de gatos en su propiedad.

—Pero ...

—No, no, tiene que llevárselo o yo mismo lo echaré a la calle.

Penny se lo quedó mirando durante un momento, tratando de calibrar si sería capaz de ello y

entonces recordó lo que ocurrió cuando fueron a la tienda de segunda mano.

Si fue capaz de abandonarla a ella, sin ningún tipo de remordimiento, que no sería capaz de hacer a un indefenso gato, sintió un escalofrío recorrer su espalda solo de pensarlo.

—Está bien —claudicó, decidida a proteger a Orange de ese hombre—. Iré a por mi capa y algo para transportarle, vuelvo enseguida.

—Dese prisa, el señor puede aparecer por aquí en cualquier momento —la apremió desde la puerta viendo como se alejaba de nuevo hacia la casa.

Lo dudaba mucho, su padre no se levantaba antes del medio día y no le creía capaz de rebajarse a ir él mismo a por su caballo a los establos, si tenía sirvientes que se lo traerían a la puerta con solo ordenarlo, pensó, pero no dijo nada.

Definitivamente, Alfred no era más que un egoísta que solo se preocupaba por sí mismo.

Si estuvieran en la finca, hacía mucho que le hubiera despedido.

No la gustaban nada las personas de su calaña y menos que vivieran bajo su techo.

Capítulo 8

Eso no había sido una buena idea, se lamentó Penny mientras recorría el sendero de Hyde Park, donde había encontrado a Orange unos días antes.

Cómo se la había podido ocurrir, que podría dejarlo allí, se preguntó, pero ahora no tenía ni idea de que hacer con él, ni a donde podría llevarlo, si al menos conociera la ciudad, se lamentó arrastrando los pies sobre la arena.

El sonido de los cascos de caballos acercándose por la avenida, la sacó de sus cavilaciones, levantó la vista instintivamente para ver los tres jinetes que se acercaban al paso, parecía que venían conversando entre ellos.

Sin pensarlo dos veces, salió del sendero y se paró en medio de la avenida para detenerlos.

Ashford vio una figura salir del sendero a la avenida, justo a su paso y tiró de las riendas, con fuerza para detenerse.

Sintió como Aquiles se encabritaba y trató de controlarlo, pero consiguió el efecto contrario, a pesar de sus esfuerzos, notó como se deslizaba hacia atrás y se caía a cámara lenta, acabando sentado en el suelo en el centro de la avenida.

Vio como Aquiles se tranquilizaba tras librarse de su jinete y se resguardaba bajo la sombra de un árbol cercano.

—De verdad, no sé por qué insiste en seguir montando a caballo, si es usted incapaz de mantenerse en la silla, sentado —le regañó Lady Pennélope al verle de nuevo en el suelo— lo digo en serio, algún día se hará usted daño.

Ashford la miró furioso, abrió la boca para responder como se merecía esa arpía, pero no pudo emitir ningún sonido de lo enfadado que estaba.

—Por el amor de Dios, deje ya de resoplar como un toro embravecido y levántese, alguien podría verle ahí tirado —le regañó— ¿es que no tiene usted vergüenza?

—Buenos días, Lady Pennélope —la saludó Chapman descendiendo de su caballo, aun tratando de contener, a duras penas, las carcajadas por lo cómica de la situación.

—Oh, Lord Chapman, no le había reconocido —le saludó haciendo una reverencia—. Tenga usted un buen día.

—Permítame que le presente a Lord Henderson —se volvió hacia el aludido que aún permanecía sentado sobre su montura, observando la escena entre maravillado y horrorizado.

—Buenos días, tenga usted, Lord Henderson —le saludó indecisa, algo le decía que esa no era la forma correcta de ser presentada a un desconocido.

—Lord Henderson, es el hermano pequeño del Duque y como puede ver tan mal educado como él —volvió a intervenir Lord Chapman para llenar el silencio que se había instalado entre ellos.

—Para nada, solo sorprendido —se excusó por sus malos modales acercándose a ella, tomó su mano para besarla con reverencia—. Lady Pennélope, es un placer conocerla al fin.

Penny sintió como se acaloraba por su contacto, nunca ningún joven apuesto la había besado con tanta reverencia, apartó la mirada para ocultar su azoramiento.

—Uf —bufó Ashford quien había conseguido levantarse y se acercaba hacia ellos sacudiéndose el polvo de sus ropas—. Por Dios, Anthony vas a soltarle la mano o estás pensando

en quedártela —exclamó furioso de nuevo.

No le había gustado nada que la tomara la mano y mucho menos la reacción de ella ante tan inocente gesto.

Sacudió la cabeza tratando de descartar ese sentimiento, por el amor de Dios, esa mujer era una arpía, que solo le había traído quebraderos de cabeza.

No una damisela en apuros por la que se sintiera atraído, se dijo regañándose a sí mismo y desechando cualquier otro sentimiento que pudiera despertar en él.

—Por fin, se digna usted a acercarse —le amonestó—. Tome, tiene que quedárselo —le dijo tendiéndole la cesta—. Usted es la única persona que conozco en todo Londres a quien puedo entregárselo.

Ashford extendió la mano por inercia hacia la cesta que le tendía, el bufido mal humorado procedente de la cabeza de un gato anaranjado, le saludó con cara de pocos amigos.

—Ni hablar, no pienso quedarme con su gato —se negó tratando de devolverle la cesta donde lo transportaba.

—Tonterías —objetó desdeñando sus palabras—. Como puede ver no puedo dejarlo aquí, con esos tres gatos esperando para matarlo.

—Está usted exagerando —volviendo la vista hacia los setos donde tres gatos enormes les observaban—. Aun así, no pienso quedármelo, por el amor de Dios, ni siquiera me gustan los gatos —protestó mirando de nuevo al animal con desagrado.

—Claro que sí —le contradijo—. Orange es un amor, en un par de horas caerá usted rendido a sus pies, totalmente cautivado por sus encantos.

—No creo que eso vaya a ocurrir —vaticinó mirando de nuevo al gato quien bufo aún más furioso que antes.

Penny iba a contradecirle cuando el sonido lejano de las campanas de alguna iglesia le recordó la hora que era.

—Oh, tengo que marcharme ya o no llegaré a tiempo a mi clase de protocolo —exclamó contrariada.

Se recogió las faldas y echó a correr hacia la salida del parque, tenía que darse prisa o su madre se enfadaría con ella y no deseaba tener más problemas con sus progenitores, pensó olvidándose completamente de los tres caballeros allí plantados que la observaban desde la avenida.

—Lady Pennélope —exclamó Lord Chapman siendo el primero en recuperar el habla.

—¿Es siempre así? —preguntó Anthony sin poder creerse lo ocurrido.

—Siempre —respondieron al unísono sus acompañantes.

—Pues acabas de adoptar un lindo gatito, hermanito.

Recalcó volviéndose hacia su caballo riendo a carcajadas.

Ashford miró al gato y luego a Chapman buscando una explicación a lo ocurrido.

—A mí no me mires, no tengo ni idea de lo que ha pasado.

Ashford vio como se alejaba en busca de su propia montura y volvió a mirar la cesta, un nuevo bufido le saludó, estaba claro que no le caía bien a ese gato, ni él a él tampoco, pensó frunciendo el entrecejo al observarlo.

Supongo que se lo podré dar al jefe de los establos, seguro que él tiene alguna tarea para él, decidió recogiendo su caballo y uniéndose a sus acompañantes de regreso a casa.

Por fin, había podido salir a la calle de nuevo, llevaba más de diez días encerrada en aquella buhardilla con Samy, la ayudante a modista que había contratado, para remodelar sus vestidos y

ajustarlos a su talla.

Ya casi lo habían conseguido, solo faltaban algunas cintas y adornos para los sombreros.

Por lo que había salido a comprarlos, la hubiera gustado ir paseando, pero tras su experiencia anterior por las calles del centro de la ciudad, decidió alquilar un carruaje.

A este paso pronto se quedaría sin dinero, teniendo que costear todo ella con los pocos ahorros que había podido reunir a lo largo de su vida, pensó sopesando todos los gastos que había tenido que afrontar desde que llegó a Londres.

Encontró la tienda que buscaba sin dificultad, gracias a las indicaciones de Samy y pudo hacer sus compras con celeridad.

Aún quedaban un par de horas para la cena, pensó allí parada en la acera junto al escaparate de la tienda de donde había salido.

A pesar del mal tiempo y de aquella neblina rojiza que nunca se disipaba, no deseaba volver a casa.

Pero donde podría ir una joven dama sola, se preguntó reacia a regresar.

A una de las famosas pastelerías o teterías, tan de moda de las que tanto hablaba Evelyn no. Podría encontrarse con la Vizcondesa y eso no traería nada bueno para ella.

Mejor no hacerla enfadar, se recordó lamentando tener que evitar a su propia madre.

Ir a Hyde Park y pasear por sus senderos, descartado, era la hora de más afluencia en el parque y no deseaba ser reconocida por nadie.

Se rio de sí misma, como si alguien fuera a reconocerla a ella.

Una, don nadie, a quien su propia familia la mantenía oculta para que no dañara la oportunidad de su hermana pequeña de hacer un buen casamiento.

Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla, como cada vez que pensaba en ello, trató de ocultarla secándola con su mano enguantada.

“Una dama nunca debe llorar en público, le diría su madre si la viera, eres una vergüenza para la familia, Pennélope”.

Suspiró tratando de quitarse de encima el peso de la tristeza que la embargaba.

De repente se enderezó y caminó hacia el borde de la acera, ya sabía a donde ir, pensó parando de nuevo un carruaje.

Subió los tres escalones de mármol de la majestuosa casa y golpeó la aldaba.

—Vengó a ver a Orange —le dijo al estirado mayordomo que la abrió la puerta un instante después.

—¿Perdón? —la preguntó desconcertado, recorriéndola de arriba abajo con la mirada crítica.

Penny sonrió para sí misma imaginándose lo que veía, apostaría todo lo que la quedaba de sus ahorros a que nunca había visto a una joven, vestida con un sencillo traje de lana marrón, pasado de moda, llamar a la puerta del Duque de Ashford.

—Si ha traído algún paquete para la casa, use la puerta de servicio —la dijo, recuperando su aplomo dispuesto a despacharla lo antes posible.

—Buena idea, seguro que Orange se encuentra en la cocina, es su lugar favorito —le susurró inclinándose para que solo él pudiera oírla.

Iba a dar media vuelta cuando sintió una mano de acero que la agarraba por el brazo y la arrastraba al interior.

—Por el amor de Dios —exclamó Ashford quien acababa de bajar de sus aposentos de regreso a su estudio, aún tenía cuentas qué revisar, cuando oyó el timbre de su voz, reconociéndolo al instante.

Esa mujer estaba completamente loca, presentándose así en la puerta de su casa.

O trataba de comprometerle.

No sería la primera ni la última que lo intentaba, sin éxito.

Él no estaba dispuesto a caer bajo tan vil ardid, pensó aún más furioso de lo que ya estaba.

La hizo entrar en la biblioteca, sin ningún miramiento, dejando las puertas abiertas tras ellos.

—Se ha vuelto usted loca —la gritó sin poder contenerse—. ¿Qué hace aquí?

Penny le miró sin amilanarse por sus malos modales, estaba claro que le había molestado su visita, pensó frotándose el brazo, para recuperar el riego sanguíneo donde él la había agarrado.

—He venido a visitar a Orange —le respondió con calma sin apartar la mirada de sus ojos.

Ashford abrió la boca y volvió a cerrarla sin emitir sonido alguno.

Había venido a visitar al gato, ¡al gato!

Había arriesgado su reputación y buen nombre para ver a ese demonio felino.

—Si me dice donde puedo encontrarle, iré a buscarlo.

Ashford se tensó con solo imaginarla vagabundeando por su casa en busca del dichoso animal.

Como si lo hubiera conjurado, ese hijo del diablo apareció entre sus piernas y fue hacia ella.

—Orange —exclamó extasiada agachándose para poder acariciarle.

Ashford vio como lo tomaba entre sus brazos y lo acercaba a su pecho, abrazándolo.

Abrió los ojos, sorprendido, viendo como el gato ronroneaba feliz ante sus muestras de cariño.

—Como me alegro de verte —le dijo con lágrimas en los ojos—. Ya sabía yo que no te relegaría a los establos y te cuidaría bien —le susurró besando su peluda cabecita.

Ashford sintió como se ruborizaba ante el halago implícito que acababa de hacerle sobre su persona.

—Gracias —le dijo llanamente.

Ashford no estaba preparado, cuando la vio levantar la mirada hacia él para mostrarle la sonrisa más brillante y sincera que había visto en su vida. Haciendo que su respiración se quedara atascada en su garganta y su corazón se saltara un latido.

La llamada a la puerta principal y el rumor de voces en el vestíbulo, le devolvió al presente como un jarro de agua fría.

Quería otra de sus sonrisas.

—No, no —exclamó asustada al reconocer las voces— no pueden verme aquí.

Ashford sintió como le lanzaban al gato a los brazos y acto seguido echaba a correr hacia el escritorio del rincón, desapareciendo bajo la mesa.

No tuvo tiempo de indagar el motivo de esa aptitud tan extraña, cuando la voz de su hermana le llegó desde el umbral.

—Ashford, estás aquí.

Ashford se volvió hacia ella, sujetando a duras penas a Orange, que deseaba volver con la dama.

—Me alegro, así por fin podre presentarte a Lady Evelyn —continuó hablando ajena a lo que su presencia había provocado.

—Excelencia —le saludó la aludida haciendo una reverencia.

—Lady Evelyn —la correspondió tratando de no gritar de dolor al sentir las uñas de Orange clavándose en su muñeca.

—Tiene usted un gato precioso —le dijo extendiendo la mano para acariciarlo.

Sintió como su agarre se relajaba y ronroneaba meloso.

—La verdad es que si —intervino Nataly en ese momento tomándolo entre sus brazos—.

Nadie sabe de donde ha salido, un día apareció con él sin más y se convirtió en el rey de la casa.

—No me extraña con esa mirada desvalida, se hace querer.

Ashford buscó la mirada de la que hablaba Lady Evelyn, pero solo encontró desafío y diablura en ella.

—Madre, desea que te reúnas con nosotras en la salita verde para tomar el té —anunció Nataly saliendo ya de la biblioteca con Lady Evelyn a la saga.

Ashford hizo un gesto de fastidio al oírla, no se había quedado en casa toda la tarde para tomar el té con su madre, refunfuño, maldiciendo su mala suerte en silencio.

Un ruido procedente del rincón más alejado de la biblioteca le recordó que no estaba solo y se volvió hacia él.

—Tengo que salir de aquí —se lamentó angustiada—. Tengo que salir.

Ashford vio como se encaminaba hacia la ventana y la abrió de par en par.

—¿Qué está haciendo? —exclamó, horrorizado, adivinando sus intenciones, corrió hacia ella.

—No me ha oído —le respondió furiosa desde el alfeizar de la ventana—. No pueden verme aquí.

—Pero no es necesario que salte por la ventana —la explicó, tratando de detenerla, tomándola de la cintura y tirando de ella hacia el interior.

—Si me descubren me venderán al primer desalmado que encuentren o algo peor —dijo horrorizada agarrándose con fuerza a las jambas del marco—. Usted no lo entiende.

Ashford aflojó su agarre sorprendido tras escucharla. Lo que permitió a Penny soltarse y girarse, hasta quedar colgada de la ventana.

—Adiós.

Fue todo lo que dijo justo antes de desaparecer ante sus ojos.

Ashford se acercó un poco más y se asomó, con el corazón en un puño, temiéndose lo peor. Parecía que había caído sobre un frondoso arbusto.

Vio como se levantaba y sacudía las hojas secas de su ropa y cabello, antes de volverse e incorporarse al trasiego de la calle.

Ashford suspiró aliviado, al ver que estaba bien, esa mujer iba a hacer que le salieran canas antes de tiempo si seguía entrometiéndose en su vida.

Una discreta tos desde el umbral de la puerta le recordó que le esperaban.

—Ya voy —dijo cerrando la ventana antes de abandonar la estancia.

Capítulo 9

Penny apenas había sido consciente de su presentación ante la Reina, a pesar de que todos esperaban que cometiera un error y se pusiera en evidencia. Todo había salido perfecto, incluso fue distinguida con una suave sonrisa de su Majestad.

Sintió como si ella comprendiera las dificultades por las que atravesaba y lo importante que era eso para ella.

Por supuesto, nadie la felicitó por ello, ni siquiera creía que se hubieran dado cuenta de su esfuerzo, sino para respirar aliviados por no dejarlos en evidencia ante lo más selecto de la sociedad.

Tal y como esperaba, todas las alabanzas y felicitaciones fueron para Evelyn, quien a decir verdad parecía una muñequita, de lo preciosa y delicada que parecía con su bonito vestido blanco decorado con ramilletes de alhelí dispersos.

La Reina la permitió que la besara la mano y tuvo unas palabras de alabanza hacia ella. Dejando bien claro que había sido elegida como la incomparable de esa Temporada.

No es que Evelyn no se lo mereciera, pero había sido una sorpresa para todos los presentes, cuando había debutantes de mucha más alcurnia y con familias muy poderosas e influyentes en la sociedad que esperaban esa distinción por parte de la Reina.

Penny se alegraba por ello, eso ayudaría a Evelyn a conocer a más caballeros que los escogidos por su padre.

Quizás con un poco de suerte llegara a enamorarse y así poder burlar el futuro que habían planificado para ella, deseó Penny con todo su corazón.

Ojalá, Evelyn alcanzara la felicidad que tanto se merecía.

Penny no se atrevió a llenar sus pulmones de aire hasta que no estuvo fuera de la sala del trono.

Levantó la cabeza, justo para ver a Ashford que la miraba con orgullo y un brillo de admiración en sus ojos, que le robó el aliento de la garganta, antes de que las puertas se cerraran de nuevo y otra debutante fuera presentada a su Majestad.

¿Ashford la estaba mirando con admiración?, ese hombre la odiaba, se dijo así misma sacudiendo la cabeza, debía de habérselo imaginado, se regañó. Pero en el fondo de su corazón deseaba que hubiera sido él, quien la mirara así a ella.

—Debemos irnos, tenemos que prepararnos para el baile de esta noche.

La voz estridente de su madre la sacó de sus cavilaciones devolviéndola a la realidad, Penny se inclinó para recoger su cola y caminó tras ellas.

El resto del día fue un no parar, un solo instante hasta que estuvieron de nuevo en el carruaje rumbo al baile de los Ashford.

En esta ocasión su padre y su hermano las acompañaban.

—Pennélope, ha venido a verme el señor Harper para informarme de sus intenciones de hacerte su esposa —comentó su padre rompiendo el silencio que se había instalado en el carruaje—. No le he descartado, pero escucharé otras ofertas antes de tomar una decisión al final de la Temporada.

—Pues deberías haberlo hecho —le regañó su madre indignada—. Solo con lo que nos

ahorraríamos con su manutención podríamos impulsar a Evelyn hacia círculos más altos, ahora que la Reina la ha señalado como la sensación de la Temporada.

—Estoy de acuerdo con madre —concordó Calvin ignorando la rigidez de su hermana sentada a su lado—. Necesito unas botas nuevas y le he echado el ojo a una nueva montura.

Penny permaneció con la cabeza baja sin mirar a ninguno de ellos.

Solo deseaba acurrucarse en un rincón y llorar, sabía que su futuro correría la misma suerte que el de Evelyn, pero escucharlos hablar así, demostrando su falta de aprecio hacia ella, hacía que se sintiera traicionada por su propia familia.

Sintió como Evelyn se revolvía en su asiento llena de furia y colocó su mano sobre su rodilla para serenarla.

Enfrentarse a ellos solo las traería más problemas y no era eso lo que necesitaban en esos momentos.

Si no un plan para detener toda esa locura.

—Esperaré, Pennélope siempre nos ha servido bien a esta familia, ocupándose de la finca y de los pequeños en nuestra ausencia —oyó que su padre decía, pero aun así no se dignó a mirarle temiendo que pudiera ver el dolor que sentía.

—De todas maneras, le he dado permiso para cortejarte —continuó ajeno a los sentimientos de su hija al respecto—. Vendrá mañana a visitarte —se dirigió directamente a ella—. Por lo que deberás atenderle, pero nada de comprometerte ni aceptar su petición, ¿está claro?

—Sí, padre —le respondió reuniendo el valor para mirarle de frente, cuando pudo ocultar sus sentimientos—. Pasearemos por los jardines traseros, si a usted le parece bien.

—Eso será perfecto, necesitamos la sala de visitas para los pretendientes de Evelyn tras esta noche —dijo su madre volviéndose a centrar en su hermana.

—A partir de ahora, Pennélope deberá acompañaros a todos los eventos sociales a los que asistáis —ordenó volviéndose hacia su esposa.

—Pero ...

—Sin peros, mujer.

El carruaje ralentizó la marcha al incorporarse a la fila de coches que se acercaban a la casa para dejar descender a sus ilustres viajeros.

Penny miró por la ventana y calculó que no tendría demasiado tiempo para recomponerse antes de que llegaran a la escalinata de entrada.

Y era primordial que lo hiciera si quería cambiar su funesto futuro, encontrando un marido que la satisficiera más que el señor Harper, debía empezar a buscarlo cuanto antes y esa noche la ofrecía una gran oportunidad para hacerlo.

Miró a su hermana de soslayo y presintió que ella había llegado a la misma conclusión.

Esa noche las hermanas Melbourn tomarían el destino de sus vidas entre sus manos, para escapar de las frías garras de sus familiares.

Y con esa determinación, fijada en sus ojos, ambas cruzaron el umbral de la puerta de entrada a Ashford Hall.

Ashford supo que algo había cambiado con solo verla entrar por la puerta y tuvo un mal presentimiento.

No había dejado de darle vueltas a sus palabras sobre su futuro desde su encuentro en la biblioteca, hacía ya tres días, y no entendía por qué.

Ni siquiera se lo había comentado a Chapman.

Él debería estar centrado en su hermana esa Temporada y no en una desconocida que solo le había traído dolores de cabeza y desgracias.

Se palpó los arañazos en su muñeca, disimuladamente, para recordárselo.

Sin embargo, había algo en ella que hacía que la rememorara una y otra vez en su cabeza. La siguió con la mirada hasta que se perdió entre el resto de los invitados en el salón de baile.

Bien, él tenía un millón de cosas de las que ocuparse, se dijo así mismo, volviendo a prestar atención a los invitados que llegaban a saludarles.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber Chapman una vez decidieron entrar en el salón.

—Por supuesto que sí, no sé por qué lo dices.

—Parecías estar más ausente de lo normal saludando a los invitados.

—Aburrido más bien —se justificó negándose a contarle la verdadera razón de su enajenamiento—. Esta es una de las muchas razones por las que me resisto a dar fiestas en mi casa.

—Esta estabas obligado a darla.

—Lo sé.

—Una fiesta de lo más encantadora, excelencia —les abordó Lady Webs, nada más cruzar la puerta.

—Gracias.

—Permítame que le presente a mi sobrina, Lady Rebeca —dijo empujándola delante de él para que no pudiera esquivarla.

—Excelencia —le saludó con una ligera reverencia.

Ashford inclino la cabeza en su dirección, sin ni siquiera dignarse a mirarla, continuando su camino.

Como odiaba esas fiestas, pensó, y aún le quedaban horas antes de que pudiera escapar a su estudio.

Todo fuera por Nataly y su futuro, se dijo recordándose porque se estaba sometiendo a semejante tortura.

—Milady —la saludó Chapman inclinándose sobre su mano, dándole un beso al aire.

—Milord.

—Si me disculpa.

Y se escabulló él mismo tras los pasos de Ashford, el cual llevaba unos días más encerrado en sí mismo de lo normal, lo cual le preocupaba.

Ni siquiera le había contado la visita de cierta dama pelirroja a la casa.

Algo le decía que esa visita tenía mucho que ver con su actitud desde entonces, pero no podía estar seguro de ello.

Vio a Lady Evelyn y su madre en el centro del salón, rodeadas de posibles pretendientes, algo que no le sorprendió en absoluto, dada la belleza de la joven.

Buscó con la mirada a su hermana y la encontró en un rincón apartado junto a las damas solteras que eran consideradas demasiado mayores para el matrimonio.

Ella aún no tenía esa edad, pero parecía estar a gusto entre ellas, observando el salón desde la distancia.

Penny se escabulló de su familia en cuanto los caballeros comenzaron a rodear a Evelyn, tratando de llamar su atención y se dirigió hacia el rincón, más o menos apartado, donde se daban cita las jóvenes de mayor edad que aún estaban solteras.

Qué desperdicio, pensó mientras se acercaba, esas jóvenes aún estaban en la flor de la vida y todavía soñaban con formar una familia con algún gentil caballero, pero una absurda norma de la nobleza se lo impedía.

Se colocó en un extremo, de pie, semi oculta por una de las hermosas columnas del salón y

observó la estancia.

Su padre se había reunido con otros caballeros y parecía estar pavoneándose del éxito de su hija.

Estaba segura de que se había olvidado completamente de ella, pensó con una mezcla de amargura y alivio a partes iguales que le atenazaba el corazón.

Mientras que su hermano se encontraba en el centro del salón, adulando a otra joven dama junto con unos cuantos petimetres, todos demasiado jóvenes como para buscar esposa, pensó.

Siguió paseando la vista entre los asistentes mientras le llegaba el sonido de las conversaciones de las damas a su alrededor.

Sonrió para sí misma, había escogido el lugar perfecto para sus planes.

Capítulo 10

Había conseguido cruzar el salón de baile sin que nadie la interceptara, se felicitó Penny mientras atravesaba el vestíbulo y entraba en la oscura biblioteca.

Se guio por la escasa luz que entraba de la calle por los grandes ventanales hasta el escritorio de roble que ya conocía de su anterior visita.

Tomó el yesquero y prendió una vela, antes de inclinarse y abrir el primer cajón.

Sacó algunas hojas de papel en blanco con el blasón de Duque en la esquina superior derecha y se sentó, tomando la pluma. Empezó a escribir con trazos rápidos.

—¿Se encuentra usted cómoda o desearía algo más, ¿un té y unos panecillos? —dijo Ashford con ironía entrando en la estancia y cerrando las puertas tras él.

—No gracias, no me apetece nada —le contestó sin detenerse—. Lo que si me vendría bien es un afilador para esta pluma. No sé cómo puede escribir con ella, la punta es demasiado gruesa —se quejó sin levantar la cabeza.

—Ya está bien —exclamó furioso, golpeando con la palma de la mano el escritorio.

Penny saltó asustada en su asiento y dejó caer la pluma sobre el papel.

—Mire lo que ha hecho —le increpó malhumorada—. Ahora seré incapaz de leer lo que había escrito —se quejó al ver la enorme mancha de tinta que había dejado la pluma sobre el papel.

—¿Y será culpa mía?

—¿De quién, sino?, ha sido usted quien ha entrado aquí como un energúmeno, asustándome —le acusó mirándole a los ojos, furiosa.

— Virgen del amor hermoso —exclamó Ashford tratando de controlar su mal humor—. Le recuerdo que esta es mi biblioteca y ese mi escritorio. Lady Pennélope.

—¿Y? —le preguntó desafiante levantándose de la silla para enfrentarlo—. Solo quería anotar unos nombres antes de olvidarlos, pero usted lo ha estropeado todo, ¡todo! —le gritó acercando su cara a la suya colérica.

Ashford agarró su nuca y la atrajo hacia él, descargando su furia sobre sus labios.

Era eso o tirarla por la ventana, pensó justificándose ante sí mismo por sus actos.

Penny se tensó como la cuerda de un violín, al sentir sus duros labios sobre los suyos, exigiéndola que le permitirá entrar.

Entreabrió los labios, dispuesta a protestar y sintió como su lengua se introducía en su interior, asaltando cada rincón con una mezcla de furia y pasión, despertando sensaciones hasta ahora desconocidas en ella.

Con timidez se unió a ella en ese baile maldito, dando al tiempo que recibía.

Sin previo aviso, Ashford rompió el beso que los unía dando un paso atrás.

Tenía que controlarse, pensó tratando de recuperar la respiración y devolverle a su miembro su tamaño normal antes de que ella notara como había crecido esa parte significativa de su cuerpo.

Por el amor de Dios, era una joven inocente en su primera Temporada y él, que se consideraba un caballero, había estado a punto de deshonorarla sobre la mesa del escritorio o peor aún sobre la alfombra de su propia biblioteca.

¿En qué demonios estaba pensando?, esa mujer ni siquiera le gustaba, solo le había traído

problemas a su bien ordenada vida, pero, en cambio, había conseguido despertar su libido como ninguna otra que hubiera conocido.

Su apéndice se pronunció de nuevo dándole la razón, sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente que no le estaban ayudando en absoluto a recuperar el control de sus emociones.

Penny tuvo que apoyarse con las dos manos en el escritorio, se sentía mareada, el mundo no paraba de girar a su alrededor, las piernas la temblaban de tal manera que apenas la sostenían, pensó tratando de recuperar el control de su agitada respiración.

¿Qué demonios la había hecho ese hombre?, se preguntó llena de pánico, ¿cómo se atrevía a hacerla algo así?, sintió como su miedo se transformaba en furia y se volvió hacia él.

—¿Cómo se atreve? —le gritó colérica—. Es usted un malnacido.

—Yo... —la respondió furioso—. Se lo merecía, asaltadora de casas ajenas, así aprenderá cuál es su lugar y saldrá de mi vida.

Penny le miró con los ojos desorbitados de ira.

—Con mucho gusto, seré la mujer más feliz del mundo si no vuelvo a verle en mi vida.

Ashford vio como se enderezaba y se encaminaba hacia la puerta con la cabeza bien alta y el porte de una princesa.

—Volverá, es usted una arpía, incapaz de alejarse de las personas que no desean su compañía, tiene que atormentarlas e impedir que sigan con sus vidas.

Penny sintió como sus palabras se clavaban en su corazón rompiéndolo en mil pedazos, sus ojos se anegaron de lágrimas que pugnaban por salir, pero no dejaría que él la viera llorar.

No le dejaría ver lo mucho que la había herido, se prometió a sí misma, obligándose a seguir caminando.

—Adiós —le dijo sin volverse mientras traspasaba el umbral y se alejaba por el pasillo.

No podía volver en ese estado al salón de baile, se dijo así misma, necesitaba recuperar el control de sus emociones y se dirigió a la sala de descanso de las damas en busca de algo de paz, solo esperaba que estuviera vacía.

Ashford esperó a que se marchara antes de volverse hacia la mesa de licor, se sirvió una copa de brandy con manos temblorosas, necesitaba recuperar el control antes de volver al salón de baile, era el anfitrión de aquella maldita fiesta, se recordó aplacando así sus ansias de encerrarse en su estudio por el resto de la noche.

Se sirvió de nuevo, se la había ganado por haber tenido que enfrentarse a semejante arpía, antes de dejar el vaso sobre el escritorio.

Tomó la hoja de papel que ella había olvidado, apenas pudo distinguir los nombres de varios caballeros, parecía que había estado haciendo una lista.

Al lado de uno de esos nombres que no pudo descifrar, pudo leer claramente la palabra viudo.

Arrugó la hoja entre sus manos y la arrojó al suelo, lleno de ira.

Esa arpía había estado utilizando su escritorio para hacer una lista de posibles candidatos a marido y clasificándolos ante sus narices.

—Maldita sea, esa mujer.

Él tenía obligaciones que cumplir con su hermana. Esa noche era su noche y él no tenía ningún derecho a empañársela.

Nada más regresar al salón, vio que Lady Pennélope no había regresado y se sorprendió al no alegrarse por ello.

Se dirigió directamente hacia donde estaba su madre conversando con la Marquesa de Lexington y su protegida Lady Amanda, uniéndose a ellas.

—Querido, deberías sacar a Lady Amanda a bailar —le pidió su madre a la vista de todos—. La gente comienza a murmurar si no os habréis peleado.

—Algo que puede llegar a convertirse en un incordio si continúan los rumores.

Ashford reconoció el punto y se volvió hacia Lady Amanda solícito.

—¿Os apetece bailar, milady?

—Por supuesto, excelencia, es un gran honor.

La tomó del brazo y la condujo hacia la pista de baile donde comenzaban a sonar los primeros acordes de un vals.

Ashford se encogió por dentro, aunque era un gran bailarín, no disfrutaba especialmente de la intimidad que ofrecía el vals, con sus parejas de baile, por lo que procuraba evitarlos y prefería cumplir sus compromisos con las damas en una cuadrilla o similares. Los cuales apenas ofrecían intimidad a las parejas danzantes.

—Debería perdonaros por tenerme tan abandonada tras bailar un vals conmigo sabiendo lo mucho que los detestáis.

—Deberíais —la contestó con acritud.

—No deberíais tratarme así —le reprochó haciendo un mohín de desagrado al oírle—. Al fin y al cabo, yo seré vuestra duquesa y anunciaremos nuestro compromiso al finalizar la Temporada.

Ashford se la quedó mirando en silencio, no estaba de humor como para volver a hablar del tema en esos momentos y menos con toda la sociedad de Londres con sus ojos puestos sobre ellos.

Giró con el ritmo de la música y se perdió en sus pensamientos.

La verdad es que Lady Amanda era una mujer preciosa, con su cabello rubio oscuro y sus ojos avellana, poseía la altura ideal para reposar la cabeza sobre su hombro cuando la abrazara.

Sus labios carnosos y sus curvas bien delineadas, sugerentes en los lugares indicados, serían un gran atractivo a la hora de visitarla para concebir al nuevo heredero del Ducado.

Criada desde la cuna para ser su esposa, hija de una familia de alta alcurnia, era la candidata perfecta para ser su futura Duquesa.

No tenía nada que le impidiera convertirla en su esposa y así cumplir con el compromiso pactado por sus padres, borrachos en una taberna. Acordaron el día de su nacimiento, en medio de sus nubladas mentes por el whisky consumido.

Pero tampoco tenía nada por lo que deseara hacerlo.

Sabía que todo Londres esperaba la confirmación oficial de su compromiso y sus futuras nupcias, pero Ashford aún no se había pronunciado al respecto, alegando que ese año la protagonista de la familia era su hermana Nataly, consiguiendo así aplazarlo unos meses más de nuevo.

El vals tocó a su fin, sin que volvieran hablar entre ellos.

Ashford la llevó de vuelta junto a sus madres, antes de perderse de nuevo entre la multitud que atestaba el salón, rumbo a la sala de juegos en busca de otro tipo de diversión.

Una emocionante partida de cartas le ayudaría a dejar de pensar en su encuentro con Lady Pennélope y podría relajarse, al menos eso esperaba.

El salón de las damas estaba vacío, tal y como había deseado, no sabía que hubiera hecho de no haberlo encontrado así.

Penny camino decidida hacia uno de los cómodos divanes que se habían dispuesto para que las damas pudieran descansar y se dejó caer devastada.

¿Qué había pasado? No dejaba de preguntarse mientras su cerebro daba mil vueltas tratando de encontrar una explicación.

No es que no la hubieran besado antes, no era tan inocente como creían, pero nunca, de esa manera.

Habían sido besos inocentes, cálidos, que no despertaron ninguna otra sensación en ella, salvo ternura y en algunos casos ni eso.

Pero ese beso había sido demoledor, Ashford había intentado castigarla por algún motivo que desconocía, con él y lo había conseguido.

Su cuerpo aún temblaba por el recuerdo.

Se sentía usada, abrasada por las sensaciones que despertó en su interior. Sintió como se humedecía y sus pechos se endurecían, mientras su respiración se agitaba de nuevo, deseando algo totalmente desconocido para ella.

Maldijo en silencio las conversaciones entrecortadas y llenas de enigmas que las damas casadas mantenían entre ellas, sobre las intimidades que el matrimonio ofrecía entre los esposos.

Siempre se había imaginado que sería tan natural como los animales de la finca a los que había visto procrear.

Nada tan violento y a la vez desolador como lo que acababa de sentir.

¿Y si no tenía nada que ver con eso? Se preguntó llena de dudas, ¿y le estaba dando un enfoque equivocado a un simple beso?

Su mente se negó a creer que hubiera sido un simple beso como los que comparten los esposos o los besos robados que describían las novelas que había leído.

Ese beso no fue nada agradable ni tierno.

¿Era eso la pasión que nadie se atrevía a describir en su presencia? Se preguntó maldiciendo no poder confiarle a nadie sus dudas y temores.

Se suponía que las jóvenes damas no debían saber nada de la pasión o de lo que ocurrirá en su noche de bodas hasta que se casaran. Lo único que había oído decir al respecto, es que la esposa debía tumbarse en la cama y dejar hacer a su marido, mientras repasaba la lista de tareas pendientes para el día siguiente.

Un panorama muy halagador, pensó arrugando el ceño con desagrado.

Las novelas insinuaban otra cosa, incluso placer al yacer con el esposo, pero lo hacían tan sutilmente que no había conseguido averiguar como hacerlo.

Lo que tenía claro es que el beso que había compartido con Ashford en la biblioteca había sido diferente a todo eso.

Cerró los ojos rememorando, había sido una lucha por dominar y no ser dominado, que había despertado los más bajos instintos de ambos.

Menos mal que Ashford había conseguido apartarse a duras penas y no ir más allá, sea lo que sea eso realmente.

No lo había disfrutado, como siempre imaginó que haría en su primer beso verdadero, no deseaba repetir la experiencia.

Quería un beso de verdad, lleno de ternura y cariño, no hacía falta el amor, ese no solía estar presente entre los de su clase, que se casaban por contratos comerciales en lugar de por propia voluntad.

El hombre que la besara así sería su esposo, no se conformaría con menos, se prometió a sí misma, regresando su mente al problema que tenía antes de que Ashford la asaltara.

Había olvidado todos los nombres que había recopilado como posibles candidatos, gracias a él, ahora tendría que empezar de nuevo.

Se incorporó llena de furia, tomó una larga respiración tratando de aplacarla.

Era hora de volver al salón de baile, no podía desperdiciar esa oportunidad.

Necesitaba esa lista para mañana empezar a sondearlos más fondo y elegir un marido entre ellos o tendría que casarse con el señor Harper, si su padre lo decidía, un escalofrío la recorrió de arriba abajo, horrorizada solo de pensar en ello.

Casarse con Harper sería tan terrible como hacerlo con Ashford, pensó, no entregaría su futuro a ninguno de ellos, decidió entrando de nuevo en el salón de baile.

Capítulo 11

Eran más del mediodía cuando Penny se decidió a abandonar su habitación y reunirse con los demás para el almuerzo.

Se había pasado gran parte de la noche en vela tratando de recordar los nombres de los caballeros que había decidido conocer un poco más y ver si podían ser candidatos a un buen marido para ella.

Pero ni uno solo había regresado a su mente, era como si los hubiera borrado de su cerebro al escribirlos en aquella maldita lista que gracias a Ashford ni siquiera conservaba.

Tal vez podría leer algo a través de la mancha de tinta o quizás recordar que había escrito debajo.

Cerró los puños con impotencia, no había nada que pudiera hacer al respecto. Solo esperar que esa noche en el recital de poesía al que asistiría pudiera recabarlos de nuevo.

Rogó en silencio que así fuera, se la estaba acabando el tiempo.

Pero en realidad lo que no la había dejado descansar era el revivir una y otra vez ese fatídico beso cada vez que se quedaba dormida y despertar de su pesadilla con la misma sensación arrolladora que no entendía.

Ojalá, pudiera consultar con alguna otra dama casada que eran todas esas sensaciones que había sentido en sus brazos.

Pero a quién iba a recurrir ella que pudiera explicárselo y darle un poco de sentido a ese torbellino de pasiones que se habían despertado en su interior.

Ni siquiera pensaba que algunas de esas damas, lo hubiera experimentado alguna vez, por la manera tan inocua con la que hablaban del tema entre ellas, según había podido oírlas sin que se dieran cuenta de su presencia.

Quizás alguna cortesana a la que solían acudir los caballeros para descargar sus bajos instintos podría despejar sus dudas, pero las jóvenes damas como ella no se relacionaban con sus amantes.

Maldita sea, todo sería más fácil si no tuvieran que acudir a su noche de bodas totalmente inocentes y sin la más mínima indicación de que esperar, lo único que las madres o familiares cercanas las llegaban a decir es que se relajaran y dejaran hacer a su esposo.

Si se mantenían lo suficientemente quietas, el dolor pasaría pronto y antes de que se dieran cuenta sus maridos habrían regresado a sus aposentos, dejándolas descansar el resto de la noche.

Si tenían la suerte de quedarse rápido embarazadas y le suministraban el heredero que necesitaban y el de repuesto, ya no tendrían que soportar más el sufrimiento que la cama conyugal representaba.

Penny nunca habría creído del todo esos chismes, hasta que llegó a Londres y pudo comprobar en sus padres lo que un hijo significaba para ellos.

Después de criar y cuidar a sus hermanos, desde que era una niña, ella no se veía capaz de no sentir cariño por sus propios hijos.

Deseaba formar una familia solo para poderlos abrazar y quererlos.

Si lo que ocurrió la noche anterior con Ashford formaba parte del proceso para tener una familia, ya no estaba segura de querer hacerlo.

Mejor se convertía en una solterona rodeada de gatos, como única compañía, que volver a pasar por eso.

Justo cuando alcanzaba los últimos escalones tocaron a la puerta y Gasly fue a abrir.

Una serie de lacayos y niños de los recados entraron en fila, portando flores y otros presentes que depositaron sobre la mesa redonda de mármol del vestíbulo, tal y como Gasly les indicó, volviendo a salir de la casa tal y como habían llegado.

Mientras Penny les observaba desde las escaleras en silencio.

Gasly se acercó a examinarlos uno por uno antes de desaparecer por el pasillo hacia el interior de la casa.

Habrá ido a informar a su padre quién acostumbraba a estar en su estudio reunido con Calvin a esas horas, pensó Penny terminando de descender.

—Bien, ahora sabremos cuál fue tu éxito real entre los caballeros —oyó la voz de su madre acercándose—. Los regalos a la mañana siguiente de un baile son lo más importante para conocer los pretendientes de una joven dama.

—Escucha a tu madre, Evelyn, ella te dirá a quien debes alentar y a quien no —dijo su padre uniéndose a ellas con Calvin a la zaga.

Evelyn se acercó a la mesa y tomó un delicado ramillete de margaritas amarillas, sus flores preferidas desde pequeña.

—Esas no, demasiado pobres y simples, cualquiera puede comprar unas margaritas —exclamó su madre quitándoselas de las manos y entregándoselas a una de las múltiples sirvientas que habían llegado.

—Pero a mí me gustan, madre.

—Pues no deberían, orquídeas y rosas es lo único que te conviene —la regañó—. Eso demuestra que es un caballero pudiente que sabe valorar a una dama y será generoso con su asignación, una vez estén casados.

Penny abrió los ojos, sorprendida al oírla, el mundo era demasiado complejo para una simple chica como ella, pensó descorazonada.

Observó como los sirvientes se acercaban a la mesa y retiraban todas las flores que no eran rosas u orquídeas, dejando la tarjeta en otra mesa auxiliar junto a la pared.

Aun así, había más de una docena de ramos sobre la mesa.

—Un éxito absoluto, querida, estoy muy orgullosa de ti —canturreó su madre contenta.

—Sigue así y harás un matrimonio mejor del que esperábamos, hermanita.

Evelyn miró confundida a su hermana, quien se mantenía discretamente apartada de la mesa, observándoles en silencio.

Por qué no se acercaba, ella también estuvo en el baile anoche. Seguro que algunos de esos ramos eran para ella, pensó mientras oía distraída canturrear a su madre el contenido de las tarjetas, para después pasárselas a su padre, quien supuso se encargaría de tratar con los caballeros que los enviaban.

—Lady Pennélope, también han traído esto para usted —dijo Gasly tendiéndole un simple envoltorio en papel marrón, atado con un cordel cualquiera.

Todos en el vestíbulo se volvieron hacia ella entre expectantes y sorprendidos, ninguno de ellos se había dado cuenta de su presencia, excepto Evelyn.

—Vaya, hermanita, esto sí que no me lo esperaba —exclamó Calvin volviéndose hacia ella.

—No vi que ningún caballero respetable se te acercara —comentó su madre rememorando las pocas veces que había mirado hacia el rincón de las florero, donde su hija mayor se había refugiado.

—Será del señor Harper —aseguró su padre convencido—. De ser así, debes devolvérselo esta misma tarde cuando venga a visitarte, quedártelo supondría una aceptación por tu parte que no deseamos —la advirtió—. Dame la tarjeta.

—No trae ninguna, padre.

Este frunció el ceño al escucharla, tendrían que vigilar más de cerca a su hija, parecía que estaba haciendo amistades que ellos desconocían.

Primero la invitación personal del propio Duque de Ashford y ahora aquello.

—Cualquier caballero que se acerque a ti, debes remitirlo a tu padre —la advirtió su madre desconcertada—. Es él quien debe tratar con los caballeros que deseen cortejarte.

—Calvin, a partir de ahora serás el acompañante oficial de tu hermana y vigilarás estrechamente todos sus movimientos.

—Pero padre, esa es tarea de madre.

—Yo ya estoy muy ocupada con Evelyn, no puedo ocuparme de las dos, sería demasiado agotador —se quejó buscando el apoyo de su esposo.

—Por supuesto, querida, Calvin se ocupará.

Calvin maldijo en voz baja su suerte, hacer de chaperona de su vieja hermana le impediría pasárselo bien con sus amigos y alejarse de sus diversiones favoritas.

Ojalá su padre decidiera casarla pronto y así no se perdería toda la Temporada, tendría que insistir en ello y presentar al señor Harper como la mejor opción.

Y comenzaría esa misma tarde durante su visita.

—¿No vas a abrirlo? —preguntó Evelyn al ver a su hermana cada vez más incómoda por la situación.

—Sí, ábrelo de una vez y veamos quién te lo envía —la ordenó su madre comenzando a perder la paciencia.

Si continuaban allí plantados, llegarían tarde al almuerzo y odiaba que la comida se quedara fría antes de servirse.

Penny les miraba cada vez más horrorizada, de verdad esa era su familia, pensó no dando crédito a su frialdad, esas eran las personas que debían cuidar de ella y asegurar su porvenir, se preguntó tratando de controlar las náuseas que todo aquello la producía.

Tenía que encontrar un buen hombre para ella y pronto, pero ahora con Calvin pegado a sus faldas, le habían robado lo único que aún poseía, su libertad para buscarlo, para conocerlo, para tratarlo.

Todo se estaba complicando demasiado para una pobre chica como ella, ingenua, quien hasta ahora había sido incapaz de ver la maldad, incluso dentro de su propia familia.

Tenía que encontrar el modo o que Dios se apiadara de ella, porque esos seres que tenía delante no lo harían.

Oyó a su madre ordenarle que abriera el paquete, el cual había olvidado que sostenía.

Se acercó a la mesa y desató el cordel, desenvolviéndolo con cuidado, que el papel no fuera de calidad, no significaba que tuviera que romperlo.

Lo abrió y un simple libro de cuero marrón, sin ningún adorno llamativo, apareció antes sus ojos.

Se fijó un poco más y vio el cierre con el carboncillo de madera y metal colocado en el canto.

Nunca había visto uno de esos, lo tomó con cuidado para examinarlo.

—Un simple cuaderno —exclamó Calvin decepcionado—. Muy apropiado para alguien que se ocupa de las cuentas.

Su padre lo tomó y lo hojeó buscando una señal que le indicara su procedencia.

—Por supuesto, no tienes la menor idea de quien te lo envía —la pregunto escéptico ante su silencio.

—No, padre —mintió sintiendo como se acaloraba, rezo para su padre no notara su alborozo.

—Me gustaría quedármelo —le pidió suplicante.

—No veo mal en ello.

Justo en ese momento apareció Gasly anunciando que el almuerzo estaba servido y todos se dirigieron al comedor, dando por acabada la reunión.

—Seguro que no sabes quién te lo envía —la preguntó Evelyn colgada de su brazo.

Penny optó por mantenerse en silencio, no quería mentir a su hermana, aunque, ya no estaban tan unidas como antes, era su única aliada en esa casa de locos.

Penny se mantuvo callada durante todo el almuerzo, aunque nadie más pareció darse cuenta de ello, custodiando su preciado obsequio sobre sus piernas.

Tenía miedo de soltarlo y que alguien pudiera descubrir su procedencia si lo examinaba más a fondo.

Tras lo que la parecieron un sin fin de horas interminables, su madre decretó que tenían tiempo de retirarse a descansar y prepararse para las visitas de la tarde.

Penny se levantó y se dirigió a la puerta, halló a su padre recordándola que debía atender la visita del señor Harper y como debía comportarse.

—Procura mantenerlo en el jardín el mayor tiempo posible, querida —la aconsejó su madre—. No queremos que ninguno de los dos empañéis el primer encuentro de Evelyn con sus pretendientes tras su debut.

—Por supuesto, madre.

—Oh, preferiría que Penny se nos uniera —protestó Evelyn—. Me gustaría saber su opinión sobre ellos.

—La cual carece de importancia, ya que solo la de padre será decisión —la recordó Calvin pasando a su lado camino de la biblioteca—. Él será quien elija a tu futuro esposo, procura no olvidarlo, hermanita —la aconsejó desapareciendo por el pasillo.

—Aun así, me gustaría tener a mi hermana conmigo esta tarde —insistió Evelyn.

—Estará ocupada —la recordó su padre con voz autoritaria, dando por terminada la discusión.

—Todo saldrá bien, querida —intervino su madre al verla fruncir el ceño enfadada—. Yo estaré a tu lado.

Evelyn se volvió hacia ella con cara de pocos amigos, dispuesta a hacerla saber lo que pensaba al respecto.

—Lo harás muy bien —intervino Penny antes de que dijera algo que las trajera más problemas a las dos—. Tú solo sonríe y responde cuando te pregunten, siempre puedes invitarlos a dar un paseo por el jardín si te sientes muy agobiada —se atrevió a insinuar al verla tan desanimada.

—Ni hablar, eso se interpretaría como una preferencia y distinción sobre el caballero que te acompañe, aún no estamos en esa fase del cortejo —vociferó su madre escandalizada—. Haz exactamente lo que te he enseñado, sin excusas —la ordenó tajante.

—Si es así, los invitaré a todos al jardín para poder presentárselos a Penny —anunció con rebeldía, ya se estaba cansando de agachar la cabeza y acatar sus órdenes sin rechistar.

Penny vio como se levantaba y abandonaba el comedor con la cabeza bien alta.

—Esa es la educación que la has dado —la regañó su madre al pasar descargando su ira en ella—. No sirves para nada. Eres una vergüenza para esta familia —aseguró saliendo del

comedor.

Penny se quedó allí plantada, observando su rígida espalda mientras desaparecía por el pasillo con los ojos abnegados de lágrimas.

Sus palabras aún tenían el poder de herirla y presintió que siempre lo tendrían.

Abrazó el cuaderno contra su pecho, tratando de recomponerse, el sonido de los lacayos recogiendo la mesa, la devolvió al presente.

Sintió que se ruborizaba, ellos habían sido testigos silenciosos de lo ocurrido, ¿qué pensarían de ella? Se preguntó angustiada por el bochornoso espectáculo que habían dado ante el servicio.

Tomo una respiración profunda obligándose a moverse y subir a su habitación, arrastrando los pies, de repente se sintió tan cansada, se dejó caer sobre la cama y se quedó dormida aun abrazando su regalo junto a su corazón.

Ese pequeño detalle se había convertido en su ancla en medio de la desesperanza tan profunda que se había adueñado de ella.

Capítulo 12

La llamada discreta a la puerta de su doncella, recordándola que la esperaban en la sala de visitas, la despertó sobresaltada.

Saltó de la cama y se dispuso a prepararse, pero no antes de esconder su preciado tesoro de los ojos de quien quisiera buscarlo.

Tenía el presentimiento de que si alguien lo cogía adivinaría su procedencia y eso sería fatal para ambos.

Era una sensación que no podía quitarse de la cabeza, lo examinaría minuciosamente cuando regresara para comprobar que no hubiera nada que la delatara.

Apenas si tuvo tiempo de entrar en la salita cuando los primeros visitantes comenzaron a llegar.

Algunos caballeros venían acompañados por sus madres y hermanas, de otros caballeros o en solitario.

Penny se colocó discretamente junto a la ventana semioculta por los cortinajes, aun así, Evelyn la fue presentando a cada uno de ellos y sus acompañantes, una pena que no pudiera recordar los nombres que había escrito.

Lo que ponía nerviosa a la Vizcondesa, que la miraba desde su lugar en la mesa junto a otras matronas, cada vez más enojada con su desobediencia, la había dado claras instrucciones de ignorar por completo a su hermana y centrarse en las visitas.

Penny temía que su hermana no hubiera calculado bien la repercusión de sus actos y sufriera las consecuencias. Pero ella parecía ajena a todo, divirtiéndose entre los que ya consideraba sus amigos.

Que bien se había adaptado a toda aquella hipocresía, donde el que parecía ser tu mejor amigo era en realidad tu peor enemigo, pensó Penny observándolos.

Todas aquellas jóvenes damas rivalizaban por la atención de los caballeros y no tendrían piedad por arrebatarla las unas a las otras.

De repente, la sala se sumió en el más absoluto silencio, cuando un joven caballero cruzó el umbral.

Todas las miradas se volvieron hacia él, incluso su madre se levantó de su asiento y salió a su encuentro, arrastrando a Evelyn con ella.

Evelyn se extrañó de verlo allí, esa era una visita que no se esperaba, ya que supuso que estaría junto a Nataly toda la tarde, mostrándole su apoyo.

Vio como sus ojos se desviaban hacia Penny y aprovechó la oportunidad para presentarlos.

Penny también había estado observando al joven caballero, sabía que le había visto antes y por alguna razón que debía recordarle, pero era incapaz de hacerlo.

No fue hasta que Evelyn le presentó formalmente como Lord Henderson no se dio cuenta de que era el hermano menor del Duque y su heredero.

Eso justificaba el alboroto que se había despertado en la estancia con su presencia y el círculo de damas que le rodeaban, compitiendo por llamar su atención y olvidándose del resto de los caballeros presentes a quienes solo unos instantes antes adulaban.

En el mercado matrimonial, Lord Henderson sería considerado el soltero de oro de la

Temporada, si no fuera por el hecho de que no buscaba esposa.

Lo cual hacía que se preguntara que hacía allí exactamente.

Penny se fijó más en él, sus ojos tan parecidos a los del Duque estaban llenos de alegría y viveza. Disfrutaba con las atenciones de las jóvenes damas, se sabía un hombre atractivo y sabía como jugar su juego, sin ser cazado por ello.

La llegada del señor Harper, con veinticinco minutos de retraso, según pudo comprobar en el reloj situado en la repisa de la chimenea, la impidió seguir observando a Lord Henderson y sus movimientos.

La hubiera gustado descubrir a qué había venido exactamente, pensó resignada saliendo al jardín en compañía del señor Harper, según la habían ordenado.

—Está segura que no desea volver dentro y presentarme a sus amistades —la preguntó contrariado por su repentino deseo de abandonar la estancia.

—Estaremos mejor en el exterior, hace una tarde preciosa para disfrutar del jardín —se justificó, ignorando la niebla rojiza que los envolvía—. ¿No cree?

—Sí, usted lo dice —respondió, no muy convencido de ello.

Caminaron entre los arbustos hasta un pequeño banco junto a la fuente situada en el centro del jardín, donde podrían conversar sin las miradas indiscretas que los observaban desde la sala.

—Me alegra que su padre haya hablado con usted sobre mi visita —comentó el señor Harper con su tono engreído—. Aunque él insiste en que nada está acordado y no anunciara nuestro compromiso hasta principios de verano, estoy convencido de que podréis hacerle cambiar de idea.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Porque ambos sabemos que no recibirá ninguna otra proposición matrimonial de ningún caballero —dijo recorriéndola con la mirada, evaluándola—. Quién querría cargar con una esposa gorda, entrada en años y sin saber comportarse en sociedad. Algo que solucionaremos en cuanto sea su marido, yo la enseñaré como hacerlo.

Penny sintió que se le revolvían las tripas al escucharle, ella era muy consciente de sus defectos y lo poco atractiva que era para los hombres.

No tenía sentido negarlo, pero escuchárselo decir a aquel hombre, horrible y pomposo, hacía que la entraran ganas de vomitar.

—Además, con el dinero que el Vizconde me pagara por deshacerse de usted, sufragaré los gastos de mi estancia en Londres. Usted, por supuesto, regresará a Melbtown con mis padres, donde esperará mi regreso —la informó de sus planes para ella una vez fuera su esposa.

Penny abrió la boca para replicarle, pero fue incapaz de pronunciar ni una sola palabra, por lo que volvió a cerrarla, sentía una mezcla de furia y desazón por lo que la esperaba, si llegaba a casarse con ese hombre.

Oyó que seguía parlotando y volvió a prestar atención a sus palabras.

—Una vez que mi semilla quede plantada en su vientre y me haya presentado como su esposo a la nobleza, dejara de serme útil, por lo que mandarla con mis padres es lo mejor, mientras yo sigo atendiendo mis asuntos en Londres y disfruto de sus múltiples actividades con el dinero de su padre.

—Nunca me casaré con usted —gritó, presa de la furia que la embargaba—. Es usted un miserable.

Giró sobre sus talones, dispuesta a regresar a la sala cuanto antes.

Sintió como Harper la agarraba del brazo con fuerza y la giraba hacia él.

—Eso ya lo veremos, furcia —replicó, indignado, dispuesto a darla una lección que no

olvidaría.

La atrajo hacia él y la besó con dureza.

Penny sintió sus labios, fríos como el acero, sobre los suyos y trató de apartarse, pero él no se lo permitió sujetándola con demasiada fuerza.

Sintió como sus dientes se clavaban en su labio inferior y el sabor metálico de la sangre la inundó.

Subió la rodilla y le golpeó instintivamente en la entrepierna, eso hizo que la soltara y pudiera escapar de su agarre.

Una bocanada de asco inundó su garganta, lo que provocó que vomitara sobre sus brillantes zapatos.

Levantó la vista horrorizada por lo que había hecho, dispuesta a disculparse.

—Considera esta tu primera lección —la dijo levantando la mano abierta, cruzándole la cara—. Te enseñaré a ser una esposa modelo, aunque tenga que molerte a palos.

—Nunca —gritó de nuevo, echando a correr hacia el interior de la casa sin importarle las consecuencias.

Y no paró hasta encontrarse a salvo en su habitación y cerrar la puerta con llave.

Nunca se casaría con ese hombre, se prometió a sí misma, llorando desconsolada sobre la cama.

Anthony la vio entrar y se hizo una idea de lo ocurrido al verla tan alterada y desamparada, una ira incontenible le inundó, cerró los puños con fuerza tratando de controlarse.

No debía intervenir, no debía intervenir, se repetía una y otra vez, tratando de controlar su temperamento.

Allí no, allí no, su intervención solo perjudicaría a la dama y esta ya había sufrido bastante por una tarde.

Aparte de que el escándalo podría entregarla a aquel miserable en matrimonio.

Sintió la mirada de Lady Evelyn, confundida al ver su pasividad.

—No es el momento —susurró solo para ella—. Pero lo pagaré, os lo prometo.

Eso pareció tranquilizarla, pero su sonrisa no volvió a llegar a sus ojos, se notaba preocupada.

La Vizcondesa reavivó la reunión como si nada hubiera ocurrido.

Anthony apenas podía ocultar su furia ¿Qué clase de madre ignoraría algo así? Pensó asqueado por su comportamiento.

Se quedó hasta el final de la reunión esperando, por si aquel villano se atrevía a regresar a la sala, lo cual no sucedió.

Pero no podía marcharse de allí sin asegurarse de que hubiera abandonado la casa, lo cual le confirmó uno de los lacayos, a quien abordó discretamente.

Al parecer había salido por la puerta trasera que daba al jardín y no en muy buenas condiciones.

Bravo, Lady Pennélope, ese canalla no se merecía menos, la felicitó por defenderse.

Se despidió de sus anfitrionas, pocos minutos después, y se marchó en dirección a su club.

Capítulo 13

Ashford le vio llegar desde el sillón donde estaba sentado junto a Lord Webs y otros caballeros hablando sobre política local que debería establecerse en Londres.

Vio como se paraba bajo el umbral y recorría la sala con la mirada, se volvió hacia Chapman en silencio, él también había sido consciente de su llegada.

Un mal presentimiento se alojó en su estómago, al ver que se dirigía directamente hacia ellos.

—Buenas tardes, caballeros —saludó a los allí presentes—. Si nos disculpan, he de hablar con Chapman y mi hermano en privado.

Ashford se tensó aún más al escuchar el apremio en su voz.

No le iba a gustar nada esa conversación, se dijo al tiempo que dejaba su copa casi intacta sobre la mesita y se levantaba.

—Caballeros —dijo despidiéndose de sus acompañantes.

—Busquemos una sala privada donde podamos hablar —propuso Chapman uniéndose a ellos.

—Buena idea —acordó Anthony encabezando la marcha.

No tuvieron que buscar mucho, la cuarta sala en la que miraron estaba vacía y lista para su uso.

Uno de los lacayos se acercó al verlos.

—¿Necesitan algo?

—No, estaremos bien así —le respondió sin apenas detenerse adentrándose en la sala.

—Ya le avisaremos si hace falta —le aseguró Chapman entrando tras él.

Ashford cerró la puerta con llave para que nadie los molestara y fue a acomodarse junto a la chimenea, donde ardía un agradable fuego.

—Vengo de casa de los Melbourn —anunció Anthony nervioso.

—Qué tal si dejas de dar vueltas como un león enjaulado y nos cuentas que ha ocurrido —le aconsejó Ashford desde su posición, calibrando lo que tardaría en desgastar la alfombra ya de por sí deslucida.

—Anda, siéntate o acabarás por marearme —dijo Chapman que se había situado junto a la ventana—. Tampoco es que fuera a ser tan grave lo que has presenciado, ¿no?

Anthony frenó en seco y se alzó hacia él, desafiante.

Era imposible que ellos no vieran la gravedad de lo ocurrido.

—Anthony, por favor, cuéntanos qué ha pasado.

—Todo estaba transcurriendo con normalidad —dijo dejándose caer en el sillón derrotado—. Los pretendientes de Lady Evelyn adulándola y compitiendo por llamar su atención —les explicó poniéndolos en situación—. Mientras que el resto de las damas que allí habían acudido, aprovechaban la popularidad de Lady Evelyn para darse a conocer.

—Nada excepcional hasta ahora.

—¿Qué hacías tú visitando a Lady Evelyn? —le preguntó Ashford sorprendido.

—¿No estarás interesado en la muchacha?

—Por supuesto que no —se volvió hacia Chapman furioso por suponer tal cosa—. Fui a conocer un poco más a Lady Pennélope.

—Tuviste toda la noche de ayer para conocerla en el baile —insistió Ashford no gustándole

para nada la perspectiva de que su hermano estuviera interesado en su dama.

Sacudió la cabeza, confundido al darse cuenta de que la había considerado su dama, de donde narices habían salido esos pensamientos, se preguntó.

Lady Pennélope solo era una molestia muy desagradable para él, desde que había tenido la desgracia de conocerla.

La imagen del beso que compartieron la noche anterior cruzó su mente, haciéndole saber que era más que eso, mientras que su cuerpo traicionero se lo confirmaba.

Apartó todos esos pensamientos de su mente y se centró en Anthony.

—Apenas si la pude ver de refilón anoche —se quejó relajándose un poco—. Se escondió entre las flores y allí ningún caballero en su sano juicio se acerca si no es por fuerza mayor.

Los tres estuvieron de acuerdo con él, todos huían despavoridos, solo de pensar en acercarse y verse asediados por tan nobles damas.

—Así que decidiste visitarla en su casa, aprovechando que estarían las puertas abiertas de su residencia tras el debut de Lady Evelyn.

—Exacto, fui a visitar a Lady Evelyn con la intención de conocer a su hermana y con un poco de suerte intercambiar algunas palabras con ella.

—Y no se te ocurrió pensar en como se interpretaría tu visita —le regañó Ashford haciéndose una idea de la situación.

Anthony se volvió hacia el desconcertado, sin saber muy bien a que se refería.

—Se podría considerar que eres uno más de los pretendientes a su mano —intervino Chapman al darse cuenta de por donde iba el Duque.

—Ah, no, Lady Evelyn, sabe que no estoy interesado —dijo aliviado al comprender a qué se referían.

—¿Y lord Melbourn, también? —le preguntó Ashford—. Eres el heredero al Ducado, un gran partido para la joven, ¿no crees?

—Y más si tenemos en cuenta que Lord Melbourn la venderá al mejor postor.

—Pues se llevará una gran desilusión, no pienso hacer ninguna oferta por la dama.

Ashford levantó una ceja, escéptico al escucharle.

—Por ninguna de las dos —afirmó categórico.

—Está bien.

—Bueno, creo que nos hemos desviado un poco del asunto que nos compete, ¿No? —les recordó Chapman una vez aclaradas las intenciones de Anthony al realizar semejante visita.

—Sí, eso no es lo que nos querías contar.

—No, claro que no —les confirmó Anthony sintiendo renacer la ira de nuevo en su interior—. Como os iba diciendo, todo transcurría con normalidad hasta que Lady Pennélope cruzó la estancia como alma que lleva el diablo cuando regresó del jardín.

—¿Qué hacía Lady Pennélope en el jardín en lugar de estar atendiendo a las visitas? Como sería su deber —quiso saber Chapman contrariado.

—¿Con quién estaba? —preguntó Ashford casi al unísono.

—Ni idea —contestó a Chapman antes de volverse hacia su hermano—. Con el señor Harper, el cual, según se rumoreaba, se convertiría en su esposo al final de la Temporada.

—No lo aceptará —afirmó Chapman categórico—. Ese pomposo no tiene ninguna posibilidad de obtener su mano.

—A no ser, que su padre tenga intención de venderla como a su hermana —murmuró Ashford.

—No he oído nada de que Lord Melbourn esté escuchando ofertas por Lady Pennélope —les

informó Anthony al respecto.

—Además, Lady Pennélope deberá dar su conformidad a tal casamiento, debido a su edad. Lord Melbourn se verá obligado a contar con ella antes de cerrar un acuerdo.

—Pues no lo dará —afirmó Anthony, convencido—. Nunca se casará con él después de lo ocurrido esta tarde.

—Expícate —quiso saber Ashford comenzando a perder la calma.

—Solo pude verla un instante, pero era más que evidente que ese desgraciado la había abofeteado, todos los allí reunidos pudieron darse cuenta de ello.

Ashford apretó los puños con fuerza tratando de controlarse, si eso era cierto, ese hombre pagaría por ello, él se encargaría de hacérselo pagar.

Chapman se fijó en Ashford quien apenas podía mantener la compostura sin salir en busca del señor Harper para matarle y no sería él quien le detuviera, más bien se uniría para hacerlo.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Chapman.

—Por completo —les aseguró Anthony sin ninguna duda al respecto—. He venido tan rápido como he podido para contároslo.

—Has hecho bien —consiguió decir Ashford sin recuperar, del todo, el control de sus emociones.

—¿Qué vamos a hacer al respecto? —les preguntó—. Porque esto no puede quedarse así, ¿verdad?

—Son su padre y su hermano quienes deben defender el honor de la dama —le recordó Chapman al verle tan agitado.

—Pero no lo harán.

—Entonces intervendremos —dijo Ashford recuperando un poco de su mente fría y calculadora—. Esperemos a mañana para saber qué medidas han tomado antes de hacer nada.

—Esta noche visitaremos nuestros clubs y asistiremos a algún evento recabando noticias al respecto.

—Si no hacen nada, mañana, pensaremos en que hacer con el señor Harper —les propuso Ashford.

Anthony le miró fijamente dudando de su sinceridad, era como si le quisieran dejar al margen de nuevo, como si volvieran a tratarlo como a un niño, al que hay que proteger de las desdichas de la vida.

Él creía que todo eso había quedado atrás al contar con él para recabar información sobre los Melbourn, qué iluso había sido, nada había cambiado, su hermano seguía creyendo que era un irresponsable, malcriado, necesitado de su protección, sintió un nudo de pena en la garganta al comprenderlo.

—Nos reuniremos de nuevo mañana tras el desayuno en la biblioteca —dijo Ashford—. Cuento contigo para que nos ayudes a hacérselo pagar a ese mal nacido —añadió Ashford fijando su mirada en él.

—Allí estaré —le aseguró sintiendo renacer la esperanza de nuevo en su interior.

—Bueno, aún queda un rato para la cena, que os parece si damos un paseo hasta Ashford Hall —propuso Chapman adivinando que todos necesitaban quemar un poco de ira, antes de reunirse con las damas de la familia para cenar.

Los tres estuvieron de acuerdo y abandonaron el Club un poco antes de lo que lo hacían habitualmente.

Capítulo 14

Penny entró a su habitación y cerró la puerta con llave, no deseaba ver a nadie y mucho menos tener que explicar lo sucedido.

Como si a alguien le importase, una risa irónica se escapó de entre sus labios.

Se acercó a la chimenea y se sentó sobre la alfombra frente a ella, abrazándose las rodillas, con la mirada perdida en el danzar de las llamas, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor.

Un solo pensamiento invadía su mente, nunca se casaría con el señor Harper, por mucho que si padre arreglara tal casamiento, nunca daría su consentimiento para que ese monstruo fuera su dueño.

Ya tenía veintidós años, nadie podía obligarla a contraer nupcias con quien no quisiera.

Se repetía una y otra vez, no podían obligarla, cantaba su cerebro tratando de convencerse de ello.

Pero el miedo a que pudiera estar equivocada no la abandonaba, tenía que buscar otra solución.

Su padre era su dueño y señor, como cabeza de familia, era quien se encargaba de su manutención y a quien le debía obediencia ciega, aunque no estuviera de acuerdo con sus designios.

También era quien debía protegerla y defenderla de hombres como el señor Harper, pensó escéptica.

Él no movería ni un dedo por ella, es más, si se enteraba de lo ocurrido, sería capaz de casarla mañana mismo con tal de evitar el escándalo que echaría por tierra sus planes para Evelyn.

Estaba segura de ello.

Y cuando este falleciera, pasaría a ser propiedad de Calvin, él cuál actuaría igual que su padre o peor.

No le importaba lo más mínimo a nadie de su familia, ninguno de ellos movería un dedo por ella.

Lágrimas silenciosas surcaban sus mejillas mientras se mecía abrazada a sí misma al comprenderlo.

Hacía tiempo que sabía la falta de afecto que su familia la tenía, pero no había sido capaz de aceptarlo hasta ahora y el dolor que sentía en el alma la impedía hasta respirar.

¿Qué había hecho ella para merecer tanto desapego? Se preguntó en silencio sin conseguir encontrar una respuesta.

¿Por qué la hacían eso?

Lo peor de todo es que ella, si los quería, admitir aquella verdad era una de las cosas más duras a las que se había enfrentado hasta el momento.

Eran sus padres, a quienes idolatraba, era su hermano, a quien había criado desde pequeño.

Ella los quería y ansiaba su cariño y su respeto, pero nunca corresponderían a sus sentimientos.

Sería una ilusa si pensara que algún día cambiarían y ella no era nada de eso.

—Penny, soy Evelyn, por favor ábreme.

Silencio.

—Penny —la suplicó desde el otro lado de la puerta.

—Evelyn, ve a arreglarte —la ordenó su madre apareciendo en el corredor tras ella—. Será mejor que te mantengas alejada de tu hermana hasta que tu padre decida como arreglarlo.

—Pero, madre ...

—Sin peros —la respondió tajante—. Es una pérdida con la reputación arruinada por su conducta, nunca debió permitir que nadie viera su desacuerdo con el señor Harper —dijo muy ofendida por lo ocurrido—. No te acerques a ella, para ti has dejado de tener una hermana.

—Madre —intentó protestar sabiendo de antemano que de nada serviría.

—Ve a tu habitación y prepárate para la cena.

—Sí, madre —suspiró resignada, no queriendo hacerla enfadar de nuevo.

Se alejó de la puerta y entró en sus propios aposentos, bajo la atenta vigilancia de su madre, quien no se retiró a sus propias habitaciones hasta haberse asegurado de ello.

Penny había escuchado su conversación como un murmullo lejano incapaz de procesar.

Siguió meciéndose ante las llamas con la mente en blanco, incapaz de sentir o pensar nada por el momento, no tenía sentido esforzarse en ello.

Ya hacía mucho tiempo que la noche había caído cuando volvió a ser consciente del sitio en el que estaba y todo lo que había acontecido en las últimas horas.

Se levantó despacio, sentía el cuerpo entumecido por el tiempo que llevaba allí.

Caminó hacia la ventana y observó la luna llena que con su pálida luz iluminaba los jardines de la glorieta, sintió la necesidad de caminar bajo sus árboles y respirar el aire fresco, sentía que se estaba ahogando, tenía que salir de allí.

Tomó su gruesa capa de lana y abrió la puerta con cuidado, la casa estaba en silencio. Sus padres habrían salido, como cada noche, llevándose a Calvin y Evelyn con ellos.

Llegó a la puerta principal y la abrió con cuidado, rezando para las bisagras, mal engrasadas, no chirriarán, rompiendo el silencio de la noche.

Los criados ya se habían retirado hacía rato y no deseaba despertarlos.

Por fin, pudo salir al exterior y tomar una gran bocanada de aire fresco, sintió como el peso que llevaba sobre los hombros se aligeraba un poco con tan simple gesto.

Se tapó bien con la capa, no deseaba enfermar por el frío de la noche y bajó la escalinata, cruzó la calle desierta y se adentró en la glorieta.

Paseó sin rumbo disfrutando de esa sensación de falsa libertad que sienten los condenados al salir al patio de su prisión.

Se detuvo abruptamente ante la puerta al otro extremo de la glorieta.

Orange estaba a tan solo unos metros de allí, estaría durmiendo plácidamente frente al fuego, disfrutando de un merecido descanso.

Su corazón se estremeció anhelando el calor de su pequeño cuerpo entre sus brazos.

Orange había sido el único que le había brindado un poco de cariño desde que llegó a Londres y no era más que un gato callejero.

Un manto de desesperanza y tristeza descendió sobre ella, atrapándola entre sus garras.

Sintió que solo Orange podría ayudarla a liberarse de él y sin apenas darse cuenta echo a andar a su encuentro.

Ashford entró en su casa ya bien avanzada la madrugada, no podía creer que el Vizconde de Melbourn no fuera a hacer nada para restaurar la reputación de su hija ante tal ultraje.

Esperaba que Chapman o Anthony hubieran tenido más suerte con sus pesquisas y alguien de su familia estuviera dispuesto a hacer algo al respecto.

Ese mal nacido del señor Harper no se merecía salir impune después de lo que hizo.

Si ellos no hacían algo pronto, sería él mismo quien se ocupará del asunto, se prometió mientras arrastraba los pies por el pasillo rumbo a sus aposentos.

Abrió la puerta y se adentró en su interior, parándose en seco al distinguir, bajo la luz mortecina del fuego, la figura acurrucada sobre la alfombra que dormía plácidamente, abrazada a su gato.

Su instinto le dijo de quién se trataba, aunque no podía distinguirla bien desde donde se encontraba.

Su primer impulso fue despertarla y echarla de allí a patadas, ¿qué creía que estaba haciendo? Invadiendo así sus habitaciones.

Si alguien la descubría estaría arruinada por completo, en qué estaba pensando aquella dichosa mujer, se preguntó sin tener muy clara su respuesta.

Tratándose de Lady Pennélope nada era lo que parecía ser, eso ya lo había aprendido de ella tras sus encuentros.

Aunque solo podía haber una respuesta para sus actos, pretendía comprometerlo para que se comportara como un caballero y reparara su reputación, convirtiéndola en su Duquesa.

Era la única explicación posible para su presencia en sus aposentos a esas horas de la madrugada.

Pues se llevaría una gran sorpresa, a él le importaba bien poco su reputación y lo que la acabara ocurriendo si alguien los descubría.

Él no se prestaría a tan vil chantaje.

Se agachó para despertarla y pudo distinguir el ligero moratón sobre su pómulo.

Cerró los puños con fuerza por la ira contenida al verla los golpes de ese desgraciado marcados en su cuerpo.

Orange levantó la cabeza para mirarle desafiante, haciendo que diera un paso atrás ante su fiereza.

El mensaje estaba claro, si se atrevía a despertarla de su merecido sueño, presentaría batalla.

Ashford se retiró y se dejó caer en el sillón junto a ellos.

Orange tenía razón, debía estar muy desesperada para haber ido allí, a pesar de las consecuencias, a buscar consuelo en su maldito gato.

Sintió una pena muy grande por aquella mujer indefensa y se maldijo en silencio por lo que había estado a punto de hacer.

No era mejor que la familia que tanto la despreciaba.

Se acomodó un poco más, no pasaría nada por dejarla descansar unas horas más antes de despertarla y devolverla de nuevo a su seno, pensó sin dejar de observar su pacífico sueño, ya tendría tiempo de enfrentarse de nuevo a ellos.

La dejaría descansar hasta poco antes del amanecer, se prometió a sí mismo.

Vio como Orange volvió a acurrucarse entre sus brazos y se quedó dormido.

Sintió una chispa de envidia por el dichoso gato, debería ser él quien la abrazara y velara su descanso.

No podía estar celoso de un gato, se le revolvieron las entrañas solo de pensarlo, eso era imposible, él no sentía ninguna atracción por semejante arpía, que solo le había traído quebraderos de cabeza desde que la había conocido.

No era posible que se sintiera atraído por ella, se dijo aplastando esos sentimientos que amenazaban con desbordarle.

En un rato la devolvería a su familia y se liberaría de una vez por todas de su perturbadora

presencia.

Si no fuera porque era la primera Temporada de Nataly y tenía obligaciones que cumplir hacia su hermana, se iría al campo y se olvidaría de esa locura y de la dama que la provocaba.

Sintió que los parpados se le cerraban y se permitió relajarse unos instantes antes de llevarla a casa.

Capítulo 15

Penny sentía la cara húmeda, como si alguien se la estuviera lamiendo, abrió los ojos, desorientada para encontrar la cara de Orange justo sobre la suya.

Se apartó sobresaltada ¿Qué hacía Orange sobre su cama? Se preguntó desorientada, mirando a su alrededor.

Ese no era su cuarto, nada de lo que veía le era conocido, ni siquiera estaba tumbada sobre una mullida cama, sino en el suelo, sobre una tupida alfombra frente al fuego.

—Por fin ha despertado.

Penny saltó al oír la voz de Ashford tan cerca, ¿Ashford? Eso no tenía ningún sentido, pensó volviéndose hacia él aún adormilada.

Debía de estar soñando, se dijo convencida de ello.

Había querido abrazar a Orange, refugiarse en su cálido cuerpo y su mente había hecho el resto.

Nada de esto era real, se dijo sacudiendo la cabeza tratando de despertarse.

Ashford la observaba desde su posición en el sillón, pacientemente, esperando que su mente saliera de la neblina del sueño y se diera cuenta de la situación.

—Oh, solo necesitaba a Orange —comentó cuando los recuerdos se amontonaron en su mente dándole sentido a la realidad—. Ha sido un día difícil —se lamentó sin poder impedir que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas al recordarlo—. Solo necesitaba un abrazo sincero y no se me ocurrió nadie más a quien recurrir.

Ashford sintió como le faltaba el aire al escucharla y verla allí tan devastada.

Se deslizó del sillón y se sentó junto a ella sobre la alfombra, al tiempo que la abrazaba y la atraía hacia su pecho.

—Lo sé.

Penny no se sorprendió de que lo supiera, su hermano había sido testigo de su desgracia.

Él se encontraba en la salita visitando a Evelyn como sus otros pretendientes.

Juraría que solo él, de todos los presentes en la atestada instancia, se había dado cuenta de su dolor ante lo que acababa de vivir, unos segundos antes, en el jardín con el señor Harper.

No era de extrañar que se lo hubiera contado a Ashford, incluso a Lord Chapman o quizás tal vez a todo Londres.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo solo de pensar que ahora era la comidilla de toda la sociedad.

Sintió como Ashford la apretaba aún más su abrazo sobre ella.

—No me gustan los besos —susurró recordando a donde la habían llevado cada uno de ellos.

—Temo que yo tenga la culpa de eso —dijo volviendo a sentirse culpable por lo que había hecho—. No debí besarla de esa manera solo porque estaba furioso con usted.

—Ah —fue lo único que pudo decir ante su explicación tan absurda, un beso era siempre un beso, o quizás estaba equivocada también en eso.

Ya no podía estar segura de nada, todo era tan distinto en Londres, sintió un deseo ferviente de volver a casa, a su inocencia, a pensar que tenía una familia que la quería, a que algún día llegaría un elegante caballero que la besaría como en las novelas que tanto le gustaban.

A su vida antes de llegar allí, pero eso no ocurriría jamás, aunque regresara, ella ya nunca sería la misma, nunca volvería a creer en los sueños, nada sería igual.

Ashford sentía como se estremecía cada vez más por el llanto y se sentía el mayor inútil de todos los hombres, allí sentado, sin ser capaz de confortarla.

—Me siento responsable de su angustia y su desasosiego —murmuro incapaz de decir nada más.

—No del todo, tampoco me gusto cuando el señor Harper me besó, con sus labios rudos y babosos —le aclaró, sintiendo que debía aliviar su culpa y reconfortarle de alguna manera.

—Hijo de perra.

Penny levantó la cabeza para mirarle, ahora volvía a estar furioso con ella, esa no había sido su intención y si volvía a castigarla, se preguntó, no creía que pudiera resistirlo en esos momentos, ya estaba suficientemente malherida como para tener que volver a pasar por eso de nuevo.

—Los besos pueden llegar a ser muy agradables si son los correctos —vio el miedo y la duda en sus ojos al escucharle—. Cada beso tiene su momento —continuó— despertar la pasión de una joven dama por primera vez, de esa manera, puede llegar a ser violento y asustar a la dama en lugar de dar el placer que se deriva del propio beso.

Penny le miró confundida, ella no había sentido ningún tipo de placer en ello.

—Déjeme que se lo demuestre —la suplicó ahogándose en sus remordimientos—. Déjeme mostrarla el placer que se puede llegar a alcanzar en un beso.

Penny le miró aún más confundida sin saber qué hacer, si le permitía que se lo mostrara puede que al final no estuviera tan equivocada como pensaba. Pero una dama no debe experimentar esas cosas con ningún caballero que no fuera su esposo o hubiera mostrado su intención de serlo.

En que se convertiría ella si le permitía que se tomase esas libertades.

Penny no sabía qué hacer ni como actuar ante una situación así, sacudió la cabeza tratando de decidirse.

Ashford estaba allí sentado junto a ella en la alfombra, esperando que se decidiera pacientemente.

Esta vez no iba a forzarla a nada, tenía que estar lista por ella misma y desear descubrir lo que se esconde tras los besos.

No tenía nada que perder, pensó Penny posando sus labios sobre los suyos con torpeza.

Ashford no necesitó nada más para tomar el control de la situación y adueñarse de su tímido beso.

Su dulce roce despertó la pasión que la consumía por esa mujer, pero en esta ocasión se controlaría, no se dejaría llevar por mucho que lo tentara, y vaya si lo hacía.

En esta ocasión solo Penny importaba, se prometió a sí mismo, ya llegaría su momento.

Ashford se movió un poco para recostarla sobre la alfombra sin dejar de rozar sus labios con un suave aleteo, dejando que se acostumbrara a su toque y se amoldara a ellos.

Poco a poco sintió que se relajaban y se suavizaban bajo los suyos.

—¿Bien? —la preguntó levantando la cabeza para mirarla a los ojos.

—Umm

Fue todo lo que pudo decir, se sentía de nuevo soñolienta, relajada. Ese beso no se sentía como ninguno de los que había experimentado hasta ahora. Se parecía más a como siempre había imaginado que serían.

—¿Quieres que continúe?

Penny abrió los ojos, sorprendida, no había terminado, se preguntó.

—Por favor —le pidió con un hilo de voz deseosa de volver a sentir sus labios sobre los suyos.

Ashford inclinó la cabeza y comenzó a besarla las comisuras de los labios con delicadeza, a la vez que recorría el contorno de su boca con la punta de su lengua.

Penny cerró los ojos y le dejó hacer, envuelta en aquella sensación de calidez y ternura que la envolvía.

Ronroneó, complacida con lo que estaba sintiendo.

Ashford aprovechó la débil apertura de sus labios para introducir su lengua tentativa y dar un paso más hacia la culminación del beso.

Sintió como se tensaba sobresaltada por el asalto, pero no se retiró, quedó expectante a su siguiente movimiento.

Con mucha paciencia y tiento, comenzó a jugar con su lengua, tentándola, provocándola a que se uniera a él, en ese baile secreto que compartían.

Poco a poco, Penny, volvió a relajarse, su inclusión había sido suave, nada que ver con lo ocurrido en la biblioteca.

Sintió la necesidad de moverse, de unirse a él en ese duelo tan intenso.

—Deja de pensar y saborea el beso —oyó que la decía desde un lugar muy lejano cuando en realidad estaba junto a ella de costado.

Penny ronroneó de nuevo e hizo lo que la pedía y se unió a él, al principio tímidamente, pero cada vez con más osadía.

Ashford la guio con toda la paciencia que pudo reunir, lo cual era toda una tortura, esa mujer había conseguido prenderlo en llamas con el más inocente de los besos.

Continuó, manteniendo su férreo control sobre sus emociones hasta que la necesidad de aire rompió la magia que compartían.

Ashford retiró su boca rompiendo el beso y se incorporó unos centímetros, pero manteniéndose a su lado.

Penny abrió los ojos perezosamente, se sentía agitada, sus pechos se sentían más grandes, más sensibles, dentro de su corpiño.

Pero por algún motivo no se sintió asustada, ni temerosa de lo que la había hecho, sino todo lo contrario, había cierto placer en ello, y una necesidad de algo más que no entendía.

Se fijó en Ashford que la observaba en silencio, casi había conseguido dominar su respiración pastosa y parecía estar esperando que ella dijera algo al respecto, pero no sabía qué decir.

Tomó una gran bocanada de aire para llenar sus pulmones vacíos.

—Así que esto es lo que comparten el esposo y la esposa en su noche de bodas —murmuró convencida de ello.

Oyó la risa ronca y sensual de Ashford al oírla y sintió como se humedecía entre las piernas, pero no se asustó por ello, se sentía tan natural.

—Para nada —la respondió controlando la necesidad abrasadora que había despertado en él al escucharla.

—¿Hay más? —preguntó extrañada—. ¿Y es igual de bueno?

—Ni siquiera hemos empezado —volvió a reír ante su inocencia.

—¿Puedes mostrármelo? —le pidió antes de poder pensar en las consecuencias.

Ashford la miró a los ojos tratando de calibrar su disposición ante algo así, podría hacer lo que le pedía sin arrebatarla su inocencia, si era capaz de contenerse y mantener sus pasiones, bajo un férreo control.

Pero no se creía capaz de conseguirlo, no con esa mujer, la deseaba demasiado.

La miró allí tumbada sobre la alfombra, con los labios hinchados por sus besos y la súplica de que continuara en su mirada.

Estaba perdido, no había nada que pudiera hacer, salvo rendirse a esos ojos que le rogaban, definitivamente ya no le quedaba nada de caballero, pensó mientras se inclinaba sobre ella y reclamaba sus labios de nuevo.

Penny sonrió feliz al sentirle de nuevo, no sabía a donde la llevaría todo eso, pero por algún motivo que no lograba adivinar, quería ir allí y que fuera Ashford quien la llevara.

Definitivamente, se había vuelto loca de remate al permitirle semejantes libertades sin estar casados, pero mañana ya tendría tiempo de arrepentirse, cuando la cordura regresara a su cerebro.

Por ahora mandaba su cuerpo y el placer que él la había prometido sin hacerlo.

Penny se unió a él sin recelos y profundizó el beso, recorriendo atrevidamente cada cavidad de su boca, arrancándole un gemido de placer por su atrevimiento.

Se sintió la mujer más poderosa del mundo al haberle complacido e intento ir más allá.

—Despacio, más despacio —dijo rompiendo el contacto, con la voz ronca por el deseo—. No queremos que esto se nos vaya de las manos.

—No, creo ...

—Déjame a mí, te daré lo que pides, te lo prometo.

Penny asintió con la cabeza, confiaba plenamente en él y se relajó de nuevo entre sus brazos.

Ashford se inclinó nuevamente sobre ella, pero no para atacar su boca, sino para recorrer su largo cuello con suaves besos. Al tiempo que iba subiendo la mano por su costado, delineando cada una de sus costillas, hasta su pecho.

Penny suspiró al sentir su mano tomar su pecho inflamado, sediento de la atención que estaba recibiendo.

—Tranquila, todo a su tiempo —murmuró Ashford al notar como giraba sus caderas buscando la solidez de su pierna.

Era como si inconscientemente supiera que allí también le faltase algo y lo buscara.

Penny tenía un sentido de la sensualidad muy desarrollado, pensó observando sus movimientos, era desinhibida y no la importaba reclamar lo que necesitaba, sin saber exactamente lo que era, ni a donde la llevaría.

Verla retorcerse de pasión y deseo bajo sus manos lo estaba volviendo loco.

Movió la cabeza para atrapar su pecho a través de la fina muselina que lo cubría. Mordisqueo y jugueteo con su pezón, hasta hacerla jadear y temblar presa de la pasión.

Penny sintió como su mano bajaba por su vientre dejando un reguero de lava allí por donde pasaba, no sabía si sentirse ultrajada por sus libertades o gritar de placer por lo que la estaba haciendo.

Sintió sus dedos, explorar su centro y se tensó, ¿qué estaba haciendo?

Ashford levantó la cabeza y detuvo su avance para mirarla a los ojos.

No haría nada más si ella no lo deseaba.

—No es necesario que sigamos.

Penny se mantuvo tensa bajo su escrutinio, no sabía qué hacer ni que pensar de todo lo que está sucediendo en su interior.

De esa necesidad que nacía en su pecho y se extendía por todo su cuerpo.

Sabía que aquello estaba mal, que solo su marido podía tocar esas zonas de su cuerpo y Ashford nunca lo sería.

Solo el señor Harper había mostrado interés en serlo.

Se tensó aún más al pensar en ese hombre tocándola de esa manera y sintió las náuseas subir por su garganta.

Él nunca la daría el placer que Ashford la proporcionaba con su contacto.

—Continúa —murmuró.

Para besarla de nuevo mientras sus dedos habían encontrado su apertura y jugaban entre los pliegues húmedos de su centro, decidido a proporcionarle todo el placer que le pedía sin saberlo.

Esa pequeña pausa había conseguido que recuperara el control sobre su propio cuerpo, dándole la seguridad de que podría hacerlo sin poner en riesgo su virtud.

Pero, maldita sea, como deseaba enterrarse en su interior.

Deberían darle una medalla después de esto, si es que lo lograba, pensó, volviendo a ser preso de la lujuria que sentía por dentro.

Ashford levantó la cabeza al sentir en sus dedos que el clímax la alcanzaba, quería ver en sus ojos como el placer contenido explotaba como una ola al alcanzar la playa.

Penny abrió los ojos, desesperada, esa sensación creciente en su interior, la asustaba, se sentía perdida, sentía como si se fuera a morir en cualquier momento, si no conseguía liberarla, pero no sabía como hacerlo.

—Déjate llevar —murmuró con la voz ronca contemplándola—. Confía en mí.

Vio como abría los labios para tomar aire y en sus ojos estallaron mil estrellas, se retorció y gemía bajo sus dedos, pidiendo más y más, hasta alcanzar el cielo.

De repente se quedó quieta, exhausta, la tormenta había terminado, la calma y la paz se adueñaron de su cuerpo.

Se sentía tan cansada como si hubiera escalado la montaña más alta del mundo, pero llegar a la cima había merecido la pena, pensó soñolienta antes de que ojos se cerraran por completo.

—Gracias —se oyó murmurar mientras el sueño la vencía.

Ashford no dijo nada, contempló durante unos minutos más su plácido sueño, la colocó la ropa como pudo y la cubrió con una fina manta que tomó de la cama, la dejaría dormir un poco más antes de llevarla a casa.

Se puso en pie y fue hacia el aseo, era hora de ocuparse de sí mismo, pensó.

Capítulo 16

Ashford se tensó al ver el coche de alquiler detenerse ante la casa justo cuando alcanzaban la escalinata de entrada.

Maldita sea, si alguien los veía ambos estarían en un buen aprieto, aparte de que no le apetecía dar explicaciones a su madre de lo ocurrido.

Vio como Chapman descendía del coche y se paraba sorprendido al verlos.

—Menos mal —fue todo lo que pudo decir soltando la respiración, se acercó a él, presuroso—. Necesitamos el carruaje —le informó ayudándola a subir.

—Claro.

—Acompañadnos —le ordenó.

Penny miró a Lord Henderson que no había tenido tiempo de moverse de su asiento antes de que le asaltaran.

Parecía un poco borracho, pero sobre todo la sorpresa en su cara al verla resultaba hasta cómico.

Podría hasta reírse de ello si no estuviera tan asustada por las consecuencias de lo que había hecho y por si fuera poco ahora habían sido descubiertos por Lord Chapman y Lord Henderson.

Esto ya no tenía arreglo, mañana serían la comidilla de todo Londres, el escándalo estaba servido.

—Tranquila, ninguno de los dos dirá ni una palabra —la dijo Ashford posando su mano sobre su rodilla con familiaridad.

—Ni siquiera estamos aquí, Lady Pennélope —la dijo Chapman al ver su desconfianza.

—Me alegro de verla, Lady Pennélope, y poder comprobar que se encuentra usted bien, después de lo ocurrido —comentó Anthony—. Estaba preocupado por su bien estar.

Penny pudo ver la sinceridad en sus ojos y no supo qué decir, bajó la cabeza, para no enfrentarse a los tres caballeros que la escoltaban.

Solo quería llegar a casa y encerrarse en sus aposentos antes de que alguien más descubriera su salida de la casa.

—Aún no se abran levantado —la dijo Ashford adivinando sus pensamientos.

—Si entra con sigilo y va directa a sus habitaciones, nadie se dará cuenta su ausencia —la aconsejó Anthony.

—Fíese de él, es todo un experto en evadirse por las noches sin ser detectado —comentó Chapman dejando así al descubierto los malos hábitos de Lord Henderson.

—Que quiere que le diga, soy joven y alocado —se justificó el aludido.

—Eso puedo jurarlo —exclamó Ashford medio enfadado.

Anthony le sonrió inocente, a Penny le recordó a Orange cuando deseaba una de sus pastas.

Orange, él tenía la culpa de todo esto, recordó Penny porque había salido de casa en mitad de la noche.

—Hemos llegado —anunció Ashford—. Esperaremos aquí hasta que entre.

Penny se volvió hacia él con miedo, no iba a acompañarla hasta la puerta.

—Es mejor que no nos vean en su compañía —la aseguró Chapman.

—No se preocupe, no la pasará nada, estaremos vigilando y si alguien se acerca

intervendremos —dijo Anthony tranquilizándola.

Penny los miró dudosa, tomó una respiración profunda para darse valor y se incorporó.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir descendiendo del carruaje y caminando hacia la puerta decidida.

Sacó la llave que había tomado del escritorio de la biblioteca y entró.

Llegó a su cuarto sin contratiempos, ellos debieron quedarse un poco más porque no oyó el ruido del carruaje alejándose mientras subía al piso superior, pensó, habían cumplido su palabra de asegurarse de que estaba en casa sana y salva antes de marcharse.

Esos hombres habían demostrado preocuparse más por su bien estar que su propia familia, sonrió con tristeza al darse cuenta de ello.

Se desvistió con presteza y se tumbó en la cama.

Cómo les explicaría Ashford su presencia en la casa, se preguntó antes de caer en un profundo sueño.

—No hay nada que contar —dijo Ashford al sentir sus miradas curiosas clavadas en él.

—Venga ya, sales de la casa con Lady Pennélope, en medio de la madrugada y no tienes nada que decir —le recriminó Anthony por su silencio.

Chapman le miró a los ojos calibrando su estado de ánimo, pero permanecía decidido a no comentar nada sobre el asunto.

—Déjalo, Anthony, no dirá nada más —le aconsejó preocupado por su amigo—. Solo te diré una cosa —dijo poniéndose serio—. Recuerda a Lady Amanda y lo que se espera de ti al final de la Temporada.

Ashford se tensó interiormente al oírlo, Chapman tenía razón, se había olvidado de Lady Amanda, aunque lo ocurrido esa noche no cambiaría sus planes.

Penny se saltó el desayuno, aquella mañana y retrasó su salida de sus aposentos todo lo que pudo, evitando así un encuentro no deseado con su familia.

No sabía que podría hacer ni como reaccionaría ante ellos después de lo ocurrido la noche anterior con Ashford.

—Ninguna mujer debería conformarse con menos —oyó que la decía muy serio en medio de la neblina que la embargaba, antes de caer en el sopor del sueño.

El hombre que fuera su marido, si es que algún día se casaba, debería proporcionarla tanto placer como él había hecho, se prometió a sí misma y si para ello debía enfrentarse a su familia lo haría.

Ya no era la misma mujer que ayer lloraba en silencio.

Hoy sabía lo que quería, más bien lo que no quería, se dijo, y lucharía por conseguirlo.

Vio a los demás cruzar el vestíbulo rumbo al comedor y fue tras ellos.

—Buenos días —les saludó al entrar en la estancia y ocupar su lugar en la mesa.

—Buenos días, ¿te encuentras mejor? —la saludó Evelyn sentada frente a ella—. Nos tenías muy preocupados al negarte a acompañarnos anoche.

—Fue la mejor decisión después del espectáculo, tan bochornoso, que nos hizo pasar delante de las visitas —contestó su madre, aún enfadada por su comportamiento.

—Su presencia hubiera atraído muchas miradas curiosas que no deseamos —la recriminó su padre con voz helada.

—Sería mejor que se mantuviera alejada de cualquier acto social de aquí en adelante —sentenció Calvin aliviado de su responsabilidad hacia ella.

—Estoy bien, Evelyn —dijo Penny tras un instante en que todos se quedaron en silencio—. No te preocupes por mí, fue una chiquillada que no volverá a repetirse.

—Por supuesto que no —aseveró su madre.

—Siento si te cause cualquier problema ante tus invitados —continuó, ignorando sus palabras.

Evelyn asintió con la cabeza optando por permanecer en silencio. Tenía mucho que decir, pero tal y como estaban las cosas era mejor no hacerlo. Intentaría escabullirse más tarde de la férrea vigilancia de su madre y hablar con ella a solas.

Estaba muy preocupada, Penny siempre había sido una madre para ella, la única que había estado ahí durante su infancia, quien la había convertido en lo que era.

No se merecía nada de lo que estaba pasando, ella debía ser feliz y eso nunca lo conseguiría si el señor Harper se convertía en su esposo.

Tal vez debería contarle sus planes para librarse del futuro que sus padres tenían pensado para ella.

A lo mejor Penny tenía tanta suerte como ella y encontraba a alguien dispuesto a ayudarla.

Las palabras de su padre pronunciadas desde la presidencia de la mesa la alejaron de sus cavilaciones.

—Penny nos acompañará esta noche al baile de los Vizcondes de Chelsea, como teníamos planeado —anunció su decisión tras pensar detenidamente—. Debemos actuar con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido, si deseamos evitar el escándalo.

—Pero, padre, nos avergonzará de nuevo —protestó Calvin al ver trastocados sus planes de nuevo por culpa de su dichosa hermana.

—Vuestro padre tiene razón —le apoyó su esposa, aunque hubiera preferido no hacerlo—. Y es tu responsabilidad que se comporte con la educación y el decoro que se espera de la hija mayor de un par del reino.

Calvin maldijo por lo bajo su mala suerte, vete tú a saber qué problemas le causaría esa noche.

—No tendrás ningún problema, ¿verdad Penny? —la preguntó su padre adivinando los pensamientos de su hijo.

—No, padre, seré una hija modelo de la que os sentiréis orgulloso —le aseguró decidida.

—Eso espero —la dijo amenazándola veladamente.

La mesa volvió a caer en un tenso silencio, antes de que su madre se pusiera a parlotear de los últimos chismes que corrían por Londres.

Penny solo la escuchaba a medias, perdida en sus pensamientos, sabía que no se dirigiría a ella de nuevo, para todos ellos había dejado de existir de nuevo.

Notó la mirada fija, cargada de lástima, que Evelyn la dirigía, pero decidió ignorarla. Aunque quisiera, no podría hablar con ella, delante de los demás, para calmar sus miedos.

Sabía que Evelyn estaba verdaderamente preocupada por ella y lamentó no poder hacerlo.

Tras el almuerzo, su madre y Evelyn se retiraron a prepararse para salir durante la tarde, mientras que su padre y Calvin decidieron visitar su club hasta la cena, por lo que Penny volvió a quedarse sola en la casa.

Subió a sus aposentos y se sentó en el alfeizar de la ventana a observar el exterior hasta que los oyó partir, por fin, se habían marchado.

Se levantó despacio y fue hacia el escondite donde había dejado su regalo.

La verdad es que se había olvidado de él, con todo lo que había ocurrido, pero ahora tenía tiempo y la oportunidad de examinarlo más detenidamente, sin que nadie la molestara, ni

interrumpiera.

Era un cuaderno pequeño, poco más que la palma de su mano, encuadernado en cuero marrón oscuro de la mejor calidad, sin ningún adorno, salvo el damero de diamantes con el que habían entretejido el cuero.

El cierre metálico con dos flores de lis enfrentadas no pertenecía a ningún emblema nobiliario, al menos no a ninguno de los que aparecían en el Debrett's que conservaban sus padres en la biblioteca.

El carboncillo insertado entre el cierre del libro y el canto es lo que más llamaba su atención.

Había oído hablar de ellos, pero nunca había tenido la oportunidad de tener uno entre sus manos.

Lo sacó con cuidado y lo observó ilusionada, la mina de carbón había sido introducida en un tubo de metal dorado y el centro recubierto por el mismo material con el que estaba encuadernado el libro.

Se fijó un poco más y vio que la parte superior era como un tapón que se abría, desde donde se podía acceder al carboncillo que se utilizaba para escribir.

Supuso que eso se utilizaría para cambiarlo por uno nuevo una vez este se hubiera gastado.

Lo dejó sobre la mesa y contempló el conjunto con aire soñador, parecía cómodo y ligero, fácil de transportar. Eso la vendría muy bien durante sus visitas a los arrendatarios para tomar notas de sus necesidades, en lugar del pesado escritorio de mano que solía llevar.

Si es que alguna vez volvía a Melbtown, pensó con añoranza en sus hermanos pequeños, a quienes había dejado en la finca y en las fértiles tierras de labor que regentaba en nombre de su padre.

Sacudió la cabeza para apartar tan tristes pensamientos y tomó con cuidado el cuaderno entre sus manos.

Fue pasando hoja por hoja, casi con reverencia por temor a dañarlo, buscando cualquier anotación que contuviera, pero no encontró nada en su interior.

Frunció el ceño, contrariada, su instinto, le decía que había algo más en aquel libro de lo que se podía observar a simple vista, pero no acababa de encontrarlo.

Lo cerró de nuevo y se dedicó a contemplar la cubierta, la recorrió suavemente con la punta de los dedos sin éxito.

Volvió a abrirlo y lo repitió en la cara interior.

Ya se iba a dar por vencida cuando sus dedos notaron un engrosamiento casi imperceptible entre sus pliegues.

Lo siguió con cuidado hasta una pequeña abertura en el cuero, que formaba un bolsillo oculto a cualquiera que no lo inspeccionara con detenimiento. Metió los dedos con cuidado y sacó una hoja de papel pulcramente doblado.

La abrió y se sorprendió de su contenido.

Era la lista de nombres de posibles candidatos a esposo que había recolectado de su tiempo con las florero durante el baile.

Aunque una enorme mancha de tinta ocultaba la mayoría de ellos, quizás podría reconstruirla gracias a las anotaciones que había hecho al lado.

Sonrió esperanzada, al menos si no podía descifrarlos a todos tendría algo con lo que empezar esta noche a conocerlos o al menos a ser presentados.

La esperanza de que todo saldría bien al final, renació en su corazón con fuerza.

Se fijó en el emblema del Duque en el papel y palideció, si alguien lo llegara a ver estaría metida en un buen lío.

Tenía que hacerlo desaparecer cuanto antes.

Buscó unas tijeras en el cajón de su tocador y se dispuso a recortarlo para después quemarlo con la llama de la vela con la que se alumbraba aquella tarde tan gris como su ánimo.

Si de verdad pudiera elegir un marido, este sería Ashford, pero tenía que ser realista, por más que la doliera el corazón al pensarlo, él nunca la elegiría como su Duquesa.

¿Por qué iba a hacerlo?

Volvió a mirar la lista, ninguno de esos hombres sería él y dudaba de que pudiera entregarse a cualquiera de ellos como su esposa.

Su corazón ya había elegido por ella, hacía mucho tiempo, por eso lo ocurrido la noche anterior se sentía tan natural y no la había generado ningún tipo de remordimiento.

Entregarse a él, era lo que había deseado desde que sus ojos se toparon con su mirada, allí tirada en la escalera de aquella posada a las afueras de Londres.

Hacía tanto tiempo de aquello, se sentía como si hubiera sido en otra vida, cuando en realidad tan solo habían pasado unas pocas semanas de lo ocurrido.

Se sentó, desolada, en el taburete frente al tocador, dejando salir las lágrimas que bañaban su cara, por la tristeza y el dolor que la embargaban.

La lista y sus pretensiones quedaron completamente olvidadas, al darse cuenta de que no servirían de nada.

Pero tenía que intentarlo, aunque no lo amara, seguro que encontraría a un hombre bueno a quien pudiera respetar entre ellos.

Aunque eso sería mañana, pensó, ahora solo podía llorar por el amor que nunca tendría y dar gracias por los recuerdos de lo que habían compartido.

Se permitiría llorar su pérdida el resto de la tarde, porque esa noche en el baile volvería a ser la Penny decidida a tomar las riendas de su destino, se prometió a sí misma.

Capítulo 17

—Buenos días —saludó Nataly a su hermano, sorprendida al verlo sentado a la mesa del desayuno, hojeando el periódico—. Hoy has madrugado.

Ashford levantó la cabeza para mirarla.

—Tengo asuntos que atender —la contestó cerrando el periódico y dejándolo sobre la mesa—. Se puede decir lo mismo de ti, hermanita, no sueles bajar tan pronto.

—La verdad es que no, madre, quiere que vayamos de compras y nos pasemos por la modista a ver mi vestido para el baile de la Reina —le explicó nada entusiasmada con la idea.

Nadie le había dicho que la Temporada sería tan agotadora, desde que había sido presentada en sociedad, no había podido sentarse a leer un libro ni diez minutos y lo echaba de menos.

—Algún problema con tu vestido para el baile —le preguntó solícito por si podía hacer algo para ayudarla.

—Nada que no se solucionara si cada vez que vamos a alguna prueba no se le ocurriera hacer un retoque en el diseño, nos está volviendo locas —refunfuñó la Duquesa Viuda uniéndose a ellos.

—Buenos días, madre —la saludó Ashford poniéndose en pie y acercándose para ayudarla a acomodarse.

—Tiene que ser perfecto —protestó Nataly.

—Ya era perfecto hace tres semanas y hace un mes.

—No para mí.

—Ashford, por favor, hazla entrar en razón —se volvió hacia él que ya había regresado a su lugar en la mesa.

—Seguro que no es para tanto —trató de poner paz entre ambas—. Pagaré un extra a la modista por las molestias.

Nataly se lo agradeció con una brillante sonrisa, solo por verla así de feliz pagaría lo que hiciera falta.

—No sé por qué te pido que intercedas —se quejó su madre—. Tú siempre la consientes todos sus caprichos.

—Solo tengo una hermana.

—Uf, algún día tendrás que decirla que no.

Un lacayo se acercó a rellenarle su taza de café, mientras otro se ocupaba de servir a la Duquesa Viuda su desayuno habitual.

—¿Y tú tienes algún asunto importante que atender hoy? —le preguntó al verle completamente vestido y listo para salir.

—Una reunión con los abogados —la respondió apurando su segunda taza de café y levantándose—. Nada que deba preocuparte, madre.

—Puede que nos veamos a lo largo de la mañana y puedas tomarte unos pastelitos con nosotras en Gilbert.

—No lo creo, hermanita, pero si encuentro un hueco me pasaré.

Se inclinó para besar a su madre en la mejilla antes de retirarse.

La verdad es que tenía una mañana muy ocupada si quería dejar todos sus asuntos en orden

cuanto antes.

Ahora que había tomado la decisión, no tenía sentido posponerlo ni un día más de lo estrictamente necesario, ni tampoco deseaba hacerlo.

Cuanto antes quedará todo solucionado mejor para todos.

Tomó su caballo que ya estaba esperándole en la entrada y se incorporó al tráfico de la avenida.

Como había acudido pronto, era posible que los papeles que necesitaba fueran entregados en su estudio a lo largo de la tarde.

Sabía que todo el bufete tendría que hacer un gran esfuerzo para cumplir su pedido, pero estaba seguro de que lo conseguirían.

La siguiente parada sería el Parlamento, donde esperaba encontrar al Marqués de Lexington, un gran político comprometido con sus deberes ante la cámara.

No es que el mismo no lo fuera, solía visitar su escaño con bastante frecuencia, sobre todo los días de votación, pero era menos participativo que algunos de sus pares que habían convertido la política en su profesión.

Él tenía muchas otras cosas de las que ocuparse, como su Ducado y el resto de sus propiedades. Además de una familia que dependía de ello.

Apenas si le quedaba tiempo para nada más, pensó, mientras descendía de su caballo.

Tendría que contratar a un nuevo administrador y secretario, si sus planes se realizaban tal y como esperaba, recordó frunciendo el entrecejo.

No le gustaba demasiado relegar en otros el bienestar de las personas que trabajaban para él en sus muchas propiedades, pero era imposible que se encargara él mismo de todo.

Gracias a Chapman que tras mucho insistir había aceptado ocuparse de algunas de ellas como su propietario.

Le había costado todo un año convencerle, para unificarlas en una sola finca y cederle la propiedad.

Chapman era un hombre orgulloso, que deseaba labrarse su propio camino, pero como tercer hijo de su tío, el Conde de Portman con un Condado empobrecido por la mala gestión de su padre y la tiranía que ostentaba con sus trabajadores, no tenía muchas posibilidades de conseguirlo.

Habían estado juntos desde el colegio y como su mejor amigo y hombre de confianza, llevaba años, desde que heredó el Ducado, ocupándose de esas tierras sin ningún tipo de compensación económica por ello.

Chapman decía que lo hacía para mantenerse ocupado, la verdad es que no era un hombre ocioso, con el único objetivo en la vida que dedicarse a divertirse.

Él necesitaba algo más, había sido una gran ayuda para él, aligerándole un poco el trabajo.

Ojalá, Anthony sentara pronto la cabeza y siguiera su ejemplo, hacía años que había elegido cuáles serían las tierras que le legaría.

Llegó a la cámara de los Lores y vio que aún estaban reunidos, por lo que decidió esperar a que salieran para abordarle, de todas maneras, era casi la hora del almuerzo, momento en que solían hacer un receso antes de la reunión de la tarde.

Como una hora después, los parlamentarios comenzaron a abandonar la cámara, pero el Marqués de Lexington no se encontraba entre ellos, según pudo constatar, frunciendo el ceño, no había previsto ese contratiempo.

Tendría que ir a visitarlo a su casa más tarde, ahora no era un buen momento, pensó.

Salió de nuevo a la avenida y recogió su caballo, podría ir al Club para almorzar, con un poco

de suerte, Chapman o Anthony seguirían por allí.

Se encontró con Chapman, que regresaba de unos recados en la puerta y había tenido la misma idea que él.

Juntos entraron al comedor e hicieron sus pedidos.

—Supuse que te irías a casa a almorzar —comentó Ashford una vez que el lacayo se hubo alejado.

—Tras pasarme más de una hora en la agradable compañía de mi querida tía, mi hermosa prima y las damas Melbourn, comer en el Club es como hacerlo en el paraíso —le comentó tomando su copa de vino—. Las cuales contaban con tu presencia, según Nataly.

—No me comprometí a ello, tenía cosas que hacer en la ciudad.

Chapman se lo quedó mirando esperando que continuara, pero este permaneció en silencio.

La verdad es que estaba muy preocupado por Ashford, últimamente estaba más misterioso y preocupado que de costumbre.

Y eso que Anthony llevaba una temporada comportándose adecuadamente sin meterse en líos. Lo cual era todo un alivio para todos, pero sobre todo para Ashford que comenzaba a mostrar síntomas de estar totalmente desesperado por su actitud.

—Vas a comer o a seguir mirándome como un cuervo.

—Mis disculpas, solo me preguntaba que te mantenía tan preocupado.

—Nada, no hay nada por lo que preocuparse —le dijo negándose a hablar de ello.

—Ya —le dijo en tono condescendiente, sin creerse ni una palabra—. A propósito, Lady Pennélope no acompañaba a su madre y hermana esta mañana.

Chapman vio como se tensaba casi imperceptiblemente, para cualquier otro comensal su gesto hubiera pasado desapercibido, pero él lo conocía demasiado bien.

—Alguna vez lo hace —le preguntó tratando de ocultar su reacción al oír su nombre.

—En raras ocasiones —le confesó dándole la razón—. Mi estancia en Gilbert hubiera sido más amena en su compañía.

Ashford levantó la cabeza de su plato como un resorte al oírle.

—Qué quieres decir con eso —le increpó—. Estás interesado en la dama.

Chapman apenas tuvo tiempo de ocultar su sonrisa de satisfacción por haber desvelado el misterio, tras su copa de vino.

Así que los misteriosos encuentros con cierta dama eran la causa de su preocupación.

Apuró su copa de vino tomándose su tiempo antes de responderle.

—Es una mujer hermosa, escondida tras esos vestidos de la Temporada pasada o la anterior, además de ir vestida como un adefesio —comentó tomando los cubiertos, decidido a atacar su bistec—. Es inteligente y con gran sentido del humor.

—Y peligrosa —rugió Ashford advirtiéndole.

—Y leal a su familia, a pesar de todo —puntualizó otra de sus virtudes—. Cualquier caballero que busque algo más que belleza y desee una compañera, no dudara ni un momento en hacerla su esposa.

—Y tú eres uno de esos caballeros —le increpó.

—Puede, no se cruza uno con una mujer, así todos los días —le contestó enigmático.

Ashford decidió guardar silencio, ese era un argumento que no podía debatir sin revelar algunos de sus secretos, por lo que tomó su copa de vino y desvió la conversación hacia los temas políticos de actualidad en esos momentos.

Chapman decidió no presionarle más y le siguió el juego.

Tras la comida y compartir una copa de brandy con otros comensales, Ashford abandonó el

Club decidido a terminar con sus quehaceres antes de que llegara la hora de regresar a casa y prepararse para el baile de los Chelsea.

Capítulo 18

Gracias a Dios que ya habían llegado, pensó Penny al bajarse del carruaje frente a la escalinata de entrada de la casa de los Vizcondes de Chelsea.

—Mira que casa, querido, y solo son Vizcondes como nosotros —oyó exclamar a su madre con un deje de envidia ante la opulencia de la enorme mansión que tenían ante ellos.

Penny se presionó disimuladamente la sien con el dedo, tratando de aliviar el incipiente dolor de cabeza que el parloteo sin sentido de su madre durante el viaje la había provocado.

—No te quedes atrás, no tengo toda la noche para esperarte —la ordenó Calvin al ver que se retrasaba.

Penny le miró con cara de pocos amigos, pero no dijo nada, apresuró un poco el paso para alcanzar a su hermana.

—No te preocupes, en un par de horas se habrá perdido con sus amigos en alguna partida de cartas improvisada —la susurró Evelyn—. O estará tras las faldas de alguna dama disfrutando de su compañía.

—Ojalá, no sé si podre tener la suficiente paciencia como para tenerlo pegado a mí toda la noche.

—Confía en mí, eso no ocurrirá.

—¿Qué andáis chismorreando vosotras dos? —quiso saber su madre volviéndose hacia ellas.

—Nada, madre, comentábamos la belleza de los macizos de rosas que pueden verse desde aquí en la plaza —la respondió Evelyn con su tono más inocente y encantador.

Penny consiguió no volverse para mirarlos, ni siquiera se había dado cuenta de que había una plaza cerca.

Algo que no era de extrañar, ya que casi todas las grandes casas de Londres, se construían alrededor de una plaza o jardín donde los niños salían a jugar cada mañana con sus niñeras.

Iba demasiado concentrada en sus planes y en como llevarlos a cabo, que no se había dado cuenta de nada de lo que la rodeaba.

Ese baile era tan importante como el del Duque para ella, si quería escapar de los designios de sus padres, tenía la sensación de que el tiempo se la acababa.

Se paró un segundo en el umbral de la puerta de entrada del salón de baile y lo recorrió con la mirada, hasta detectar el rincón a donde habían relegado a las solteras de mayor edad en esta ocasión.

Eso era denigrante, pensó mientras cruzaba el salón hacia allí con Calvin pegado a sus talones.

Ashford esperaba su llegada en compañía de su madre y su hermana, Anthony hacía rato que había desaparecido en la sala de juegos, tras la cena privada que los Chelsea habían ofrecido a un grupo muy reducido de sus invitados al baile.

Estaba nervioso, no la había visto desde la noche anterior y por algún motivo eso le preocupaba. ¿Se habría arrepentido de lo ocurrido entre ellos? Se preguntaba una y otra vez.

Iba a interceptarla en su camino hacia el rincón de las florero cuando se dio cuenta de que Lord Graham la seguía de cerca.

Frunció el ceño contrariado, por lo que había podido observar en su propio baile, su familia la había dejado a su suerte durante toda la velada.

Algo había cambiado, pensó teniendo un mal presentimiento, quizás habían descubierto su escapada, se dijo tratando de tranquilizarse, aunque dudaba que fuera eso.

—¿Ocurre algo, querido? —le preguntó su madre al verle tan serio.

—No, claro que no —la respondió volviendo a recuperar su semblante inexpresivo.

Nataly, también se había dado cuenta de su cambio de humor y aunque había seguido su mirada tratando de averiguar que lo había provocado, no pudo ver nada fuera de lo normal que lo justificara.

—Lady Evelyn ya ha llegado, Nataly —intervino Chapman para distraerla.

—Uf —bufó la Duquesa Viuda por lo bajo, esas compañías no eran las adecuadas para su hija, no entendía como Ashford seguía permitiéndolo, tendría que hablar con él, de nuevo.

Ashford vio que varios caballeros se dirigían hacia ellos, pero Nataly los ignoró y se volvió para dirigirse hacia Evelyn, quien ya venía a su encuentro.

Chapman se rio por lo bajo al ver la cara de fastidio de la Duquesa.

—Tienes que hablar con ella.

—Este no es el momento ni el lugar, madre —la amonestó molesto—. Ya lo hemos hablado.

—Parece que Lady Amanda viene hacia aquí en compañía de su madre —señaló Chapman evitando un enfrentamiento entre ellos.

Chapman las saludó respetuosamente y reservó uno de sus bailes en el cuaderno de la joven por cortesía.

Ashford hizo lo mismo, asegurándose de que esta vez no fuera un vals lo que compartían.

Tras lo cual, Chapman y él, se reunieron con otros caballeros en un círculo cercano, liberando a las damas de su compañía.

Ashford regresó para reclamar su baile con Lady Amanda cuando correspondía.

—Siento que mi padre no estuviera en casa cuando habéis ido a visitarle —se disculpó Amanda sacando el tema de su visita—. Pero regresará a finales de semana.

—Eso me comento vuestro mayordomo —respondió dejándola ocupar su lugar en la cuadrilla.

—Estoy segura de que estará encantado de recibirlos a su regreso.

Los primeros acordes evitaron que Ashford respondiera y se alejó para ocupar su sitio al dar comienzo la danza.

Amanda le miró contrariada, estaba segura de que el Duque había ido a visitar a su padre para adelantar la boda, pero no parecía querer compartir con ella su cambio de planes.

También había sido mala suerte que un infortunio en la finca de la familia hubiera alejado a su padre de Londres justo ahora.

Menos mal que hacía meses que había encargado su vestido de novia a Madame Ross y este estaba ya confeccionado, tan solo pendiente de los últimos retoques, los cuales se realizarían en tan solo unas horas.

Ya estaba todo hablado en el caso de que el Duque decidiera adelantar la boda, algo que ella estaba deseando que ocurriera.

Esperaba con ansia el momento de convertirse en la Duquesa de Ashford ante toda la sociedad y todo lo que suponía su nueva posición dentro de la nobleza.

Esa era su tercera Temporada y no estaba dispuesta a esperar más, si tenía que precipitar las cosas ella misma comprometiendo al Duque, lo haría.

Al fin y al cabo, su pequeño escándalo pronto se olvidaría una vez fuera su esposa.

Pero no estaba dispuesta a renunciar a una gran boda con toda la sociedad de testigo.

Por eso había encargado su traje de novia y el ajuar con tanta antelación, había instado a su padre a que hablara con el obispo y este le prometiera que tendría la iglesia de Sant George a su disposición, casi sin previo aviso.

Todo estaba calculado y preparado, ahora que él parecía haberse decidido, salvo que su padre no estaba en la ciudad para ultimar su acuerdo.

Bueno, tampoco era tan malo, pensó mientras giraba al compás de la música, así tendría unos días para hablar con la florista, la cocinera, contratar servicio extra para la ocasión, uff, tenía mil cosas que hacer todavía, esos días la vendrían muy bien para ultimarlos todo.

Y con un poco de suerte podrían anunciarlo este mismo sábado durante el baile que sus padres ofrecían todos los años.

Eso garantizaría su éxito, sonrió complacida consigo misma.

Ashford observaba en silencio a Lady Amanda perdida en sus pensamientos. Parecía muy complacida con ellos y él no estaba interesado en entablar ninguna conversación por muy intrascendente que fuera.

Tener que posponer sus planes hasta el regreso del Marqués, no le había puesto de muy buen humor que digamos, aunque hasta ahora había conseguido disimularlo o al menos eso creía.

Capítulo 19

Ashford había estado atento a los movimientos de Lady Pennélope desde que llegó al baile, tenía la esperanza de encontrar un momento para ellos.

Pero parece que las cosas habían cambiado mucho, se temía que fueran a peor.

Por una parte, Lady Pennélope siempre gozaba de libertad plena de movimiento, a su familia no la importaba nada con qué círculos se relacionaba ni lo que hacía durante los escasos eventos en los que la incluían, más que nada para cubrir apariencias que por el bien de la muchacha.

Para ellos solo Lady Evelyn merecía su atención, pero esa noche Lord Graham parecía haber sido nombrado su guardián y la mantenía vigilada en todo momento.

Por lo poco que sabía de Lord Graham, gracias a Anthony, era un joven libertino sin ningún apego a las responsabilidades que algún día ostentaría como heredero de su padre, que se pasa la vida disfrutando de los placeres que esta le ofrecía sin ningún control.

Algo que no le sorprendía lo más mínimo, teniendo al Vizconde como ejemplo, se preguntaba quién se ocupaba de sus propiedades y que estas fueran tan prósperas, según sus informadores a quienes había pedido que le investigaran.

Sus ojos se clavaron en Lady Pennélope y de repente todo encajo, ella siempre había vivido en la finca, ocupándose de sus hermanos y la casa en ausencia de sus padres.

Conociéndola, como la conocía ahora, estaba seguro de que era ella quien gestionaba el patrimonio de la familia, mientras sus progenitores y el heredero disfrutaban de los placeres de la gran ciudad, gracias a su trabajo.

Se le tensaron las tripas al comprenderlo, habían dejado esa pesada carga sobre los hombros de una frágil mujer y ni siquiera la respetaban por ello.

Se fijó que se acercaba al círculo donde las jóvenes damas, menos agraciadas, conversaban con su séquito de pretendientes, los cuales buscaban otros beneficios más materiales que la belleza en sus futuras esposas.

Ese no era lugar para la hija de un Vizconde, Ashford apretó los dientes al ver como se introducía en su círculo sin ninguna dificultad y charlaba con ellos.

Calvin se había acercado a pedirle un baile a Lady Rebecca, antes de que su carnet se llenara por completo, olvidando sus deberes para su hermana.

Por lo que Penny no dudó ni un momento en alejarse de la florero y acercarse a las otras damas que los caballeros de su lista rodeaban, con un poco de suerte podría tratar con alguno de ellos.

Puede que hasta la pidieran un baile, pensó ilusionada con la idea, aunque ese era el segundo baile al que asistía, aún no había tenido la oportunidad de bailar y se moría por hacerlo.

—¿Qué estás haciendo? —la increpó Calvin, volviendo a su lado, tomándola del brazo y alejándola un poco de sus acompañantes—. Ese no es lugar para ti, debes regresar junto a las damas de más edad que aún permanecen solteras —la explicó tirando de ella en esa dirección.

Penny clavó sus talones en el suelo y paró en seco, no tenía intención de formar un escándalo, pero tampoco iba a permitir eso.

—Calvin Graham —siseó con el tono autoritario que usaba en la finca para regañarlo cuando era pequeño—. Suéltame ahora mismo o te cogeré de las orejas para sacarte al jardín, sentarte

sobre mis rodillas y darte los azotes que te mereces.

Calvin la soltó el brazo como si le quemara y dio un paso atrás asustado, Penny nunca amenazaba con unos azotes si no estaba dispuesta a darlos.

—Ya no soy un niño, no puedes tratarme así —la respondió recuperando un poco de su bravuconería.

—Pues entonces deja de comportarte como tal —terminó de colocarse el guante en su sitio y levantó la cabeza desafiante—. Haré lo que quiera dentro del decoro y tú no podrás impedírmelo.

—Hablaré con padre, estás bajo mis cuidados.

Penny levantó una ceja y dio un paso hacia él, amenazante, como su hermana mayor y la única madre que había conocido hasta hace un año que se instaló en Londres al acabar la universidad.

Por un instante aquel muchacho que había criado apareció en sus ojos, Penny le sonrió con cariño, añoraba a su hermano, pero odiaba al hombre en que se había convertido.

Aunque no todo estaba perdido, se dijo con esperanza, el joven que ella recordaba aún estaba ahí, solo era cuestión de volverle a dejar salir.

Ojalá, Calvin, se diera cuenta de ello.

—Padre está justo en la mesa de refrigerios, conversando con otros caballeros, pero muy interesado en nuestro desacuerdo —le informó—. Puedes ir a exponerle tus quejas sobre mis nuevas compañías en cualquier momento.

Calvin levantó la mirada por encima de su hombro y encontró a su padre justo donde había dicho, tenía el ceño fruncido y miraba enfadado en su dirección.

Calvin tragó saliva al verle, no estaba contento, miro a su hermana que se había reunido de nuevo con sus nuevos amigos y no supo qué hacer.

Si dejarla permanecer o alejarla por completo, cuál de las dos opciones complacería a su padre y cuál le disgustaría aún más, se preguntó desesperado.

Contempló a Penny completamente integrada entre ellos, conversando y sonriendo, como en cualquier otra reunión social a las que había asistido en Melbourn y se rindió uniéndose a ellos.

Sus amigos lo considerarían denigrante rebajarse así, pero Penny parecía feliz por primera vez desde que había llegado a Londres y con todo lo que se la venía encima a su pobre hermana, se merecía ese momento, quizás ese recuerdo compensara sus lágrimas futuras.

El Vizconde de Melbourn frunció aún más el ceño al ver a su hijo contrariar sus deseos, pensaba que le había educado mejor, pero no, tendría que ver la manera de castigarle por su fragante desafío.

—Ashford, querido —oyó que le llamaba la Marquesa de Lexington con demasiada familiaridad para su gusto.

—Milady, en qué puedo ayudarla.

—Me envía vuestra madre, al parecer Nataly no se encuentra bien y desean irse a casa —le explicó el motivo de su interrupción—. Le esperan en el vestíbulo, excelencia —recalcó haciendo una pequeña reverencia, dándose cuenta de su error anterior.

—Gracias, si me disculpan —dijo a nadie en particular caminando hacia las puertas del salón. Chapman se despidió con la misma celeridad y fue tras él.

Anthony ya se encontraba en el vestíbulo junto a las damas.

—No es necesario que nos acompañéis —le dijo su madre al verle llegar tan preocupado—. Ya hemos pedido el coche y nuestras capas.

Ashford se fijó en su hermana cabizbaja, incapaz de mirarlo a los ojos, pero qué demonios había ocurrido, se preguntó.

—Nuestros abrigos, por favor —le pidió Chapman a un lacayo cercano.

—Enseguida, Milord.

—Vamos, hermanita, el aire fresco de la noche te sentará bien —dijo Anthony tomándola de los hombros y sacándola al exterior lejos de los ojos curiosos de los asistentes al baile.

Ashford se volvió hacia su madre exigiéndole una explicación.

—El coche ya ha llegado, no hagamos esperar a los caballos con este frío tan inusual en esta época del año —dijo Chapman recordándoles donde se encontraban.

Ashford le tendió el brazo a su madre para guiarla.

Nadie volvió a decir una palabra hasta que estuvieron instalados en la biblioteca, disfrutando de una bebida caliente para las damas y sendas copas de brandy para los caballeros.

—No es nada de verdad, solo me duele un poco la cabeza y estoy exhausta —les dijo Nataly al verles tan preocupados—. Nadie me dijo que tener una Temporada en Londres sería tan agotador.

Ashford se giró hacia su madre para que se lo conformara.

—Y un pequeño desacuerdo con sus amigos como detonante, nada fuera de lo común.

Anthony se levantó y llamó al mayordomo para que la preparasen una tisana, eso la aliviaría y la ayudaría a dormir.

Nataly sufría desde pequeña de terribles dolores de cabeza que la dejaban postrada en la cama hasta varios días, esperaba que ese no fuera uno de ellos.

—Me preguntaba cuando ocurriría —comentó Chapman quitándole hierro al asunto—. Todos tenemos desacuerdos con alguien en un momento u otro.

—Y cuál ha sido el problema, si puede saberse —la preguntó Ashford sentándose frente a ella.

—Nada en particular, Evelyn estaba de mal humor por algo relacionado con su hermana y se ha puesto a discutir con Lord Webs por unas flores que la ha mandado o algo así —les explicó.

—Y eso que tiene que ver contigo —quiso saber Anthony, incapaz de ver donde estaba el problema.

—Lord Webs hace lo que puede dadas sus dificultades económicas, ese no es motivo para recriminarle, en medio del baile y al oído de todos, por enviarle un simple ramo de margaritas silvestres en lugar de un carísimo ramo de orquídeas o rosas.

—Ya os dije que la hija de los Melbourn no era la compañía más adecuada para Nataly —se quejó la Duquesa Viuda.

—Tonterías, una mala noche la tiene cualquiera —aseguró Ashford.

—Y después que paso —preguntó Chapman confuso al no entender donde estaba el problema en realidad.

—Nada, me llevé a Evelyn al salón de descanso de las damas y la recriminé por su acción.

—Y... —quiso saber Ashford.

—Discutimos, me gritó, la grité y eso despertó mi dolor de cabeza, junto con mis ganas de marcharme, no me apetecía volver ahí y fingir que nada había ocurrido.

—Hiciste bien —la alabó Ashford.

—No, porque no pensé que os estropearía a todos la noche.

—Uf, hacía tiempo que había dejado de ser interesante —la aseguró Ashford.

—Además, aún es pronto, podemos volver a salir si lo deseamos —dijo Anthony.

—Retirarnos pronto, una noche nos vendrá bien a todos —la aseguró su madre—. Mañana revisaremos juntas las invitaciones y renunciaremos a algunas salidas para poder descansar de vez en cuando.

—Oh, eso sería genial, gracias, madre.

—Pues si todo está bien, es hora de retirarse —dijo la Duquesa Viuda poniéndose en pie—. Buenas noches a todos.

Ashford esperó a que saliera antes de volverse de nuevo hacia Nataly.

—Por casualidad lady Evelyn no te habrá comentado el problema de Lady Pennélope.

—Quizás podamos ayudarla entre todos —propuso Anthony.

—Así, Lady Evelyn volverá a estar de buen humor y podrás seguir disfrutando de su compañía —justificó Chapman que se mostrarán tan interesados en el tema.

Nataly paseó la mirada entre ellos, parecían verdaderamente dispuesto a ayudar a su amiga.

—La verdad es que no la entendí demasiado, mientras despotricaba sobre su familia dando gritos —les confesó—. Algo sobre que eran muy injustos con ella y la habían destrozado la vida.

—Vaya, sí que parece serio.

—Nada más —quiso saber Ashford cada vez más preocupado por Lady Pennélope.

—Algo sobre que no se merecía ser obligada a casarse con un hombre violento, que Penny debía ser feliz, se lo había ganado por servir tantos años, fielmente a la familia, olvidándose de sí misma y sus necesidades.

Nataly se quedó callada al darse cuenta de lo que sus palabras significaban, ahora entendía el enfado de su amiga.

Ojalá lo hubiera hecho antes para poder ayudarla, en lugar de gritarla de esa manera y enfadarse con ella.

La verdad es que no entendía como tu propia familia podía traicionarte así.

Ella tenía suerte de que Ashford fuera su tutor y antepusiera su bienestar a cualquier cosa.

—¿Podréis ayudarla? —les preguntó esperanzada.

—Es un tema delicado —le explico Ashford sin comprometerse a nada.

—Pero haremos todo lo que esté en nuestra mano por ella —la aseguró Anthony.

—Aunque es poco lo que podemos hacer nosotros —le refrenó Chapman—. Lo intentaremos.

Nataly sonrió por primera vez desde que todo había ocurrido.

—Gracias, ahora me voy a dormir, buenas noches.

Los tres la observaron en silencio hasta que salió de la habitación.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Anthony.

—Nada —le respondió Ashford yendo a servirse una nueva copa de brandy—. No hay nada que podamos hacer ninguno, la dama es propiedad del Vizconde y su heredero.

Todos se mantuvieron en silencio al reconocer la veracidad de sus palabras.

Las mujeres siempre eran propiedad de algún hombre, que podía hacer con ellas lo que quisiera, y no había nada que pudieran hacer frente a eso.

Capítulo 20

La noche había transcurrido tal y como esperaba y había podido entablar conversación con tres de los caballeros que tenía en su lista.

Los tres habían resultado ser buenos candidatos a esposos.

Incluso la invitaron a bailar. Dos veces.

Aún no podía creérselo, pensó feliz y llena de optimismo, mientras cruzaba Pall Man rumbo a la entrada sur de Hyde Park.

Esa tarde se celebraría un pequeño picnic junto al Serpentin al que asistirían sus posibles pretendientes.

Por supuesto, había sido invitada junto al resto de su familia, pero estos la habían ignorado y se habían marchado por su cuenta, como siempre hacían.

Pero en esta ocasión, Penny tenía motivos para asistir y no se había quedado recluida en casa como era su costumbre.

Vio que había varias reuniones de ese tipo diseminadas a lo largo de la orilla del lago, por un momento dudó de si había tomado la mejor decisión yendo allí por su cuenta.

Se paró al borde del sendero, tratando de decidir a cuál de ellas se uniría.

Vio a su madre, sentada bajo un viejo roble, junto a la Duquesa Viuda de Ashford y la Marquesa de Lexington, frente a ellas junto a la orilla, pudo distinguir a Evelyn, Lady Nataly y Lady Amanda, rodeadas por su círculo habitual de pretendientes.

Calvin y sus amigos se encontraban más allá, se fijó en Lady Rebecca junto a él y sonrió. Se había fijado en ella la noche anterior, una joven bonita y discreta a quien Calvin parecía dirigir sus afectos y por la forma en que la muchacha le estaba mirando en esos momentos, parecía ser correspondido.

Justo un poco más allá, cerca de los sauces llorones, pudo distinguir al grupo que buscaba.

Caminó por el sendero hasta llegar frente a ellos, tratando de no llamar la atención de sus familiares sobre ella, aunque no tardarían mucho en darse cuenta de su presencia en el claro, no esperaba poder pasar desapercibida por mucho que lo deseara. Pero cuanto más tardaran en verla, más difícil sería enviarla de vuelta a casa sin dar un espectáculo.

Al menos eso esperaba.

Llegó hasta ellos justo cuando habían decidido pasear junto a la orilla y se les unió a ellos.

—Buenas tardes, Lord Horden —le saludó con una cálida sonrisa en los labios.

El Barón Horden era su primera elección, un hombre tranquilo y bonachón, amante de los animales, que prefería el campo a la ciudad. Había ido a Londres a buscar esposa a insistencia de su madre, quien opinaba que ya debería estar casado hacía mucho tiempo y ella rodeada de nietos.

Pero Horden adoraba a sus perros, quienes eran como hijos para él, por lo que no echaba de menos tener descendencia, aunque tenía que reconocer que, a sus treinta y cuatro años, había llegado el momento de procurarse un heredero para su humilde título.

Así que accedió a los ruegos de su madre para unirse a la Temporada y regresar con una esposa.

Penny sabía que no llegaría a amarle, pero estaba segura de que entre ellos nacería un cariño

sincero, basado en el respeto mutuo, que con el tiempo sería un buen esposo y compañero en quien poder confiar.

—Buenas tardes, Lady Pennélope —la saludó—. Es un placer contar con vuestra compañía en esta tarde tan agradable.

Penny sonrió feliz, parecía que se alegraba de verla, se permitió sentir un poco de esperanza, puede que con un poco de suerte todo saliera bien para ella al final.

—Pasee con nosotros, milady —la invitó la señorita Tenton quien ya caminaba del brazo de Lord Sanders.

Horden le ofreció su brazo con cortesía y lo enlazó con él.

Por el rabillo del ojo, vio como Calvin se había percatado de su presencia en el claro y la miraba con cara de pocos amigos, más tarde pagaría su osadía, estaba segura de ello, pero ahora era el momento de concentrarse en su acompañante y tratar de hacer algún avance en la dirección que deseaba.

—Dígame, Lord Horden, ha recibido noticias de su querida madre esta mañana —le preguntó esperando poder así entablar una conversación.

—La verdad es que no —la respondió afligido—. Hace ya tres días que no se nada de ella y eso me preocupa.

—Seguro que estará ocupada y se le habrá pasado escribirle —le dijo tratando de excusarla.

—Ese no es motivo para no mantenerme informado de como van las cosas por casa —exclamó molesto.

—Todo estará bien, ¿qué podría haber sucedido?

Horden se volvió para mirarla muy serio, se podía ver que estaba verdaderamente preocupado por su silencio.

—Si no he tenido noticias tuyas antes de que acabe la semana, volveré a casa el lunes a primera hora —afirmó decidido.

—Ohh.

Fue todo lo que Penny pudo decir al respecto, solo tenía cuatro días para conseguir que la propusiera matrimonio y casarse con él, antes de que partiera.

Eso no la daba mucho tiempo, pero los matrimonios entre sus pares se celebraban de hoy para mañana si se tenían los contactos y el dinero adecuado para ello.

—Tendré que declararme antes de lo que había previsto —continuó diciendo—. Hubiera preferido ofrecerle el cortejo adecuado que se merece la señorita Tenton, pero parece que no podrá ser.

Penny se paró en seco al oírle, la señorita Tenton, él ya había elegido la que sería su esposa, se preguntó confundida, miró hacia la aludida y vio que los observaba con recelo.

—Ella me ha dado a entender que ni proposición sería bien recibida, por lo que solo necesitaría una licencia especial para que me acompañara a casa como mi esposa —la explicó sus planes—. ¿La ocurre algo Lady Pennélope? —la preguntó extrañado por su silencio y lo sería que se había puesto.

—Yo ... —tomó una respiración profunda—. Claro que no —mintió sintiendo como se sonrojaba.

Horden la observó más de cerca, no muy convencido de ello.

Penny sintió como se acaloraba aún más, tenía que decir algo para distraer su atención, pero la verdad es que no se la ocurría nada.

—Ya veo —exclamó al comprender cuál era la situación—. Pensó que usted sería la elegida —observó como aumentaba su sonrojo—. Lo siento, es usted demasiado hermosa para lo que

estoy buscando en una esposa y además hija de un Vizconde. Tiene demasiada alcurnia para la humilde vida que podría ofrecerle.

Penny abrió la boca sorprendida, no tenía muy claro si sentirse ofendida o alagada por su comentario.

No se esperaba algo así, pero había demostrado ser un hombre sincero que sabía lo que deseaba y lucharía por ello.

Eso decía mucho a su favor como persona, era una pena no tener la oportunidad de convertirse en su compañera.

—La he ofendido —afirmó al ver que seguía sin decir nada.

— Sorprendida, pero no me siento ofendida por su sinceridad.

—Me alegro, no deseo enemistarme con el Vizconde de Melbourn por rechazar a su hija — comentó aliviado.

—No tema por eso —le aseguró—. Mi padre desconoce mis intenciones hacia usted y yo no pienso contárselas.

Horden la miró pensativo.

—Es usted una mujer muy valiente que hará sentirse orgulloso al hombre que la tome por esposa.

—Gracias, les deseo lo mejor a usted y a la señorita Tenton —le dijo con sinceridad.

—En esta ocasión he elegido bien —la contestó, enigmático.

Penny le miró sorprendida de nuevo, no había oído nada de que él ya hubiera estado casado con anterioridad, aunque por su edad bien podía ser, sacudió la cabeza confundida, era un hombre soltero, estaba segura de ello.

—Lady Pennélope, me permite que la de un consejo.

—Por supuesto.

—No se rinda, siga buscando. Los hombres a los que su padre pretende venderos no son honorables ni os trataran como merecéis.

Penny vio como la señorita Tenton se había librado de su acompañante y se unía a ellos, lo que impidió que pudiera responderle como deseaba.

—Gracias, Lord Horden —murmuró bajito solo para sus oídos—. Y suerte, le deseo lo mejor.

Horden le agradeció con un gesto sus palabras al tiempo que reanudaban su paseo conversando alegremente entre ellos.

La verdad es que la señorita Tenton y Lord Horden parecían hacer muy buena pareja y se entendían muy bien entre ellos, como no se había dado cuenta antes de hacer un ridículo tan espantoso, se preguntó, porque estás demasiado desesperada, si Horden estaba en lo cierto, ya no la quedaba tiempo, se respondió sintiéndose abatida de nuevo.

Poco a poco se fue separando de ellos y se internó entre las ramas del enorme sauce llorón al pie del lago.

Se sentó sobre la fina hierba, a la vista de todos, pero semioculta entre sus ramas, necesitaba pensar, tenía que replanteárselo todo de nuevo.

—Te ha rechazado.

—¿Qué? —preguntó Penny sobresaltada al oír la voz de Ashford a su espalda.

—No te muevas, no queremos atraer las miradas curiosas de los que disfrutan a nuestro alrededor.

—No —murmuró, sintiéndose más cansada por momentos.

—No es culpa tuya, todo el mundo sabe que Lord Horden no deseaba una esposa bella y tú eres demasiado hermosa para él —dijo tratando de animarla.

—Pero, por qué, todos los hombres desean una mujer bonita a su lado —le preguntó, eso no tenía ningún sentido para ella.

—No desea que ningún otro hombre este interesado en cortejarla —la explicó—. En el pasado tuvo una prometida muy hermosa que se fugó con otro hombre que la pretendía una semana antes de la boda.

—Ya entiendo —dijo Penny comenzando a comprender lo que había ocurrido—. Y no desea pasarse la vida temiendo que algo así vuelva a suceder.

—Exacto.

—Pobre, Lord Horden.

Ashford permaneció en silencio, observándola allí, sentada, parecía una niña perdida que necesitaba ser encontrada.

Dio un paso hacia ella con la intención de confortarla, pero se contuvo. Que los vieran juntos en esos momentos no sería bueno para ninguno de los dos.

—Sigues ahí.

—Sí.

—¿Qué voy a hacer ahora? —le preguntó, apesadumbrada.

—Seguir —la respondió con seguridad—. Eres más fuerte de lo que piensas.

Penny sintió como las lágrimas corrían por sus mejillas libremente, ella solo quería acurrucarse en sus brazos y que le dijera que todo estaba bien, mientras la apretaba contra su pecho.

—Penny —murmuró desesperado por no poder llegar a ella.

—Tranquilo, estaré bien, ya encontraré otra manera —le aseguró secándose las lágrimas con la mano enguantada.

—Todo acabará bien, te lo prometo —era todo lo que la podía decir por el momento—. Confía en mí.

Penny ahogó una risa irónica que pugnaba por salir de su garganta, confiaba en él, lo amaba con todo su corazón, pero eso no hacía más llevadera su situación, sino mucho más insoportable.

Todo sería tan fácil si él la quisiera, aunque solo fuera un poquito o ni eso, solo con que la convirtiera en su Duquesa bastaría. Ella llenaría sus vidas de amor y cariño por los dos.

Pero nunca la tomaría, toda la sociedad sabía que Lady Amanda sería la próxima Duquesa de Ashford, era un secreto a voces que sus esponsales se habían pactado hace años.

—Penny —la volvió a llamar cada vez más alarmado por su silencio.

—Estoy bien —le aseguró, dándole toda la firmeza que pudo reunir, a su voz—. Solo necesitaba un momento.

—Confía en mí.

—Claro —le respondió levantándose y volviendo al claro.

Vio como su familia se había reunido para despedirse y regresar a casa a prepararse para los eventos de esa noche.

Por lo que decidió reunirse con ellos, si no se equivocaba esa noche acudirían al teatro, tal vez una buena obra la distraería.

Vio como su madre la miró sorprendida de verla, pero por una vez no dijo nada, ninguno de ellos lo hizo, por lo que pudo caminar en paz a su lado, oyendo sus chismorreos.

Capítulo 21

Tal y como había supuesto esa noche iban al teatro, el trayecto era más largo de lo normal, pero Penny apenas lo notó perdida en sus pensamientos.

Ni siquiera sabía la obra que iban a ver, ni la importaba, sería una noche perdida para ella, estando allí encerrada en el palco, no podría buscar posibles esposos.

No pensaba darse por vencida, pero esa noche con solo disfrutar de la representación de la obra la bastaba.

Mañana al despertar volvería a ponerse en pie y continuaría.

Evelyn y sus padres se quedaron en el vestíbulo, mientras Calvin la guio hasta el palco, que la familia alquilaba todos los años para la Temporada, y se quedó en el pasillo conversando con algunos amigos.

Penny entró y se acomodó en la segunda fila, sospechaba que ninguna de las tres sillas dispuestas delante sería para ella.

Esas sillas estaban colocadas estratégicamente para lucirse ante el resto de asistentes a la función, no para disfrutar de la representación.

Penny les observó, semioculta en la mala iluminación del palco.

Poco a poco el teatro se fue llenando, todo el que era considerado alguien en esa ciudad disponía de un palco, aunque solo lo usara la noche del estreno, mientras que los comerciantes adinerados sin ningún vínculo con la nobleza se acomodaban como podían en el patio de butacas.

A Penny la hubiera gustado estar ahí, perdida entre la marea de desconocidos que lo abarrotaban, disfrutando de la libertad de no ser nadie por primera vez desde que llegó a Londres, pensó con añoranza en su casa, en Melbtown y en como había cambiado su vida desde que salió de allí.

La llegada de sus padres la sacó bruscamente de sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien, Penny? —la preguntó su padre al ver su sobresalto.

—Lo que nos faltaba que se pusiera enferma esta noche —exclamó su madre indignada.

—Estoy bien, padre —le respondió al ver como la miraba fijamente, esperando una respuesta.

—Eso espero, porque ninguna familia al completo se marcha del teatro antes de que acabe la función el día del estreno —intervino Calvin entrando tras ellos y ocupando su lugar.

—Sería todo un escándalo.

—Tampoco sería para tanto, madre —la reprochó Evelyn, preocupada por su hermana.

No sabía que había ocurrido esa tarde en el claro, ni que estaba haciendo allí, pero podía sentir su desazón y abatimiento desde que se les unió.

Incluso Calvin parecía haberlo notado, ya que no dijo nada al respecto y se comportó como un caballero con ella por primera vez.

A su hermano parecía habersele olvidado que fue ella quien lo crio, que era ella a quien acudía en busca de consuelo, a quien le pedía ayuda cuando estaba enfermo y era ella quien se sentaba en la cabecera de su cama cada noche para cuidarlo.

Miró a Calvin con toda la ira y rencor que sentía en su interior, vio como se replegaba en su asiento, puede que en el fondo no fuera tan desalmado como aparentaba ser.

Hasta era posible que aún hubiera esperanza para él, pensó Evelyn, sintiendo su enfado

convertirse en pena, por aquel niño con corazón, por el hermano al que hubiera podido respetar y querer.

—Estoy bien, de verdad, deseando ver la obra —repitió sorprendida por su interés.

—Eso espero —exclamó su madre sin ni siquiera volverse a mirarla.

Su padre al final se volvió y ocupó su lugar delante de ella.

—Si no fuera así, espero que nos lo digas.

Penny se quedó mirando su espalda confundida.

Desde cuando le importaba a nadie como se sentía, se preguntó, eso no tenía sentido, se preguntó, después de todo lo que habían hecho desde que llegó, un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

El sonido del timbre la recordó donde estaba, sacudió la cabeza y se centró en el escenario, dispuesta a no pensar en sus problemas, al menos durante un rato.

Ashford llegó al teatro, como era su costumbre, quince minutos antes de que comenzara la función, rodeado de su familia.

Cedió su asiento a Lady Amanda e hizo que colocaran otra silla para la Marquesa de Lexington a su lado.

Mientras que él se sentó en la parte trasera tras ellas.

Desde su posición podía observar el palco de los Melbourn sin llamar la atención.

Tal y como esperaba, Lady Pennélope, se encontraba semioculta en la parte de atrás, mientras sus padres y Lady Evelyn captaban la atención de los asistentes.

Parecía estar repuesta de su desilusión con el Barón Horden en el claro, aunque parecía haberse conformado con su suerte, estaba seguro de que pronto volvería a intentarlo, pobre del caballero que en esta ocasión fuera el elegido.

Pensó recordando todas las cosas que había tenido que soportar por esa joven, se acarició distraído la muñeca aún sensible por los arañazos de cierto felino.

Y lo que soportaba cada día, se recordó.

Su atención se desviaba continuamente del escenario, donde una nueva adaptación de “El rey Lear” se representaba a la dama en cuestión, parecía estar sumergida completamente en la obra de Shakespeare, como si nunca hubiera disfrutado de su puesta en escena.

Algo más que probable dado que era la primera vez que viajaba a Londres durante la Temporada.

No como él que volvió la mirada, hastiado al escenario, fácilmente habría visto la obra más de una docena de veces desde que tenía uso de razón y no era de sus preferidas del autor.

Pero toda la sociedad asistía una vez en masa al teatro durante la Temporada, normalmente evitaba ese día y planificaba otras actividades para la velada, pero ese año con la presentación de Nataly no había tenido forma de escabullirse.

El sonido del timbre anunciando el final del primer acto le sacó de sus cavilaciones.

—Voy a estirar las piernas —anunció Anthony que había heredado su amor por el teatro de su hermano.

—Yo debo hablar con Lord Radson —dijo Chapman saliendo tras él del palco.

La Duquesa Viuda sonrió para sí al escucharlos, ninguno de ellos estaría allí si Ashford no los hubiera obligado, ni siquiera él.

—Te encuentras bien, querido —le preguntó preocupada al ver que no salía en estampida tras ellos.

—Por supuesto, madre, prefiero vuestra compañía a la de esos patanes —la respondió

tratando de darle un toque de humor a su respuesta.

—Claro —murmuró Nataly consciente de los gustos de su hermano.

—Hermanita, aunque no lo creas, eras la mejor compañía que un caballero puede encontrar por estos lares —la dijo con una sonrisa burlona solo para ella.

—Pues yo me alegro de que se haya quedado —intervino Amanda volviéndose hacia él coqueta.

Ashford captó el doble sentido de sus palabras, pero no hizo nada para corresponderlo.

—Habéis sido muy amable al invitarnos a vuestro palco, excelencia —le agradeció la Marquesa de Lexington al notar su frialdad hacia la provocación de su hija.

Ashford inclinó la cabeza con deferencia, pero se mantuvo en silencio, tras lo cual las damas volvieron a conversar entre ellas, con lo que pudo volver a centrar su atención en los Melbourn sin que le molestaran.

Parecía que Lady Evelyn estaba molesta por algo.

—Podemos ir a visitar a Nataly, madre.

—No —la respondió su padre antes de levantarse y salir del palco.

—En el primer acto recibiremos la visita de vuestros pretendientes —informó su madre.

—Ahh

—Penny, ve a buscar a un lacayo para que nos traiga champán con el que agasajar a nuestros invitados.

—Sí, madre.

Penny se puso de pie y fue a cumplir con lo que la habían encomendado, no tardó mucho en encontrar un lacayo, por lo que decidió dar un paseo antes de regresar.

Ashford vio que salía y no pudo resistirse en ir tras ella, conociéndola como la conocía, lo más seguro es que se perdiera por los laberínticos pasillos y acabara entrando en el palco que no debiera.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo solo de imaginárselo.

Ocurrían muchas cosas que una joven dama soltera no debería ver tras las cortinas corridas, al amparo de la semioscuridad de los palcos.

Y Lady Pennélope tenía el don de encontrarlas, se dijo sin un ápice de duda en ello.

Por lo que tomó la escalera de su izquierda y subió a los pisos superiores, los que menos ocupaba la nobleza oficialmente y los cuales se utilizaban más para esos fines.

Encuentros amorosos clandestinos entre damas o cortesanas que asisten a la función en busca de nuevos benefactores.

Tal y como esperaba, la encontró al final del pasillo, junto a la ventana, del penúltimo piso.

Ashford echó a andar por el pasillo en su dirección.

—Webs —le saludó al verle salir a medio vestir, por una de las puertas.

—Ashford —le respondió sin detenerse.

Le oyó alcanzar las escaleras y respiró aliviado, parecía que estaba tan absorta en sus pensamientos que no se había dado cuenta de su presencia ni de la de Webs.

—No deberías estar aquí —la dijo llegando a su lado.

Penny se volvió sorprendida al escucharle, no se había percatado de que tenía compañía, tampoco es que la resultara extraño, con todos esos sonidos incoherentes que se escuchaban tras las puertas, era difícil oír que alguien se acercaba.

—No veo por qué no, sigo estando en el teatro.

—Pero este no es lugar para una inocente dama como tú —la dijo enigmático—. Alguien

podría pensar lo que no es.

—No sé a qué te refieres.

Ashford sonrió ante su inocencia.

—Digamos que no todos los que acuden al teatro vienen a ver la función.

Penny le miro aún más confundida que antes, a qué demonios acudía uno allí si no era para ver la obra, se preguntó.

—Puedes explicarte, por favor.

Ashford se decidió a hacerlo, recordando que ya no era tan inocente y había probado el placer entre sus brazos.

Su líbido se despertó con solo recordar su pasión descarnada aquella noche, cuando suplicaba para que profundizara sus caricias.

Ella entendería lo que ocurría tras esas puertas si se lo dijera, no se escandalizaría por ello.

El sonido de una nueva puerta al abrirse evitó que lo hiciera.

—No podremos vernos en unos días —oyó la voz de su padre a través de la puerta entreabierta —ya sabes que debo casar bien a mi hija para poder mantenerte.

Penny se quedó rígida al reconocer su voz, a qué demonios se refería, qué hacía allí, con quién hablaba, se preguntó asombrada.

Intentó ver a través de Ashford y se puso de puntillas para mirar por encima de su hombro.

Ashford se movió deprisa y le tapó la visión del pasillo con su cuerpo, pero eso no sería suficiente para ocultarla de Melbourn cuando saliera al pasillo.

Miro a su alrededor, no había mucho donde elegir.

La empujó con fuerza hacia el rincón y la besó para evitar que hablara, mientras la semiocultaba tras la cortina, esperaba que fuera suficiente.

Melbourn salió al pasillo y miró en su dirección.

—Deberías buscar un lugar más privado, Ashford —dijo antes de continuar su camino para reunirse con su familia.

Ashford estaba demasiado ocupado saboreando el placer que le producía su beso.

Besar de nuevo a Penny era algo que no esperaba tal y como estaban las cosas entre ellos en esos momentos.

Estaba a punto de concentrarse en el beso cuando oyó el chasquido de una cerradura al abrirse.

Maldita sea su suerte, eso había sonado demasiado cerca, sin pensarlo dos veces abrió la puerta más cercana y empujó a Penny al interior, gracias a Dios estaba vacía, respiró aliviado al no oír ningún grito procedente de su interior.

—Querido, de verdad te ha gustado mi regalo.

Ashford distinguió la voz melosa de Lady Webs.

—Por supuesto, querida, es un reloj precioso que guardaré siempre con cariño —la respondió Lord Graham desde el pasillo.

—Ya te escribiré para decirte donde podemos encontrarnos de nuevo.

—Esperaré ansioso vuestras noticias.

Tras lo cual oyeron como se cerraba la puerta y los pasos que se alejaban.

Ashford retiró la mano de su boca, donde había permanecido, impidiéndola que hablara y los delatara.

Penny se giró de espalda y se internó aún más en la semioscuridad del palco, estaba confundida, qué demonios estaba pasando en aquel teatro, porque si no estaba equivocada se encontraban en un teatro.

Se volvió hacia Ashford esperando que la aclarara sus dudas.

—Sí, estamos en el teatro, puedes verlo tú misma.

Se acercó a las cortinas y las separó apenas un centímetro para que lo comprobara, pero no la dejó acercarse demasiado.

Porque, aunque todos sabían lo que ocurría tras esas cortinas en los palcos superiores, también deseaban saber quienes se encontraban en ellos, por lo que eran vigilados estrechamente durante toda la representación.

Nadie quería perderse ni el más mínimo detalle del escándalo que ocultaban, si llegaba a saberse.

Penny dio un paso atrás y se dejó caer en el destartado diván, desanimada, no entendía nada de lo que estaba pasando o más bien no quería entenderlo, miró a Ashford desesperada, todo aquello era horrible.

No podía estar pasando lo que imaginaba que pasaba.

Ashford caminó hacia ella y se sentó a su lado.

—Pregunta y te prometo que intentaré responderte si está en mi mano —la ofreció al verla tan confusa y derrotada, allí sentada.

Penny se apretó las manos encima de su falda para darse ánimos y bajó la cabeza, todo era demasiado vergonzoso como para mirarlo a los ojos.

—Mi padre tiene una amante a la que no puede mantener si no vende a sus hijas al mejor postor.

—Eso parece.

—Tiene sentido —le confirmó pensativa—. La finca es próspera y reporta buenos beneficios cada trimestre, pero mi familia insiste en que estamos atravesando un bache económico que se solucionara con nuestros matrimonios.

—Hay familias que viven por encima de sus posibilidades —la explicó Ashford.

—Pero este no es el caso —dijo llena de rabia—. Mi padre no tiene el menor escrúpulo en vender a sus propias hijas para saciar sus bajos instintos con una cortesana.

Penny pensó que se desmayaría al comprenderlo, las piernas la temblaban y sentía el amargor de la bilis en su garganta.

—Maldito hijo de Satanás.

Ashford permaneció en silencio, permitiendo que batallara ella sola con ello antes de decir.

—No es extraño entre nuestros pares, que muchos caballeros, solteros o casados, mantengan a sus amantes.

—A cambio del bienestar de sus hijas —le preguntó desconsolada.

—No, muy pocos llegan tan lejos.

—Menos mal, estaba perdiendo la fe de que quedara alguien decente en este mundo de locos.

—No todos tenemos los mismos valores ni actuamos igual ante nuestras responsabilidades —la explicó, un poco dolido por su comentario, ya debería saber que él no actuaría así por ningún motivo.

—¿Y crees que mi madre lo sabe?

—Probablemente, incluso que lo apruebe.

Penny se volvió hacia él escandalizada, se había vuelto loco, como podía una mujer aprobar que su marido tuviera una amante a sus espaldas.

Eso era del todo imposible, seguro que Ashford estaba confundido.

—Muchas mujeres casadas también tienen amantes —la dijo al ver que no le creía.

Penny se volvió hacia él escéptica, eso sí, que era del todo descabellado.

—Solo que ellas no los mantienen, sino que les ofrecen regalos caros por sus servicios —la explicó.

Penny abrió la boca sorprendida al comprender a qué se refería, pero volvió a cerrarla.

No sabía muy bien que decir.

Ashford vio que volvía a recorrer el palco a grandes zancadas y la dejó hacer.

Sonó el timbre que anunciaba el final del descanso y que la función estaba a punto de reanudarse, pero ambos lo ignoraron.

Capítulo 22

—Calvin —murmuró asombrada—. Pero no lo entiendo, se supone que las damas de alta cuna, no deben sentir placer en el lecho conyugal y lo único que debemos desear es que nuestros esposos dejen de visitarnos.

—Menuda estupidez —exclamó asombrado al oírla—. ¿De dónde has sacado eso?

—De la sala de descanso de las damas, de donde si no.

—Pues no es cierto, las mujeres pueden sentir tanto placer como el hombre en el lecho y tienen las mismas, necesidades físicas, que los caballeros —la aclaró.

Penny le miró no muy convencida de ello.

—Si la mujer no siente placer en el lecho, es culpa de su compañero, que es demasiado egoísta como para tomarse su tiempo en proporcionárselo.

—No lo entiendo —dijo aún más confundida que antes.

Ashford se pasó la mano por el pelo desesperado, ¿cómo se la hacía comprender algo así a una joven inocente sin mostrárselo?

—¿Te gustó lo que paso entre nosotros la otra noche en mi alcoba? —la preguntó de repente.

—Sí, claro —respondió sin llegar a comprender que relación tenía eso con lo que estaban hablando—. Pero eso, aunque fue muy placentero, no me induce a buscar otro caballero para que me lo proporcione de nuevo.

—Gracias a Dios —exclamó entre aliviado y molesto ante la posibilidad de que otro caballero la proporcionara semejante placer.

—Tiene que haber algo más —dijo convencida de ello.

—Por supuesto que hay mucho más —la respondió airado, incapaz de contenerse, por quien le había tomado.

—Muéstramelo —le pidió impulsivamente.

—¿Qué?

—Por favor, quiero poder entenderlo —le rogó, sin saber muy bien que le estaba pidiendo—. Si alguien puede hacerlo, ese eres tú.

Ashford la miraba, debatiéndose entre claudicar ante su petición o mantenerse firme.

El regalo de su inocencia debería entregarse en un pulcro lecho al esposo en su noche de bodas, no sobre un ajado diván, en un sucio palco del teatro, a cualquier caballero.

Pero él no era cualquier caballero, se recordó despertando su pasión por ella, además sería algo más que los uniría llegado el momento.

Por el amor de Dios, no pensaba tomarla allí, ella se merecía mucho más que eso.

La miró allí sentada, tan desolada y no pudo evitar tirar de ella hacia su pecho para abrazarla, la llevaría al clímax, como la vez anterior, no llegaría más lejos, se prometió a sí mismo, levantándole la barbilla con delicadeza y apoderándose de sus labios.

Penny sintió el revoloteo de las alas de las mariposas en su estómago y suspiró dándole la bienvenida a la excitación que la provocaba.

Su cuerpo reaccionó con total naturalidad a su contacto, sentía los pechos hinchados y la humedad entre sus piernas que ya la era conocida.

Ashford aprovechó para introducir su lengua en su boca y reclamar que se uniera a él en ese

baile dantesco.

Penny no se lo pensó e imitó cada uno de sus movimientos en esa batalla de voluntades que ambos estaban teniendo, haciendo que gimiera de placer por su osadía.

La otra noche había permanecido pasiva ante sus caricias, pero hoy no sería así.

Ella también deseaba tocar su piel y acariciar cada rincón de su cuerpo.

Los dedos la hormigueaban de anticipación por notar el tacto de su piel entre ellos.

Metió torpemente las manos por debajo de su apretada chaqueta hasta la cinturilla de sus pantalones, apresó la camisa entre sus puños y tiró de ella.

—Espera, fierecilla, espera —la dijo con la voz ronca por la pasión, esa mujer lo estaba volviendo loco.

—Tienes demasiada ropa —protestó al darse cuenta de ello.

Ashford se separó unos centímetros de ella para desabrochársela antes de quitársela y tirarla al suelo, su chaleco corrió la misma suerte en cuestión de segundos.

Liberó la camisa de sus pantalones y volvió a recostarse sobre ella, asaltando su boca con verdadero deleite.

Penny no perdió la oportunidad e introdujo sus manos bajo la fina seda para acariciar su espalda.

Ashford gimió de placer al sentir su cálido tacto sin dejar de besarla.

Su mano se cerró sobre su turgente pecho y comenzó a acariciarlo sobre la tela de su vestido, necesitaba más, tenía que sentirlos.

Abandonó su boca y se incorporó para poder liberarlos de la prisión de su vestido y contemplarlos.

—Eres hermosa —la dijo acariciándola con la mirada cargada de deseo.

Se inclinó y tomó su pezón entre los dientes, arrancándola un profundo suspiro de placer al notar su húmeda lengua, acariciarlo con su fuego.

Penny había perdido el control por completo ante su nuevo juego, recorría su espalda frenética al tiempo que todo su cuerpo temblaba y sus caderas se retorcían en busca de su abultado miembro.

Eso no se sentía para nada, como lo que había experimentado entre sus brazos unas noches antes, eso iba más allá, mucho más allá de lo que la había mostrado, esta vez estaba decidida a descubrirlo todo, se prometió así misma.

Lo tomó del pelo para separarlo de su pecho y reclamar su boca en un nuevo beso abrasador.

Ashford supo que estaba perdido en el momento en que ella pugnaba por llevar el control con él y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Ni tampoco deseaba hacerlo.

Esa noche Penny sería suya en aquel antro del teatro, sentenció abandonándose por completo.

Penny sintió cuando él se relajó y aceptó el placer dejando de luchar por controlarse, su corazón saltó de alegría y amor por ese hombre, ya no había vuelta atrás.

—No tenemos demasiado tiempo —intentó explicarle su apresuramiento—. Te prometo que la próxima vez te dejaré explorarme por completo.

Penny emitió un murmullo de protesta al notar que la retiraba las manos de su espalda e impedía que siguiera disfrutando del tacto de su piel.

Sintió como se las colocaba por encima de su cabeza y las atrapaba con una sola mano por las muñecas.

Mientras que con la otra tiraba de sus faldas y buscaba la apertura entre sus piernas, sintió que se arqueaba, oyó el crujir de la ropa al desabrocharla, había llegado el momento que tanto

ansiaba, comprendió en medio de la neblina de deseo que apenas la permitía pensar.

—Esto te va a doler —la advirtió apoyando su miembro en su abertura—. Pero te prometo que pasará y todo estará bien después de eso.

Penny se puso rígida al oírle y le miró asustada, no se esperaba algo así, cómo podía dolerle algo que ansiaba de ese modo.

—Ojalá pudiera evitarlo —la dijo apesadumbrado por el dolor que sabía que la provocaría.

—Haz lo que tengas que hacer —le dijo distinguiendo su malestar en sus ojos—. Confío en ti.

Ashford tomó una respiración profunda y empujó con fuerza en su interior, mientras tomaba su grito desaforado entre sus labios.

Se obligó a permanecer completamente quieto en su interior, mientras intentaba hacer renacer el deseo a través del beso.

Poco a poco sintió como se relajaban sus músculos alrededor de su miembro y comenzaba a mover tímidamente sus caderas, buscando algo que no entendía.

Se retiró despacio y volvió a entrar lentamente.

—¿Mejor?

—Sí, mucho mejor.

Penny no podía creerlo, tras pensar que nunca más se recuperaría de ese dolor tan intenso, ahora era como si necesitara que repitiera de nuevo ese extraño movimiento, le miró a los ojos sin saber como expresarle lo que estaba sintiendo.

—Tranquila, todo está bien.

Oyó su risa ronca al tiempo que repetía una y otra vez con más firmeza exactamente lo que deseaba que hiciera.

Poco a poco dejó de pensar y solo pudo sentir el placer que se incrementaba por todo su cuerpo al sentirse plena con cada una de sus embestidas.

El placer estalló en ella al tiempo que sentía derramarse su cálida semilla en su interior, dejándola flotando en una nube.

Por esa sensación tan especial si podía entender que algunas mujeres tuvieran la necesidad de experimentarla y tomaran amantes que las satisficieran si sus esposos no eran capaces de hacerlo.

—¿Es siempre así? —le preguntó cuando recupero de nuevo las fuerzas para hacerlo.

—Solo con la persona adecuada.

Penny vio como se retiraba y se levantaba comenzando a limpiarse y vestirse, le observó durante unos instantes antes de incorporarse y comenzar a colocarse sus propias ropas.

El timbre anunciando el final del segundo acto hizo que se sobresaltaran.

—Tenemos que darnos prisa o quedaremos de nuevo atrapados.

Penny lo miró sin comprender, vio como se acercaba a la puerta y la entreabría para asomarse al exterior.

—Por el amor de Dios, date prisa.

Penny se apresuró y fue tras él.

Recorrieron el pasillo en silencio y bajaron por las escaleras hasta donde estaba el palco de los Melbourn, a su alrededor podía oírse el despertar de los ocupantes de los palcos preparándose para salir.

—Diles que te perdiste al volver de la sala de aseo y has tenido que esperar en el vestíbulo de la primera planta hasta que un amable lacayo te ha indicado el camino.

Penny le miró no muy convencida de que fueran a creer una excusa tan tonta.

—Pasa constantemente, créeme.

—Si tú lo dices —le dijo cada vez más escéptica.

—Tengo que irme ya.

—Por supuesto, excelencia —se despidió con una ligera reverencia y reanudó su camino hacia su palco.

Ashford observó como se alejaba antes de continuar bajando hacia el vestíbulo, era hora de marcharse del teatro por esa noche, se dijo saliendo a la calle y parando un coche de alquiler, una visita rápida a su club para hacer tiempo antes de volver a casa sería lo más apropiado.

Esperaba que Chapman y Anthony no hubieran huido igual que él y acompañaran a las damas de regreso.

Últimamente, estaba dejando muchas de sus responsabilidades hacia ellas en sus manos, se regañó a sí mismo.

Penny se acercaba a la puerta cuando esta se abrió y su madre, seguida de su hermana, aparecieron en el corredor.

—Ya era hora de que aparecieras —exclamó su madre nada más verla—. Se puede saber donde has estado.

—Me perdí al volver del aseo de señoras, madre.

—Uf, normal, uno no viene al teatro para ir al aseo, deberías haber aguantado —la regañó su madre.

—Vamos a visitar a Nataly a su palco, nos acompañas —la informó Evelyn invitándola a unirse a ellas.

—Por supuesto que no —exclamó su madre escandalizada, solo de pensar en cargar con ella—. Nos esperará aquí y esta vez no salgas a vagabundear por ningún lado —la advirtió.

—Sí, madre.

—No te preocupes, nadie te molestará, Calvin y padre hace rato que se marcharon. No tardaremos —la prometió Evelyn, preocupada ante la excusa tan pobre que las había dado para justificar su ausencia.

—Evelyn, vienes de una vez —bufó su madre desde las escaleras.

Evelyn recogió sus faldas y fue tras ella.

Penny se giró para verlas marchar antes de entrar al palco y acomodarse lo más atrás posible, lejos de las miradas indiscretas.

Que no tuviera que enfrentarse cara a cara con su padre o su hermano en esos momentos había supuesto un gran alivio para ella.

Necesitaba algo de tiempo para asimilar todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo, pero sobre todo lo que había descubierto sobre ellos.

No sabía si alguna vez podría volver a mirarlos a la cara después de esto.

Podría llegar a perdonar a Calvin, incluso entenderlo, pensando fríamente él no había hecho nada malo, salvo obtener su placer de una mujer casada y aceptar sus regalos.

Eso no era de ser muy caballeroso, que digamos, por mucho que Ashford hubiera tratado de justificar su conducta.

Si era capaz de tomar a una mujer que no era suya, de que más sería, se preguntó no queriendo saber la respuesta.

Aunque ella tampoco es que fuera una dama ultrajada y mucho menos una dama, dejándose poseer por otro hombre estando en vida su marido y encima pagándoles por ello.

Porque ese regalo era el pago por los servicios recibidos, no era tan inocente como para no verlo.

Por lo que su hermano no era más que una cortesana para las damas.

Sintió las náuseas cerrarle la garganta y trató de controlarlas, no podía vomitar allí, su madre

pondría el grito en el cielo cuando regresara y descubriera el olor nauseabundo.

Tomó una respiración profunda tratando de calmarse.

Ya estaba más serena, se dijo, recostándose en el respaldo de la silla, cerró los ojos y entonces pudo oír la voz de su padre de nuevo.

Prometiéndole a aquella mujer que regresaría a sus brazos con el dinero de la venta de sus propias hijas.

Las lágrimas pugnaban por salir, pero Penny se las secó de un manotazo. Negándoles la libertad que reclamaban.

Un discreto golpe en la puerta la devolvió al presente y al sitio donde se encontraba.

Había sido una temeridad dar rienda suelta allí a sus sentimientos, cualquiera hubiera podido entrar y ver el estado en que se encontraba.

Los golpes volvieron a repetirse más insistentes.

—Pase —logró decir recomponiéndose lo mejor que pudo.

No la apetecía ver a nadie en ese momento, necesitaba unos minutos más en soledad antes de eso.

La puerta se abrió y la señorita Tenton acompañada del Barón Horden, seguidos de un lacayo que transportaba unas copas de champán, entraron al interior.

—Oh, Lady Pennélope, qué alegría encontrarla —exclamó la señorita Tenton.

—Y sola, lo cual es un gran alivio —comentó Horden—. No me malinterprete, por favor, no tengo nada en contra de la Vizcondesa y Lady Evelyn, por supuesto.

—Salvo que es demasiado bonita para usted.

Sintió más que vio la incomodidad de Lord Horden por su comentario.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar, por favor, discúlpeme.

—No parece que esté teniendo una buena noche —comentó la señorita Tenton tomando asiento frente a ella.

—La verdad es que no.

—Entonces, hemos hecho bien en venir —dijo Horden colocándose junto a ella.

—Queremos darla las gracias por su intervención esta tarde e invitarla mañana a nuestra boda.

Penny parpadeó asombrada ante la rapidez en que habían resuelto sus problemas y planeado su boda al mismo tiempo.

Esa noche las sorpresas no dejaban de sucederse.

—Y todo gracias a usted —añadió Horden sonriendo con cariño a su futura esposa—. Si usted no lo hubiera sugerido, seguiría dándola un gran cortejo hasta final de la Temporada.

—Lo cual hubiera sido una espantosa pérdida de tiempo —le regañó con cariño posando su mano sobre su hombro.

—Pues enhorabuena a los dos —consiguió decir Penny con lágrimas en los ojos al ser testigo del cariño que se profesaban.

—Por favor, diga que vendrá.

—¿A dónde? —les preguntó desorientada.

—A la boda, nos sentiríamos muy honrados si decidiera asistir —la recordó Horden el motivo de su visita.

—Ah.

—Será mañana en la parroquia de Hatfield a las cinco y daremos una pequeña cena en la posada del Jabalí Azul para celebrarlo.

Penny se tensó al oír el nombre de la posada, El Jabalí Azul, donde todo había comenzado,

hacía tanto tiempo.

Donde sus sueños se habían acabado y comenzado su pesadilla.

Pensó en Ashford, allí de pie sobre ella, mientras se perdía en sus ojos, tirada en el suelo.

Y sintió como su corazón se rompía un poco más al enamorarse de nuevo.

—Por favor, Lady Pennélope, acompáñenos —la rogó la señorita Tenton.

—Está bien, iré.

—Perfecto, brindemos.

Horden le pidió al lacayo que se acercara y repartió las copas.

—Porque todo salga como esperamos —dijo entrechocando los cristales.

Se quedaron unos minutos más conversando antes de marcharse y encontrarse sola de nuevo.

—Esos eran Lord Horden y la señorita Tenton —preguntó su madre entrando de nuevo en el palco.

—Sí, madre.

—¿Y qué querían? —la preguntó Evelyn, curiosa.

—Saludar.

El timbre anunciando el comienzo del último acto evito que siguieran preguntando sobre tan extraña visita.

Las tres se volvieron hacia el escenario, dispuestas a disfrutar del final de la obra.

Capítulo 23

Penny bajó antes a desayunar, a pesar de no haber dormido en toda la noche, con la esperanza de no coincidir con su familia.

No era el mejor momento para estar con ellos.

—Buenos días, Penny, iba a mandar a buscarte —la saludo su padre desde su sitio habitual presidiendo la mesa.

—Buenos días, padre —fue lo único que pudo decir sintiendo un nudo en el estómago al verle.

Entre todos ellos tenía que ser su padre el único levantado a esas horas.

Agachó la cabeza y caminó hacia su asiento, era incapaz de mirarlo a la cara, por miedo a que viera el desprecio que le profesaba.

Se sentía incapaz de fingir por más tiempo, después de lo de anoche, no.

—Hoy va a ser un gran día para ti, Penny, vas a conseguir lo que toda jovencita ansía —dijo enigmático observando de cerca su reacción.

Penny se clavó las uñas en las palmas de las manos con fuerza, el dolor la ayudaría a mantenerse impávida ante él.

—¿Y eso, padre? —le preguntó llena de temor.

—Acabo de recibir una misiva del señor Harper, diciendo que regresara esta misma tarde en compañía de sus padres, quien ha insistido en celebrar el mismo la boda de su hijo —la explicó el porqué de la presencia de sus progenitores tan inusual en una boda rápida como aquella.

—Por fin, ha dado muestras de vida ese patán y podremos quedar libres del escándalo —exclamó su madre entrando en el comedor.

—Has sabido manejarlo muy bien, querida, estoy orgulloso de ti.

—Aun así, cuanto antes se case con Penny y la saque de nuestra familia mejor —aseveró convencida—. Evelyn no puede tener relación alguna con ella, si deseamos conseguir nuestros fines.

—Tranquila, querida, esta misma tarde a las cinco se oficiará la ceremonia con total privacidad en la sala de visitas —la informó—. Tras la cual partirá con ellos esta misma noche.

—¿Quién se marcha esta noche? —preguntó Evelyn, curiosa.

—Yo, padre ha arreglado mi boda para esta tarde con el señor Harper, a la hora del té.

Evelyn se quedó pálida como una sabana y tuvo que sujetarse al respaldo de su silla para no caerse al oírla.

—Deberías alegrarte, querida —la dijo su madre tomando un poco de té—. Así podremos disfrutar del resto de la Temporada sin su presencia.

Penny se concentró en mirar fijamente a su hermana a los ojos, tratando de calmarla, temía lo que pudiera hacer o decir su impulsiva hermana y que luego fuera castigada, como habían hecho con ella, casándola con cualquiera.

—Entonces será mejor que vaya a recoger mis cosas y prepararme para tan dichosa ocasión —anunció a toda prisa sin ni siquiera llegar a tocar el desayuno.

No se sentía capaz de mantener un segundo más la compostura con tan vil compañía.

—Penny, Penny —gritó su hermana saliendo tras ella.

—Vuelve ahí dentro enseguida —la ordenó volviéndose hacia ella en el vestíbulo—. ¿O es que quieres correr la misma suerte que yo? —la preguntó desesperada por hacerla entrar en razón—. Tú aún tienes una oportunidad de encontrar a alguien mejor, tienes que aprovecharla.

—Pero ...

—Sin peros, prométeme que lo harás, prométemelo, Evelyn —la apremió, desolada por el futuro de su hermana.

—Te lo prometo.

Penny se acercó a ella y la abrazó, depositando un suave beso en su mejilla, con lágrimas en los ojos.

—Ve a desayunar —la pidió antes de alcanzar las escaleras para subir a su habitación.

Penny entró en su cuarto y cerró la puerta con llave para que nadie pudiera molestarla, ahora no.

Caminó hacia la cama y se dejó caer derrotada, llorando a mares.

Ellos habían ganado, esa misma tarde se convertiría en la esposa del señor Harper, el cual sería su dueño y señor el resto de su vida y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Las lágrimas se intensificaron aún más al comprenderlo, pero no hizo nada por detenerlas, abandonándose totalmente al efímero consuelo del llanto.

Su vida se había terminado, bajo el cruel yugo de tan vil caballero, fue lo último que consiguió pensar antes de que unos discretos golpes en la puerta la hicieran reaccionar.

Esperaba que no fuera Evelyn de nuevo, no tenía fuerzas para ocultarla sus sentimientos con el fin de no perjudicarla aún más con ellos.

—Lady Pennélope, soy la señora Denson —dijo la voz al otro lado—. Tiene que comer algo, el mundo se ve mejor con el estómago lleno —la aconsejó preocupada—. La dejo la bandeja aquí, por favor, tome algo, aunque solo sea un té, la hará sentir mejor.

Oyó como dejaba la bandeja en el suelo y sus pasos alejándose por el corredor, pero no se movió, siguió mirando el dosel de su cama sin verlo en realidad.

Ashford se levantó temprano esa mañana para atender algunos asuntos urgentes que llevaban demasiado tiempo olvidados sobre la mesa de su estudio, con la intención de dejarlos solucionados antes de salir a almorzar al Club.

Después de lo ocurrido la noche anterior en el teatro, era imprescindible que arreglase sus asuntos con el Marqués de Lexington cuanto antes.

Pidió que le llevaran el desayuno al estudio y se concentró en el trabajo, había mucho por hacer.

Levanto la cabeza y vio como Orange se tumbaba plácidamente sobre la alfombra al calor del fuego.

Para ese gato, él era su enemigo, pero al mismo tiempo no se separaba de él, cuando estaba en casa, le seguía a todas partes. Poco a poco, hasta le había tomado aprecio al bribón, pensó sonriéndole con cariño.

Sacudió la cabeza y volvió a centrarse en los papeles, si no se concentraba no terminaría nunca, se regañó así mismo.

Cuatro horas después pudo cerrar la última carta en respuesta a sus administradores.

Se estiró los músculos entumecidos por llevar allí encerrado tantas horas, antes de levantarse y regresar a su cuarto.

Era hora de cambiarse, se dijo, con un poco de suerte esta misma tarde podría dejar todo resuelto.

Bajó de nuevo y pidió su caballo.

En esta ocasión ni Chapman ni Anthony habían decidido pasar por allí, por lo que disfrutó de su almuerzo en solitario, leyendo el periódico.

Se uniría más tarde a alguna tertulia con el fin de hacer algo de tiempo antes de acudir a visitar a Lord Lexington.

Era casi la hora del almuerzo cuando Penny recuperó un poco el control y pudo volver a pensar con claridad.

Tenía que encontrar una salida, no podía casarse con el señor Harper de ningún modo.

Cuando el párroco la preguntara, diría que no y ya afrontaría de algún modo las consecuencias que conllevaría su desobediencia, se dijo llena de determinación y valentía.

Se levantó de la cama decidida, de momento empacaría sus cosas tal y como la habían ordenado, no deseaba hacerlos enfadar antes de tiempo.

Se dirigió al armario y lo abrió de par en par, no es que tuviera mucho que empacar.

Tomó sus nuevos vestidos de muselina y los depositó sobre la cama con cuidado, la había costado mucho y gran parte de sus ahorros conseguirlos, no pensaba dejarlos allí.

Abrió la puerta de la habitación con la intención de subir al desván a por un pequeño baúl donde guardarlos y lo encontró en el pasillo, alguien había supuesto que podía necesitarlo.

Lo arrastró dentro dándole las gracias en silencio.

En poco más de una hora ya lo había empacado todo y había preparado una bolsa de mano para esa noche, no contaba con que su equipaje estuviera a su disposición si salían después de que la ceremonia se celebrara.

Tendrían que dormir en una posada de camino a Melbtown, si es que era allí a donde se dirigían.

De repente se quedó parada en medio de la habitación al recordar que había prometido asistir a la boda del Barón Horden y la señorita Tenton esa misma tarde.

Tendría que escribirles una nota disculpándose con ellos, pensó yendo hasta el escritorio.

Unos golpes suaves en la puerta la detuvieron.

—Lady Pennélope, me envía el señor para decirle que el almuerzo está servido y la esperan en el comedor.

—Gracias, señora Denson, bajaré enseguida —la respondió sin llegar a abrir la puerta.

La escribiría cuando regresara, aún tendría tiempo de ello antes de prepararse para la boda, pensó bajando por las escaleras al piso inferior.

Cruzó el umbral en silencio y fue a ocupar su lugar en la mesa, con la cabeza baja, evitando mirar a nadie.

—Espero que hayas hecho lo que te pedí.

—Sí, padre, mi baúl ya está preparado.

—Gasly, mande a alguien a buscarlo y que lo bajen al vestíbulo —le ordenó su padre al mayordomo que permanecía estoico en su posición junto a la puerta.

—Sí, señor, ahora mismo.

—Solo el baúl, por favor, aún necesitaré mi bolsa de mano más tarde.

—Por supuesto, milady.

Penny volvió a centrar su atención en la sopa de pescado, la verdad es que estaba hambrienta, no había probado bocado desde la cena de la noche anterior, antes de ir al teatro.

Sintió la mirada enfadada de Evelyn sobre ella, pero decidió ignorarla.

Su hermana era la única capaz de adivinar en sus ojos que no se había conformado con su

suerte y eso solo debía ocurrir delante de los Harper.

Esperaba que el padre Harper y su esposa respetaran su decisión de negarse a casarse y la apoyaran a pesar de que a quien rechazaba era su hijo.

Los conocía desde niña y siempre la habían parecido personas decentes y justas.

Apartó su plato con la sopa terminada y continuó con el bistec con patatas hervidas y verduras que la habían servido, necesitaba reponer fuerzas para enfrentar lo que la esperaba.

—Es hora de retirarnos a descansar antes de prepararnos para la ceremonia —anunció su madre poniéndose en pie.

Evelyn y Penny la imitaron en silencio. Mientras su padre y Calvin permanecieron sentados dispuestos a disfrutar de un cigarro y una senda copa de brandy sin la presencia de las damas.

—Evelyn, ve a tu cuarto y no te muevas de allí hasta que se te llame —la ordenó su madre autoritaria.

—Me gustaría acompañar a Penny durante un rato —protestó enfadada.

—Ya me has oído.

—Ve —la susurró Penny, no deseando que se metiera en ningún lío por su culpa—. Estaré bien.

Evelyn la miró sabiendo que no era cierto, que necesitaba su compañía en esos momentos, Penny no la abandonaría nunca de estar en su lugar.

Pero también entendía su preocupación por su bienestar si desobedecía a su madre y no deseaba causarla más inquietud de la que ya tenía, por lo que decidió ir a su cuarto, a pesar de que la dolía en el alma dejarla sola en esos momentos.

Penny arrastró los pies hasta su habitación, sabiendo que no sería capaz de mantenerse firme ante ellos en su negativa a tomar por esposo al señor Harper, no era tan valiente como para eso.

Se sentó en el filo de la cama abatida, qué podía hacer, se preguntó recorriendo la habitación que la habían asignado en aquella horrible casa, pero que nunca sintió como suya.

Sus ojos se posaron en el escritorio y recordó que debía enviar una nota a la posada del jabalí Azul con una disculpa.

Fue hacia allí y se sentó, decidida, pero acabo escribiendo algo muy diferente y para una persona totalmente distinta.

Capítulo 24

Ashford regresó a casa pasadas las cinco de la tarde, cansado y frustrado a partes iguales.

No había servido de nada todo el esfuerzo por rematar sus asuntos con el marqués de Lexington y así poder anunciar su compromiso durante el baile de esta noche.

Estaba harto de seguir esperando.

Ni siquiera estaría allí, a pesar de ser el anfitrión, un problema en su finca de última hora había retrasado su vuelta y tal y como había podido comprobar, la Marquesa estaba de los nervios por el contratiempo.

Arrastró los pies hasta sus aposentos, necesitaba un baño y ropa limpia para la cena privada a la que asistiría con el resto de la familia en Lexington Hall.

Tendría que darse prisa si no quería hacerlos esperar.

Lo primero que notó al abrir la puerta es que Orange no salió a recibirle con uno de sus gruñidos por haberle despertado de su placentero sueño junto al fuego.

Recorrió la habitación con la mirada, pero no encontró ni rastro del felino, habría bajado a la cocina a mendigar algo de comida. Aunque no era normal que abandonara la habitación mientras él no estaba, se dijo preocupado, no tenía tiempo para eso, sacudió la cabeza y se encaminó hacia el timbre con la intención de llamar a su ayuda de cámara para que le preparase el baño.

Se fijó en el reloj de encima de la repisa, de verdad que iba retrasado, comprendió al ver lo tarde que era.

Entonces fue cuando la vio, una nota pulcramente doblada apoyada sobre el reloj, con tan solo su nombre escrito con letra de mujer, ningún sello de lacre delataba su procedencia.

Ashford tuvo un mal presentimiento al abrirla, no le iba a gustar nada su contenido, frunció el ceño y comenzó a leerla.

“Solo pasaba por aquí a recoger a mi gato, ya no os molestará más y expresaros mi agradecimiento por haberlo cuidado todo este tiempo.

Me marchó de la ciudad, por lo que estaré en disposición de cuidarlo yo misma.

Mi padre ha dispuesto mi boda con el señor Harper para esta tarde a las cinco y mi partida tras ella, con mi esposo y su familia.

Quiero agradeceros toda la paciencia que habéis tenido conmigo, pero sobre todo las lecciones que me habéis enseñado. Nunca las olvidaré.

Sois un gran hombre, os deseo lo mejor.”

Ninguna firma acompañaba a la misiva, pero solo conocía a una dama con la osadía de entrar en su casa, llegar a sus aposentos y llevarse a su gato.

Lady Pennélope, con solo pensar su nombre, entró en el más terrible de sus miedos, eso no podía estar ocurriendo.

Volvió a mirar el reloj y maldijo para sus adentros, cruzó de nuevo la habitación a grandes zancadas.

—Que traigan mi caballo, ahora —gritó lanzándose escaleras abajo.

Tomó su abrigo y su sombrero, saliendo a la calle precipitadamente.

—¿Dónde está mi caballo? —preguntó impaciente al ver que aún no había llegado.

Chapman bajó tras él, había oído sus gritos desde su alcoba.

Observó como recorría desesperado de un lado a otro la escalinata de la entrada.

—¿Puedo ayudar?

Ashford se paró en seco al oírle.

—No, esto es algo de lo que solo yo puedo ocuparme.

—Está bien, entonces escoltaré a las damas al baile y cuidaré de ellas.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir desesperado.

Vio como un mozo doblaba la esquina con su caballo y se abalanzó sobre él.

—Por Dios bendito que llegara a tiempo —repetía una y otra vez mientras cruzaba la ciudad tan rápido como podía.

Llegó a la residencia de los Melbourn y se precipitó hacia la puerta, dispuesto a derribarla si fuera necesario, pero la encontró entreabierta, se paró en seco al oír un gran alboroto que procedía del interior. Empujó un poco más y pudo ver a la familia del Vizconde, con el señor Harper y otras dos personas que no conocía, discutiendo, pero ni rastro de Lady Pennélope.

¿Dónde estaba la novia?, se preguntó esperanzado. Tomó una respiración profunda y se concentró en lo que decían, pero incapaz de entender nada de lo que hablaban.

Vio a Lady Evelyn que se apartaba disimuladamente del grupo y se acercaba a él, despacio tratando de no llamar la atención.

Dio un paso atrás para ocultarse de la vista por si alguien más miraba hacia allí.

—Ha huido —susurró tomando el pomo de la puerta.

—Evelyn con quien demonios estás hablando —la increpó su hermano al verla, caminando hacia ella.

—Con nadie, el aire debió de abrirla y he venido a cerrarla —se justificó cerrando la puerta con un fuerte golpe—. No queremos que nadie pueda oírnos y malinterpretar la situación, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo no muy convencido de que esa fuera su intención.

Ashford se apresuró a volver con su caballo y alejarse de allí antes de que lo descubrieran, no tenía sentido permanecer por más tiempo.

Había huido, se repitió deteniéndose al final de la calle, fuera de la vista de los ocupantes de la casa, bien hecho, pequeña, la felicitó por su osadía.

Pero a donde, se preguntó poniendo el caballo al paso sin un rumbo fijo, tenía que encontrarla antes de que lo hicieran ellos, pensó antes de caer de nuevo presa del pánico que lo embargaba.

Aun así, no tenía ni idea de por donde empezar.

¿A dónde podía ir una joven dama sin recursos que acababa de llegar a la ciudad?

Tomó una respiración profunda, tratando de calmarse, tenía que pensar.

Necesitaba ponerse en su lugar o nunca la encontraría o sería demasiado tarde, lo cual era aún peor.

Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, ahí fuera, los peligros eran insospechables para una joven dama inocente como ella, que confiaba en cualquiera, porque era incapaz de ver la maldad en las personas.

Tenía demasiado buen corazón y había estado siempre muy protegida en el pueblo donde vivía, rodeada de las mismas personas que conocía de toda la vida.

Basta, se regañó a sí mismo, si continuaba así, no conseguiría ayudarla, era hora de empezar a buscar.

Lo normal es que quisiera abandonar la ciudad cuanto antes, por lo que las casas de postas sería un buen comienzo.

Giro por la primera bocacalle que encontró y se dirigió a las afueras.

Las huidas siempre se dirigían al norte, por lo que empezaría por ellas.

Dos horas después estaba completamente desesperado, había recorrido todas las casas de postas de la ciudad y no había conseguido dar con ella.

Nadie parecía haberla visto.

Y si se había equivocado y había recurrido a algún conocido en la ciudad para que la ocultara durante unos días, hasta que todo se calmara.

Pero Penny no conocía a nadie lo suficiente como para pedirle algo así, al menos que él supiera.

Salvo él.

Ojalá hubiera acudido a él en lugar de marcharse por su cuenta.

Repasó mentalmente la lista de sus conocidos, que no eran muchos.

Entonces lo recordó, maldita sea, era un estúpido de primera.

Tomó su caballo y retomó el camino, pero en esta ocasión sabía a donde debía ir.

Penny consiguió llegar a las cinco menos cuarto a la posada del Jabalí Azul, con la única compañía de su amado gato, testigo de su aventura.

La verdad es que no había sido tan difícil como esperaba.

Su baúl ya estaba abajo listo para ser cargado, por lo que solo tuvo que arrastrarlo hasta la esquina y parar un coche de alquiler.

Gracias a Dios nadie de la casa se dio cuenta de nada, todos andaban muy ocupados con los preparativos de la boda.

Por lo que pudo salir sin que la vieran.

Su primera parada fue Ashford Hall, no pensaba marcharse de la ciudad sin Orange.

Entró a través de la ventana de la biblioteca que ya conocía y subió a sus aposentos a buscarlo, Ashford era el único que se merecía una explicación de sus actos y una despedida, por lo que le dejó una nota sobre la repisa de la chimenea, apoyada en el reloj.

Tomó a Orange y volvió al carruaje que la esperaba.

Aún no había decidido a donde iría ni que iba a hacer con su vida de aquí en adelante, era incapaz de pensar, por lo que decidió asistir a la boda, tal y como había prometido la noche anterior.

Después ya vería, pensó muerta de miedo por lo que la esperaba, pero no se dejaría llevar por él, saldría de esta, de una manera u otra, saldría, estaba decidida, había tomado la mejor decisión.

Permitir que el señor Harper fuera su dueño, para hacer con ella lo que quisiera, no era una opción.

Marcharse era lo mejor que podía hacer.

Se miró por última vez en el espejo de la habitación que había alquilado para poder dejar sus cosas y a Orange, un gasto que no se podía permitir, pero necesario, antes de salir y caminar hacia la iglesia.

Parecía que todos ya habían llegado, salvo la novia.

Se colocó discretamente en uno de los bancos, solitarios, detrás de los otros invitados.

Unos minutos después, el órgano comenzó a sonar y la novia hizo su entrada.

Fue una ceremonia sencilla, pero entrañable.

Todo el mundo pudo constatar el cariño tan profundo que se profesaban, Penny les deseó lo mejor en silencio.

Tras las felicitaciones se trasladaron de nuevo a la posada.

—Me alegro mucho de que haya podido venir —dijo la señorita Tenton recién convertida en

Lady Horden—. Temimos que no pudiera asistir dado que su boda también es hoy.

Penny se paró en seco sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—Lord Graham lo comentaba el club esta mañana —dijo Lord Horden uniéndose a ellas—. Llegué a temer lo peor al oír quién era el novio.

—Ha hecho usted muy bien en dejarlo plantado ante el altar —la alabó Lady Horden—. Yo no hubiera sido capaz de algo así.

—Si necesita un sitio donde quedarse puede acompañarnos a casa, estaremos encantados de acogerla entre nosotros.

Penny sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas al oírle.

Seguía habiendo buenas personas en ese mundo de locos, ya casi había perdido la esperanza de que así fuera.

—Yo ... —dijo tentada a aceptar su invitación—. No deseo causarles ninguna molestia.

—No tiene por qué contestar ahora, piénselo —la aconsejó Lady Horden—. Saldremos por la mañana, tiene tiempo hasta entonces para decidirse.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir embargada por la emoción—. Lo pensaré.

—Bien y ahora nada de caras serías, este es un momento feliz para celebrar —dijo adelantándose y abriendo la puerta del saloncito privado que habían alquilado para la ocasión.

Penny compuso su cara lo más alegre posible y entró, dispuesta a olvidar sus problemas y divertirse un rato.

Como dos horas después regresó a su habitación y se dejó caer en el sillón junto a la chimenea, se permitió acariciar a Orange durante unos minutos, sentado en sus rodillas.

Ese simple gesto la daba la paz que necesitaba para pensar en su situación sin ponerse histérica por el pánico.

Estaba muy tentada a irse con los Horden, pero eso no sería justo para ellos, tan solo era una conocida con la que habían coincidido en algunos eventos de la Temporada. Eso no la daba derecho a obligarlos a responsabilizarse de ella.

Quizás durante un tiempo hasta que pudiera encontrar otra salida, estaría bien, pero tenía la certeza que una vez se acomodara con ellos se quedaría y eso no era lo que deseaba.

Quedarse esa noche en la posada y reanudar su huida por la mañana, sería una solución, eso la daría el tiempo que necesitaba para pensar hacia donde se dirigía.

Sonrió satisfecha dispuesta a quedarse.

Se levantó lentamente y fue a buscar su bolsa para prepararse para pasar la noche, mañana sería otro día, pensó feliz.

Justo cuando acababa de sacar todo lo que necesitaba, recordó que los Harper volverían a Melbtown esa misma noche o mañana y El Jabalí Azul era parada obligada en su camino de regreso a casa.

No podía estar ahí cuando llegaran, pensó paralizada por el miedo a que la encontraran y la obligaran a volver para casarse.

Tenía que irse de allí lo antes posible, no podía quedarse por nada.

Qué estúpida había sido al ir allí, podían haberla encontrado tan fácilmente, pensó abrumada por no haber pensado en ello.

Que voy a hacer, que voy a hacer, se preguntaba recorriendo la habitación a grandes zancadas, se fijó en la oscuridad de la noche a través de la ventana.

Estaba perdida, que podía hacer ella en mitad de la noche, se preguntó desesperada y entonces lo recordó.

El Jabalí Azul no solo era famoso por su buena comida y la calidad de sus alojamientos, sino que también era una casa de postas para los coches del correo que recorrían el país de norte a sur.

Todo el mundo sabía que eran los carruajes más veloces de Inglaterra y que viajaban principalmente de noche.

Lo cual les convertía en los preferidos para los viajeros con pocos recursos por ser sus pasajes mucho más baratos que los coches de viajeros que viajaban de día, aunque fueran más cómodos.

Se acercó a la silla donde había dejado su capa y se la puso, antes de bajar de nuevo al vestíbulo y buscar el despacho de billetes.

Esperaba que aún estuviera abierto o si no encontrar a alguien a quien pudiera preguntar por los itinerarios y los horarios.

Tenía que marcharse de allí antes de que amaneciera, pensó yendo hacia el mostrador.

Capítulo 25

—Un billete para Truro en el coche de esta noche, por favor —le pidió Penny al encargado de los pasajes.

—Aquí tiene, señorita.

—No, anule ese billete.

—Milord.

—Deme mi pasaje, por favor —le suplicó Penny sin volverse.

—No necesitas un billete, yo me ocuparé de todo —la dijo comenzando a enfadarse por su terquería.

—Tú no lo entiendes, tengo que hacer esto sola.

Penny se mantuvo firme esperando se lo dispensaran.

—El coche no tardará en llegar —la informó el confundido encargado, tendiéndole el pasaje —. Hará una parada de quince minutos y seguirá su camino. Procure no perderlo —la aconsejó.

Penny lo tomó y lo guardó en su bolso antes de darse la vuelta y alejarse hacia las escaleras sin mirar a Ashford. Sentía que si lo hacía las fuerzas la abandonarían y se rendiría a él, dándole el poder para que la cuidara y protegiera.

Ahora que había reunido el valor de ser ella misma quien decidiera su futuro, no estaba dispuesta a renunciar a él.

Se sentía verdaderamente libre por primera vez en su vida y ese pasaje era su billete al tipo de vida que no sabía que ansiaba.

Para bien o para mal, tomaría ese coche de correo y se marcharía. No tenía mucho tiempo para bajar su equipaje y dejar la habitación, pero no pensaba perderlo.

Ashford la siguió con la mirada, enfurecido, ni siquiera se había dignado a mirarle, demonios de mujer, llevaba toda la tarde recorriendo cada rincón de Londres para encontrarla y así se lo agradecía.

—Milord, por favor, échese a un lado, hay más gente a la que debo atender —le pidió amablemente el empleado, sin saber que más hacer.

Ashford se volvió hacia él, colérico, cómo se atrevía a tratarlo así, alguien tan inferior, abrió la boca para ponerle en su lugar, pero cambio de opinión.

En realidad, ese pobre hombre no tenía la culpa de sus problemas, tan solo hacia su trabajo.

—Deme un pasaje para mí —le pidió, en cambio.

—Milord, es un coche de correo —le advirtió.

—Si la dama puede viajar en él, yo también —insistió decidido.

—Está bien, aquí tiene, milord.

Ashford tomó el billete que le tendía y pagó su precio, antes de retirarse y regresar al patio de entrada.

Se acercó a su caballo que había dejado al cuidado de un mozo y le entregó una moneda. Este la recogió y se marchó corriendo hacia un grupo de jinetes que entraban en ese momento.

Ashford sacó un cigarrillo y se apoyó en la cerca que tenía tras él, dispuesto a esperar el carruaje o el regreso de Lady Pennélope, lo que ocurriera primero.

Unos minutos después la vio salir, seguida de un mozo cargado con un baúl, dejó caer su

cigarro y lo aplastó con la bota.

Justo cuando iba a acercarse, el carruaje entró a toda velocidad en el patio.

Ashford se lo pensó mejor y se quedó en su lugar, observándola y vigilando que nadie la molestara.

Esperó a que todos los pasajeros ocuparan su sitio en el vehículo antes de atar su caballo en la parte de atrás y subir justo cuando reanudaba la marcha. Impidiéndola que pudiera darle esquinazo de nuevo.

—Ashford —exclamó escandalizada al verle—. Por el amor de Dios, qué pretende.

—Ir con usted —la respondió, tratando de acomodarse en el estrecho espacio que quedaba en su asiento, frente a ella.

Penny abrió la boca para regañarle por su comportamiento tan irreflexivo, pero no pudo decir nada, los ojos se le llenaron de lágrimas por aquel hombre, a quien amaba, con todo su corazón y que tanto había hecho por ella en las pocas semanas que se habían conocido.

Incluso viajar apiñado en un apestoso coche de correo, por el amor de Dios, él era un Duque.

Su Duque, pensó, sintiendo como se enamoraba un poquito más de él.

Ojalá no estuviera comprometido con Lady Amanda para poder decirle lo que sentía.

Ashford vio asomar la cabeza anaranjada de Orange de la cesta que Penny apoyaba sobre su regazo y sonrió, desde cuando le había tomado cariño a ese dichoso felino del diablo.

—Así que es aquí donde te escondías viejo amigo —le dijo acariciándole la cabeza entre las orejas. Este se movió y comenzó a lamerle los dedos en señal de agradecimiento.

Ashford sintió que se le atascaba la respiración en la garganta, emocionado, era la primera vez que Orange le recibía con agrado.

—Ashford, por el amor de Dios, esto es una locura.

—En eso estamos de acuerdo —la respondió apoyando la espalda en su asiento, tratando de ponerse más cómodo.

Viajar en ese coche era una verdadera tortura, no creía que llegara vivo a la próxima parada.

Las tablas de madera, sin acolchar, se le clavaban por todos lados y los baches del camino le hacían rebotar constantemente en su asiento.

Sus huesos acabarían molidos antes de que llegaran a su destino, si no conseguía convencerla para bajarse en la próxima parada y abandonara esa idea estúpida de ir a Truro, el mismo la arrastraría fuera y la llevaría, pero en la comodidad de su propio carruaje.

Penny se lo quedó mirando con el ceño fruncido, durante unos minutos, no se la ocurría ningún motivo por el que pudiera estar allí, sino ese ridículo sentido del honor que algunos caballeros ostentaban al ver a una dama en apuros, haciéndolos sentir responsables de ellas.

—No deseo tu ayuda, puedo valerme por mí misma, no necesito ni quiero que te responsabilices de mí.

—¿Qué harás cuando llegues a Truro? —la preguntó de la forma más inocente que pudo.

Hacerla enfadar no iba a ayudarle en nada.

Penny era muy consciente del silencio del resto de los ocupantes del carruaje. Todos estaban pendientes de ellos y ni siquiera tenían el decoro de disimularlo, este debía de ser el viaje más entretenido de sus vidas.

Sintió como se sonrojaba al ser el centro de atención.

—No lo sé, ya pensaré en algo —le respondió pensativa—. Supongo que buscaré un empleo que pueda realizar alguien como yo.

Si era sincera con ella misma, ni siquiera se lo había planteado.

La verdad es que nada de aquella maldita fuga había planeado, ni siquiera sabía que sería

capaz de huir de su familia y mucho menos llegar tan lejos.

Ashford la dejó poner en orden sus pensamientos antes de atacar de nuevo.

Tenía que permitir que ella misma se diera cuenta de su error y no señalárselo abiertamente o era capaz de empeñarse en seguir adelante solo por llevarle la contraria.

—¿Y qué harás hasta entonces?

—Buscaré una casa en algún pueblecito costero para establecerme —dijo decidida—. Siempre he querido ver el mar —le confesó azorada.

—Sin dinero.

—Tengo algunos ahorros y también las joyas que mi abuela me dejó para vender —dijo palpando su bolso de mano—. No estoy tan desesperada como imaginas. Si lo administro bien podría llegar a darme para vivir un año o más cómodamente, por lo que tengo tiempo más que suficiente para buscar un empleo conveniente antes de verme en la más absoluta miseria y tener que recurrir a la beneficencia —le contó orgullosa de ello.

A Ashford no le pasó desapercibida la mirada codiciosa que el caballero de la esquina, enfrente de él, lanzó sobre su bolso al mencionar el dinero y como se le iluminaban de nuevo con las joyas.

Maldita sea, ahora además tendría que asegurarse de que aquel tipo no la robara durante el viaje y si no se equivocaba el tipo de enfrente era un conocido con el que se compinchaba.

Se estremeció por dentro, esa mujer, siempre metiéndole en problemas, pensó calibrando como podía enfrentarse a ellos y proteger a la dama, al mismo tiempo. Ni siquiera llevaba un arma.

Dios, tarde o temprano, sería su muerte, gruñó para sus adentros.

Ese viaje se complicaba por momentos.

Penny esperó en silencio que la alabara por tenerlo todo pensado, pero no parecía tener intención de decir nada, incluso parecía enfadado de nuevo.

Ashford decidió dar por terminada la conversación, en realidad nunca debió empezarla, debería haber previsto que siempre había alguien amigo de lo ajeno entre los pasajeros en ese tipo de viajes.

Era mejor seguir callado antes de que Penny revelara algo sobre su posición social y los metiera en más problemas. Se recostó de nuevo y fingió dormir el resto del trayecto.

Notó que el carruaje desaceleraba y se incorporó estirándose cuanto pudo para desentumecer sus doloridos huesos.

Saltó del vehículo en cuanto se detuvo y se volvió para ayudarla a descender.

Si esos dos iban a hacer algo, ese era el momento, pensó manteniéndose alerta a sus movimientos al otro lado del carruaje.

Esta le tendió la cesta con Orange antes de tomar su mano y bajar del vehículo.

Acababa de poner los pies en el suelo y echarse a un lado para permitir que otros pasajeros descendieran, cuando sintió un fuerte tirón en la muñeca que la hizo gritar de dolor.

Ashford se tensó al oírla y empujó la cesta hacia ella para que la tomara y salir tras ellos, si se daba prisa aún podría alcanzarlos, pensó siguiendo sus figuras que se alejaban veloces al abrigo de la noche.

—No —gritó Penny adivinando su intención de perseguirlos—. No hay necesidad de jugarse la vida por eso.

Ashford se volvió hacia ella confundido.

—Todo tu dinero va en ese bolso —la gritó, confundido, al verla tan calmada cuando había perdido todo con lo que poder empezar su nueva vida.

—No soy tan estúpida como crees —le dijo enfadada por creerla tan tonta—. Todos mis objetos de valor los guarda Orange en su cesta.

Ashford le miró incrédulo, miró hacia la cesta de mimbre que aún sostenía y se encontró con Orange, que volvía a mirarlo con cara de pocos amigos de nuevo.

Penny pensó que se había vuelto loco al oírle reír a carcajadas, antes de que la atrapara por la cintura y la pegara contra su pecho.

—No volveré a aburrirme nunca cuando consiga que sea mi duquesa —afirmó atrapando su boca en un beso abrasador. Hasta que la falta de aire hizo que la soltara.

Capítulo 26

—¿Tu duquesa? —consiguió preguntar Penny cuando recuperó el resuello.

Ashford la miró confundido, qué demonios la pasaba a esa mujer. Es qué no había dejado claras sus intenciones con ella o es qué pensaba que iba robándole la honra a jóvenes inocentes por diversión sin asumir las responsabilidades de sus actos, se preguntó.

—Mi duquesa —la respondió con orgullo a la vez que enfadado—. Por el amor de Dios, Penny, no puedes ser tan ingenua al no pensar que te convertiría en mi esposa tras nuestro último encuentro.

Penny abrió la boca sorprendida, su último encuentro.

Tantas cosas habían pasado esa noche que la habían lastimado, que la verdad es que lo había borrado de su mente y no se había permitido pensar en ello, hasta que no estuviera más calmada para poder analizarlo fríamente.

Ashford la miró exasperado.

—No soy de esos tipos que toman la inocencia de una joven sin asumir las consecuencias —la dijo empezando a perder los nervios—. Soy más honorable que eso, aunque tú no lo creas.

Penny sacudió la cabeza al oírlo.

—¿Honor?, así que se trata de eso —le replicó enfadada, nunca había estado más furiosa con alguien en toda su vida.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el coche que estaba a punto de partir.

—Ah, no, eso sí que no —dijo tomándola por la cintura y arrastrándola hacia el borde del camino—. No pienso volverme a subir ahí, de ninguna de las maneras.

—Suéltame inmediatamente, maldito bárbaro —gritó intentando darle una patada en las espinillas.

—Eh, tú, baja el baúl de la señorita y desata mi caballo —le pidió a uno de los mozos que iban en la parte de atrás del carruaje.

—No toque mi baúl, yo continuare el viaje.

—Te daré media corona si haces lo que te he pedido y lo traes aquí.

Le prometió Ashford al mozo sin soltarla.

Penny dejó de luchar al oírle, sabía reconocer cuando había perdido una batalla.

Al prometerle el dinero, el mozo no la escucharía y ella no tenía media corona para pagarle.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver partir el coche sin ella.

—Maldita sea, mujer. Si tan importante es para ti ir a Truro, iremos a Truro, pero no en esa cosa —la prometió, sintiéndose impotente ante su llanto.

—Siempre he querido ver el mar —fue lo único que pudo decir.

—Vamos a un sitio más privado donde podamos hablar —la propuso preocupado.

La niebla comenzaba a caer a su alrededor, envolviéndolos y sentía sus ropas húmedas.

—Tienes que entrar en calor —la dijo fijándose en su ligero vestido de muselina y la fina capa que la cubría.

—Sí —fue todo lo que pudo decir yendo hacia la puerta de la taberna, la verdad es que estaba helada.

Ashford llamó a uno de los mozos que los observaban desde el establo, para que se hiciera

cargo de su caballo y del baúl.

Se agachó y tomó la cesta de Orange, le miró sorprendido al verle aún en su interior y que no se hubiera escapado tras alguno de los muchos ratones que sin lugar a dudas había a su alrededor.

Cruzó el patio y fue tras ella.

Penny se encontraba delante de la chimenea, ajena a las curiosas miradas que había despertado entre los comensales que aún quedaban en la taberna a esas horas de la noche.

Fue hacia el mostrador a solicitar una habitación para pasar la noche y algo para comer, no había probado bocado desde el almuerzo en su Club.

—También necesitaré un mozo que viaje hasta Londres con una misiva urgente esta misma noche.

—Eso le costará caro, Milord.

—Le pagaré una corona y media más si lo que pido en mi nota llega aquí antes de media mañana.

—James, podría hacerlo, está acostumbrado a cabalgar de noche y le vendría muy bien el dinero —dijo uno de los parroquianos al oírle.

—Ve por él —le ordenó el posadero.

—Necesito algo para escribir.

—Usa esto —dijo Penny que se había acercado a él sin que se diera cuenta.

Metió la mano en su bolsa y sacó el cuadernillo que él la había regalado.

—No, se romperá al tener que arrancar la hoja.

—Entonces me comprarás otro para reponerlo.

Ashford la miró a esos ojos que parecían haberse quedado sin vida después de su altercado.

—Todos los que quieras, princesa.

Penny no dijo nada y se dirigió a las escaleras, estaba muy cansada después del día que había llevado.

Siguieron al posadero hasta una puerta al final del pasillo.

—No acostumbramos a alquilar los cuartos para toda la noche —dijo abriendo la puerta y echándose a un lado para dejarles entrar.

Penny cruzó el umbral y retrocedió hasta chocar con Ashford que iba justo tras ella.

—No pienso quedarme en este estercolero —exclamó tapándose la nariz y la boca tratando de contener las náuseas por el olor putrefacto de la habitación.

No debían haber vaciado las bacinicas en semanas, supuso recorriendo la habitación con la mirada.

La cama estaba deshecha con las sábanas revueltas, era imposible saber cuál era su color original entre las manchas ocre de gran tamaño que podía ver desde allí.

La mesa aún conservaba restos de la última comida que se sirvió allí, observó como un mendrugo de pan bailoteaba sobre ella. No quería saber qué tipo de alimañas lo hacían moverse de ese modo.

Ashford se volvió hacia el posadero enfurecido.

—Tampoco hay que ser tan exquisitos, digo yo —dijo entrando en la habitación—. Solo hay que estirar un poco la cama y quitar las migas de la mesa —extendió su delantal a modo de trapo de cocina y lo pasó sobre ella, dejando caer las sobras sobre la raída alfombra—. Lo ven ya está en perfecto estado.

Penny lo miró asombrada ante su descaro, el sonido de unas patitas corriendo sobre el suelo de madera la hizo reaccionar y salió corriendo al pasillo.

No paró hasta verse de nuevo a salvo en el salón principal de la taberna, ignora al resto de

comensales que se volvieron a mirarla, interrumpiendo sus conversaciones.

—Quién podría imaginar que la señoritinga se asustaría por una simple rata.

Ashford no sabía que hacer con aquel patán de lo enfurecido que estaba, incluso Orange empezó a bufar mostrando sus garras, aunque no tenía muy claro si a quien quería atacar era al posadero, a al pobre roedor que se paseaba tranquilamente por el suelo, ajeno a su presencia.

—No pienso pagar por esto.

Fue todo lo que dijo antes de volverse y salir al pasillo dispuesto a buscar a Penny. Esperaba que los parroquianos de abajo aún no estuvieran tan borrachos como para olvidar sus modales con una dama y no la estuvieran importunando.

La noche iba de mal en peor y mucho se temía que aún no habían terminado sus desdichas.

—La taberna cerrará en una hora —dijo el posadero volviendo a su puesto tras el mostrador.

—Esto es una casa de postas, se supone que debe permanecer abierta todo el día y la noche —le señaló autoritario, ya se estaba empezando a cansar de ese tipo.

—Solo los establos deben permanecer operativos, durante la noche, para el cambio de los caballos —le informó pacientemente.

—Hay algún otro lugar donde podamos quedarnos a pasar la noche —le preguntó armándose de paciencia.

—Solo los establos.

Ashford comprendió que no conseguiría más información por parte de ese individuo.

Se volvió de nuevo a mirar a Penny que se había sentado en una mesa vacía junto a la ventana.

—¿Qué hay de esa cena fría?

—Pan y queso, regado con aguamiel —le respondió el posadero desafiante.

—Si no hay nada más, supongo que estará bien —respondió resignado, al menos podrían comer algo.

Vio como el posadero, se adentraba en la cocina y se giró para ir a reunirse con Penny.

—La cena será escasa, pero al menos comeremos —la dijo tomando asiento frente a ella.

—No tengo hambre, milord, pero se lo agradezco.

—¿Milord?, ¿ya estamos otra vez? —la increpó enfadado—. Por el amor de Dios, llámame Ashford, pero no vuelvas otra vez al milord.

Penny se volvió a mirarle sorprendida por su arrebató contra ella. Milord o excelencia era la forma correcta de dirigirse a quien ostentaba el título de un ducado.

Sacudió la cabeza desconcertada, no sabía que había hecho mal ahora para hacerle enfadar de nuevo.

Que se encontraran en ese aprieto no era su culpa, él insistió en quedarse en aquella inadecuada posada en lugar de continuar viaje como ella deseaba.

La llegada del posadero con las viandas la impidió responderle.

—Por favor, habría algún lugar que pueda utilizar para cambiarme de ropa.

Ashford levantó la cabeza como un resorte al oírla. Es que se había vuelto loca.

—Mi esposa y mi hija se encuentran en la cocina, ellas se ocuparán de que ninguno de estos patanes la moleste, si no la importa hacerlo allí —respondió el posadero apiadándose de la joven.

Con la ropa que llevaba no sobreviviría a una noche a la intemperie, ni siquiera, aunque se refugiaran en los establos.

—La cocina servirá, gracias —dijo tomando su bolsa y poniéndose en pie—. No es necesario que me acompañe —le dijo a Ashford al ver que hacía el intento de levantarse—. Gritaré si te necesito.

Ashford la miró mientras se adentraba en la parte de atrás de la taberna, tras el posadero, no muy convencido de que fuera una buena idea. Notó que Orange era de su misma opinión cuando lo vio saltar de la cesta e ir tras ellos.

Ashford respiró más tranquilo al verle ese gato, era todo un paladín al que había que temer si se trataba de defender a su ama, sonrió volviendo a centrar su atención en la comida.

Penny se dio toda la prisa posible para regresar junto a Ashford al salón, temía que si se demoraba perdería la paciencia y entrara él mismo a buscarla como un energúmeno.

Se sentó frente a él y le observó comer mientras disfrutaba del aguamiel que les habían servido.

Había hecho bien en cambiar su fino vestido de muselina beis por el traje de viaje marrón de paño que usaba, se sentía mucho más cómoda y caliente, el abrigo a juego junto con la capa sería una gran barrera frente al frío en los establos.

Aprovecharon todo el tiempo que pudieron en la taberna antes de trasladarse al exterior, donde pasarían el resto de la noche.

—Este no es lugar para una dama —comentó sintiéndose mal por no tener un lugar mejor que ofrecerle.

—Siempre podemos coger el siguiente coche de correo hasta la próxima parada y probar suerte —le propuso tímidamente.

Ashford la miró contemplando esa posibilidad, hasta ese coche de torturas era mejor que eso.

—Ya he mandado a buscar mi carruaje, si nos marchamos no nos encontrará cuando llegue —se lamentó.

—Entonces será mejor que nos acomodemos lo mejor posible, ven y siéntate a mi lado —le pidió palmeando el heno invitándolo a acomodarse.

—Esto no debería estar pasando —se dejó caer derrotado—. Qué clase de marido seré si no puedo ni conseguirte un alojamiento adecuado para pasar la noche.

Penny se había acurrucado contra su pecho, por lo que tuvo que subir la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Así qué aún sigues con eso —le increpó, comenzando a enfadarse de nuevo—. Mira, me entregué a ti porque quise hacerlo, sin ninguna expectativa de nada más. No necesito de ningún caballero andante, reparé algo que te ofrecí libremente.

Ashford abrió la boca para decirle que estaba equivocada, que era su responsabilidad al haberla aceptado.

Como caballero de honor debió luchar contra sus más bajos instintos y negarse a tomarla.

—En cuanto a mi reputación, ya me la he cargado yo misma al salir de la casa de mi padre, me convertí en una perdida repudiada por la sociedad a la que pertenecemos —trató de nuevo de exculparle de sus propios actos—. No te arrastraré en mi caída por una cuestión de honor.

Ashford la miró sorprendido al escucharla y entonces lo comprendió todo.

—Espera, piensas que me casaría contigo solo para reparar tu honor.

—Es lo que llevas diciendo toda la noche —le miró confundida sin comprender a que otra cosa podía referirse.

—No, supe que quería que fueras mi duquesa la noche que te encontré dormida en la alfombra en mis aposentos, mucho antes de que nada sucediera entre nosotros —protestó indignado—. Nunca hubiera tomado tu inocencia de otro modo por muy tentadora que fueras en aquel sucio palco del teatro.

—Parece que la suciedad nos persigue.

Ambos rompieron a reír al recordar todas las otras ocasiones en que eso era cierto.

—¿De verdad quieres casarte conmigo? —le preguntó una vez las risas se calmaron.

—Sí, porque otra razón estaría aquí —la dijo muy serio—. Te quiero, Pennélope Melbourn, eres la mujer más rara que he conocido y deseo pasar el resto de mi vida a tu lado.

Penny sintió como su corazón saltaba de alegría al oírle, la quería, había dicho que la quería, a ella. Todo daba vueltas a su alrededor, no podía creérselo, Ashford la quería.

—No vas a dignarte a responderme, ¿verdad? —la preguntó temeroso a que se negara a ser su esposa por su silencio—. No te culparía por ello, ha sido una declaración pésima.

—Me has llamado rara.

—Porque lo eres y única para mí —confesó.

—Tendrás que cargar con mi rareza el resto de tu vida.

—Acepto el reto.

Penny le sonrió con todo el amor que albergaba en su corazón al oírle.

—Entonces seré tu duquesa.

Ashford soltó la respiración que no sabía que estaba reteniendo y asaltó su boca sin poder contenerse ni un segundo más sin besarla tal y como deseaba.

Penny le respondió con la misma pasión y necesidad que sentía en sus labios.

La entrada de un carruaje y el movimiento de los mozos de cuadra que salían a recibirles les recordó el sitio en el que estaban.

Ashford se separó de ella renuente, pero mantuvo su espalda pegada a su pecho, mientras la abrazaba por la cintura.

—En cuanto amanezca buscaremos al párroco de la aldea para que nos case.

—¿Tan pronto?

—Te recuerdo que te has fugado de casa y por si eso fuera poco, hemos pasado la noche solos, sin la compañía adecuada —la explico armándose de paciencia—. Tenemos que acallar los rumores cuanto antes.

—Supongo que sí.

—No queremos perjudicar las posibilidades matrimoniales de nuestras hermanas con nuestros actos —insistió al no verla muy convencida de ello.

Era imprescindible que se casaran cuanto antes y mandar el anuncio a los periódicos para acallar el escándalo, que a estas horas ya estaría en boca de todos.

—No, eso sí que no —afirmó con rotundidad—. Perjudicar a Evelyn y Lady Nataly sería una irresponsabilidad por nuestra parte.

—Entonces estamos de acuerdo, nos casaremos en este pueblucho perdido de la mano de Dios antes de continuar viaje hacia mi finca, donde nos quedaremos hasta que tengamos que volver a Londres para el baile de la Reina —la explicó cuáles eran sus planes.

—¿Es necesario? —le preguntó renuente a regresar a la ciudad.

—Sí, tengo compromisos que debo atender para mi hermana —la confirmó tan renuente como ella a enfrentarse a sus padres tan pronto.

Penny se quedó en silencio, los ojos se la cerraban por el cansancio. Había sido un día muy largo y lleno de emociones que comenzaban a hacer mella en su agotado cuerpo.

—¿Y qué pasa con Lady Amanda? —le preguntó de pronto al recordarla—. Se supone que anunciaríais vuestro compromiso de manera oficial y os casaríais al final de la Temporada.

—Ese es el motivo por el que no estamos casados desde la tarde siguiente en la que asaltaste mi alcoba.

Penny se separó un poco para poder mirarle, pidiéndole en silencio que se explicara.

—Aunque nunca hubo un compromiso real entre nosotros, me sentía obligado a comunicarle

mis planes de tomar a otra dama como mi duquesa a Lord Lexington por simple cortesía —la explicó el motivo de su retraso—. Pero el Marqués se encuentra fuera de la ciudad por un asunto urgente relacionado con su finca. Lo que ha impedido que pudiera comunicárselo en persona.

—En lugar de tener que enterarse mañana, por los periódicos —terminó por él volviendo a recostarse sobre su pecho, cerrando los ojos.

—Pero ya no hay nada que pueda hacer para evitarlo —concluyó bajando la cabeza para mirarla.

Parecía que al fin el sueño la había vencido, se estiró un poco para tomar la capa y cubrirlos con ella.

Se acomodó un poco más en el heno, dispuesto a disfrutar el resto de la noche contemplando su dulce sueño.

Pronto amanecería y se pondrían en movimiento.

Fin

Epílogo

19 de mayo de 1816

Ashford y Penny llegaron sobre media mañana a la residencia oficial de duque en la ciudad, donde toda la familia estaba reunida esperándolos.

Ashford había intentado convencer a Penny de pasar antes a visitar a su familia, pero esta se había negado, por ahora no estaba dispuesta a volver a hablar con ellos, su intención era ignorarlos por completo. Salvo a Evelyn, que ya encontraría la manera de contactar con ella a través de Lady Nataly o al menos eso esperaba.

—Madre, te presento a mi esposa.

—Excelencia.

La Duquesa Viuda la recorrió de arriba abajo con una fría mirada, no estaba contenta con la elección de su hijo, pensó Penny sintiendo un escalofrío ante su escrutinio.

Todo había ido bien desde la boda, nadie en Ashtown se había cuestionado su elección y fue recibida entre la nobleza local que no había viajado a Londres para la Temporada.

Ashford había insistido en ofrecer un almuerzo informal para todos sus vecinos el primer domingo tras su llegada, con el fin de que todos la conocieran.

También habían recorrido los campos y visitado a los jornaleros que los trabajaban a petición de ella, se sintió un poco como en casa, pero ambos sabían que al regresar a Londres tendrían que enfrentarse a las críticas y a los problemas que había dejado atrás cuando se marcharon.

Penny había intentado prepararse para todo ello y estar a la altura de las circunstancias, pero dudaba que fuera a conseguirlo.

—Ella es mi hermana, Nataly —continuó Ashford fingiendo no haberse dado cuenta de la actitud de su madre frente a Penny.

—Hola, estoy encantada de conocerte, por fin —se acercó a ella resuelta para abrazarla—. Evelyn me ha hablado mucho de ti y aunque te he visto en varios eventos a lo largo de la Temporada, nunca hemos tenido la oportunidad de charlar.

—Evelyn también me ha hablado mucho de ti, vuestra amistad ha sido un gran apoyo para ella.

La Duquesa Viuda resopló al oírla, pero se abstuvo de manifestar lo que pensaba en voz alta.

—Y por supuesto, ya conoces a Chapman y Anthony —dijo Ashford terminando con las presentaciones.

Penny se inclinó en una ligera reverencia para saludarlos.

—Vosotros ya la conocíais y no habéis sido capaces de decir nada —exclamó la Duquesa Viuda, indignada, se sentía ignorada en su propia casa.

—Vamos, tía, ¿qué queríais que dijéramos?

—Qué Ashford andaba cortejando a otra mujer, por ejemplo —les increpó—. Habría sido más fácil acallar los rumores si hubiera estado prevenida al saber lo que ocurría.

—De eso no teníamos ni idea, madre, a todos nos pilló por sorpresa el desenlace.

Su madre le miro exigiendo que se explicara, Anthony miro a Ashford quien cabeceo su acuerdo.

—¡Anthony! —exclamó comenzando a perder la paciencia.

—Digamos que en sus encuentros, Ashford no salía muy bien parado que digamos —dijo Chapman intentando echarle una mano.

La Duquesa le miró levantando una ceja inquisitiva.

—Me muero por oír esa historia —exclamó Nataly retrocediendo y dejándose caer en un sillón cercano.

Ashford guio a Penny hacia otro de los sillones y pidió que les trajeran jerez, iba a pasar un buen rato antes de que se trasladaran al comedor para el almuerzo.

—Disculparme.

—Adelante —le dio permiso Penny para que lo contase.

—Conocí a Lady Pennélope en el parque mientras dábamos nuestro paseo matutino, aunque no habíamos sido presentados —comenzó Anthony a contar la historia—. Ya había oído hablar de ella y sus aventuras, fue todo un honor comprobar por mí mismo que no exageraban.

Penny se ruborizó al recordar como se conocieron en realidad Ashford y ella, menos mal que era Anthony y no Chapman quien contaba la historia.

Aun así, sintió curiosidad por saber que le habían contado de ese día en particular.

—Nada —respondieron a la vez Chapman y Ashford adivinando sus pensamientos.

—Lady Pennélope apareció de la nada en medio del camino —retomó Anthony la historia al ver que su madre se impacientaba—. Provocando que el caballo de Ashford se encabritara y lo tirara al suelo sobre un charco de barro. Tras lo cual le acusó de ser un pésimo jinete que no debía visitar el parque porque algún día mataría a alguien.

La Duquesa Viuda estaba cada vez más escandalizada, cómo se atrevía esa mujer a tratar así a su hijo y si se hubiera lastimado por su imprudencia.

La voz de Anthony continuando la historia la impidió decirle lo que pensaba exactamente de ella.

—Por fin, Ashford había conseguido levantarse como pudo, quitándose el barro de sus ropas y fue hacia ella lleno de furia.

—He de confesar que yo temí por la integridad de la dama, por lo enfadado que estaba —intervino Chapman en ese momento.

—¿Te gritó como un poseso? —quiso saber Nataly.

—En realidad no le dio tiempo —volvió a hablar, Anthony—. Le dio una cesta con un gato dentro y le obligó a prometer que lo cuidaría, antes de echar a correr, campo a través, de regreso a su casa.

Todos en la sala se quedaron en silencio, tratando de asimilar lo que había ocurrido.

—Y así es como Orange se unió a la familia —concluyó Chapman—. Como puede ver tía, no hubo ningún cortejo ni nada que se le pareciera en sus encuentros, al menos en los que yo presencie.

—Ni en los que yo conozco tampoco —añadió Anthony—. Recuerdo otro en que acabo tan lleno de inmundicias callejeras que hubo que tirar sus ropas porque ni lavándolas se quitaría el appestoso olor.

Penny abrió los ojos, sorprendida, había olvidado ese incidente por completo.

—En esa ocasión sí que fui castigada y tuve que sufrir su ira durante un buen rato.

—Te lo merecías, te advertí que no era agua de lluvia, pero tú insististe en chapotear para desafiarme —dijo Ashford muy serio, aún enfadado con ella por el incidente.

—No lo hice con mala intención —trató de disculparse al ver que seguía enojado.

—Nada es con mala intención, pero eres un peligro andante —la regañó cariñosamente.

—Bueno, desde que nos casamos no ha habido ningún incidente por el estilo.

—Aún, solo es cuestión de tiempo —admitió resignado.

—Pues si pensabas eso de mí y la mala vida que te daría, no deberías haberte casado conmigo —replicó indignada, olvidándose de que no estaban solos.

—El almuerzo está servido —anunció su estoico mayordomo desde la puerta.

La Duquesa Viuda no tenía muy claro que pensar de la extraña pareja.

Almorzaron poniéndose al día de los últimos acontecimientos que habían sucedido en Londres durante su ausencia.

—Oh, casi lo olvido, Evelyn, me dio una carta para ti —dijo Nataly metiendo la mano en su bolsillo y dándosela por encima de la mesa.

Penny la tomó y se levantó, para ir junto a la ventana, buscando algo de intimidad, tenía un mal presentimiento.

Rompió el sello y comenzó a leer.

En ella, Evelyn, la explicaba como había acabado casada, por propia elección, con un Conde de setenta y seis años, quien solo deseaba su compañía en los pocos años que le quedaban de vida, tras los cuales sería completamente libre y evitaría los designios de su padre.

Les invitaba a visitarlos, ya que su esposo no estaba en condiciones de viajar, por su edad y comprobar por sí misma su acertada decisión.

—No querías ver el mar —la preguntó Ashford quien se había acercado sigilosamente, por encima de su hombro—. Nataly me lo ha resumido —la explicó no queriendo que pensara que había estado leyendo a hurtadillas su correspondencia privada—. Su residencia está justo en la costa, a tan solo un día de viaje desde la finca —la aclaró al ver que no contestaba.

—¿Me llevarás?

—En cuanto termine la Temporada, te lo prometo.

Penny se volvió hacia él, feliz, besándolo dulcemente en la mejilla, como agradecimiento.

Ashford ya se había acostumbrado a esas muestras de cariño espontáneo, por lo que no se sorprendió como el resto de los comensales del salón.

—Gracias —murmuró.

—De nada, pero entre unas cosas y otras se nos está echando el tiempo encima. Es hora de prepararnos para la cena y el baile en honor a la Reina.

—Tienes toda la razón, hijo —dijo la Duquesa Viuda levantándose y saliendo del comedor.

Todos los demás la imitaron, saliendo tras ella.

Ashford entró en la biblioteca, tal y como esperaba, Chapman y Anthony ya estaban allí.

Tenían poco tiempo antes de que las damas se les unieran.

—Lexington, está en la ciudad —preguntó sin más preámbulos.

—No, la Marquesa y Lady Amanda regresaron a su finca para reunirse con él en cuanto se supo lo de tus esponsales con Lady Pennélope —le contestó Chapman—. No se ha vuelto a saber de ellos.

—Bien, los Melbourn estarán en el baile.

—No —esta vez fue Anthony quien respondió—. Fueron devueltos a su círculo de amistades, una vez que las grandes matronas se enteraron de lo que querían hacer con sus hijas —le explicó—. Todas las invitaciones fueron retiradas.

—Estupendo, dos grandes frentes a los que no tendremos que enfrentarnos esta noche —dijo Ashford aliviado—. Ya solo queda Harper.

—Desterrado, alguien le sugirió a la persona que lo acogía en Londres que dejara de hacerlo.

—Ni siquiera pudo refugiarse en Melbtown, donde fue repudiado por su familia y vecinos al saberse cierto altercado violento contra cierta dama muy querida en la zona.

—Perfecto —exclamó satisfecho.

Todo presagiaba que sería una gran noche para presentar a su Duquesa al mundo y demostrarles cuanto la amaba.

—El carruaje ha llegado —anunció el mayordomo desde la puerta.

Los tres salieron al exterior, junto con las damas que bajaban en ese momento.

—Devuelvan mi caballo al establo, iré en el carruaje —anunció Ashford colocándose junto a la portezuela para ayudarlas a subir.

—No, iras a caballo como corresponde —le contradijo su madre muy seria—. Me sorprendió tu elección, pero no haré nada que perjudique tu felicidad. Ambos contáis con mi beneplácito.

—Y yo me ocuparé que no importune a Penny de ninguna manera —dijo Nataly entrando tras ella.

—Estaré bien.

Ashford cabeceó su acuerdo y cerró la puerta antes de volverse y montar en su caballo para encabezar la comitiva.

Chapman y Anthony se colocaron a ambos lados del carruaje como correspondía.

Todo estaría bien, con el apoyo de su madre y el de las grandes matronas, Penny sería aceptada como su Duquesa y disfrutarían del baile, se dijo Ashford satisfecho, guiando a su caballo al paso por las calles de Londres.

Biografía:

Nacida en 1969, soñadora, romántica empedernida y amante de su familia, vive junto a su marido y sus dos hijas en una zona rural, rodeada de bellos paisajes, en un pueblecito medieval cargado de historia que la sirven de inspiración.

Amante de las historias ocultas en la historia y de las leyendas urbanas que se transmiten de generación en generación, comenzó a coleccionarlas durante su adolescencia.

Sus primeros pasos como escritora fueron una colección de poemas, “Sueños de Poeta”, más tarde escribiría dos novelas cortas y algunos fanfiction, relatos y cuentos que compartiría por Internet.